

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

MÁXIMO GORKI

(Su vida y sus obras)

SEGUNDO MILLAR



1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

T.P.D.

MAXIMO GORKI

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

- M. A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música.*
ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).
ATILIO CHIAPPORI. — *La belleza invisible.*
CÁRLOS IBARGUREN. — *De nuestra tierra.*
ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea.*
JOSÉ LEÓN PAGANO. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

- JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires.* (Su problema en la República Argentina).
MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado.* (Economía Social argentina).
AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas.*
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay.*

Novelas y cuentos

- CÁRLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandía* (2ª edición).
MANUEL GÁLVEZ. — *La sombra del convento.*
BENITO LYNCH. — *Raquela.*
LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2ª edición).
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (2ª edición).
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva.*
VICENTE A. SALAVERRI. — *El corazón de María.*

Poesía

- MARIO BRAVO. — *Canciones y poemas.*

- DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson.*
ARTURO CAPDEVILA. — *Melpómene* (2ª edición).
ARTURO CAPDEVILA. — *El libro de la noche.*
FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad* (agotado).
JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante.*
RICARDO JAIMES FREYRE. — *Los sueños son vida.*
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris* (agotado).
ALFONSINA STORNI. — *El dulce daño.*
ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente.*

Teatro

- ARTURO CAPDEVILA. — *La sulamita* (2ª edición).
ARTURO CAPDEVILA. — *El amor de Schahrazada.*

Traducciones

- CÁRLOS MUZZIO SÁENZ-PEÑA. — *La cosecha de la fruta*, de Rabindranath Tagore (2ª edición).

Viajes

- ERNESTO MARIO BARREDA. — *Las rosas del mantón.* (Andanzas y emociones por tierras de España).

Vida de nuestras ciudades

- JUAN CÁRLOS DÁVALOS. — *Salta.*
ROBERTO GACHE. — *Glosario de la farsa urbana.*

Próximamente

- ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto to de manzanas.*

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

MÁXIMO GORKI

(su vida y sus obras)



1919

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada
Avenida de Mayo 791

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

874491

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Orientación intelectual de la juventud. — (un librito, 70 p.)

EN PREPARACIÓN

El valor social de la novela contemporánea

*Escribí este libro, animado por una fe absoluta
en el advenimiento de una humanidad
más justa y bella. Lo consagro
pues, a los que han muerto
por el mismo ideal.*



PROEMIO

*Comenzaré por recordar un episodio. Cuando publiqué en la revista *Nosotros* un extenso ensayo sobre El dolor en la vida y la obra de Dostoiewski, hubo un librero optimista y benévolo que expuso varios días en la vidriera un ejemplar, subrayando con lápiz azul mi trabajo. Atraía así mi modesto nombre, en esa forma tan sencilla como inofensiva, el mirar distraído del paseante que, posiblemente tras alguna silenciosa consideración, se alejaba sin que el librero consiguiese su laudable propósito.*

Pero un día, un hombre extraño y decidido, quizás un erudito, no se contentó con ver mi nombre, sino que resolvió obtener algunos datos acerca de mi humilde persona. Entró en la librería, hizo algunas preguntas, hasta que finalmente se interesó vivamente por saber si yo conocía la lengua rusa. Le contestaron, sin dar mayor importancia a la inquisición, que no. Esta verdad exasperó al desconocido, que con pintoresca incorrección, manifestó que quién desconociese la lengua rusa no debía

meterse a criticar ni comentar a los autores eslavos ni mucho menos a Dostoiewski. Dijo esto con visible enojo y se fué, envuelta su figura en el mismo misterio con que entró.

Ha pasado algún tiempo y la incidencia, con ser insignificante, no ha dejado de preocuparme. Porque no hay duda que aquel hombre tenía relativa razón. Pero luego reflexionando, fueron surgiendo de mis cavilaciones algunos justificativos y hasta razones de peso a mi favor, que han disipado las dudas que en mi espíritu sembró la actitud del enigmático personaje. Y hoy, al comentar la vida y la obra de Máximo Gorki, hallo propicia la ocasión para decir algo sobre el punto y dar a conocer como ha nacido en mí, esta bendita aficción por las grandes manifestaciones artísticas y literarias del pueblo ruso. Todo lo cual puede ir muy bien a modo de proemio.

Hace más o menos siete años, que mi pasión por la música me llevó a una audición dedicada a obras de la escuela rusa.

El programa— y esto lo digo hoy— era hermoso.

Hasta entonces mis conocimientos del alma eslava, no pasaban de algunas lecturas aisladas, y vagas referencias sobre las condiciones políticas de Rusia. Iba pues, al concierto, con el espíritu limpio de toda idea preconcebida.

Oí con emoción aquella música, que extrae de lo más hondo de la raza el lamento de los oprimidos;

oí con recogimiento aquella voz, por entre cuyos ritmos se desliza la típica tristeza de un pueblo soñador e idealista, y al oír la interpretación de los magníficos cuartetos, oí la voz del pueblo, profunda y eterna, sabiamente comentada por el arte delicado y maravilloso de los tres maestros (1).

Y mientras escuchaba con religioso fervor, fué poblándose mi alma de visiones, ideas y sentimientos, que allí, en lo más recóndito de mi ser, tejieron con amor la finísima tela, que luego el tiempo y posteriores lecturas habían de bordar hasta dar con estos trabajos, de cuyo acierto ignoro lo que pueda pensar el lector, pero que han sido escritos con cariño y entusiasmo.

Diáfana y pura llegó hasta mí la voz del pueblo ruso al través de su música, la más humana y original. Dí después con libros que no hicieron más que completar la primera impresión. Lo que oí en la música —canciones populares— leí más tarde en los libros, y esto porque el arte ruso —literatura, pintura, etc.— expresa y refleja con inimitable nitidez, las más íntimas palpitaciones del alma popular. ¡Tal es su poder!

Además, no sólo yo incurro en la temeridad — ¡pero lo es?— de escribir sobre la literatura rusa

(1) A. GRETCHANINOW
A. BORODIN.
A. GLAZOUNOW.

sin conocer su lengua. Para no citar nada más que los extranjeros de renombre, diré que en Francia, entre otros muchos, Jean Richepin ha dado varias conferencias sobre el mismo tema con gran éxito, y en España la Pardo Bazán ha escrito todo un libro sobre la novela y con mucho menos recursos de los que hoy disponemos. Nadie niega que, en nuestro caso, es una falta el desconocimiento del idioma ruso, cuyos encantos provocan un cálido elogio al impagable Merimée, para decir entre otras cosas lo siguiente: "Elle est le plus riche des idiomes de l'Europe. Douée d'une merveilleuse concision qui s'allie à la clarté, il lui suffit d'un mot pour associer plusieurs idées, qui, dans une autre langue; exigeraient des phrases entières..."

Bien, firmas autorizadas garantizan que Merimée sabía tanto ruso como el que esto escribe. Y sin embargo, se deshacía en elogios, seguramente sinceros, sobre sus bellezas. Así que, sin que esto me sirva de argumento, no creo que sea grave pecado escribir con fundamento sobre cosas que conozco bien al través de muy buenas traducciones.

Olvidando a Tolstoy y Turgueneff, los escritores rusos en general no son grandes estilistas. Si a ello agregamos el fondo de sus escritos, permanente e inalterable al través de todas las traducciones, no hay audacia en servirse de las mejores para someterlas al análisis que implica un estudio como el

que lleva este proemio. Y más aún, siendo el autor elegido Gorki, cuya vida y temperamento no le han permitido andar con refinamientos de forma. Lo que no quita que sea un gran artista.

Desaliñado, casi podría asegurar que no pierde nada en las traducciones. Máxime cuando éstas se deben a escritores de talento, que unen a una comprensión íntima del autor que traducen, un conocimiento exacto de todos los recursos idiomáticos susceptibles de brindarnos una labor perfecta. Sólo a los autores rusos les está reservado este privilegio, por razones que no es del caso darlas ahora.

Strannik, Kikina, Sémenoff, La Chesnais, Biens-tock y E. Halpérine - Kamisky, están consagrados, en un ambiente favorable, a la traducción de los grandes autores eslavos y saben cumplir su difícil tarea con tanto arte como fidelidad.

No siendo, pues, los escritores rusos grandes estilistas —a la manera de un Renan o Anatole France— poco es a mi parecer lo que puedan perder en una traducción concienzuda que cuida escrupulosamente el sentido y el fondo. Y nadie mejor que los traductores nombrados, han de velar por la integridad espiritual de lo que ellos y el pueblo ruso en general aman con delirio: su literatura.

En cuanto a los propósitos de este libro, algo digo al terminarlo. Ahora anticipo, que entre otros de los motivos que tuve para escribirlo, fué el de di-

vulgar la biografía de un autor sumamente popular y leído por todas las clases sociales y que hasta el momento —excepción hecha de un trabajo de M. de Vogue que no he leído y supongo anticuado— no se le ha estudiado debidamente. Strannik y Sémenoff tienen dos buenos ensayos, sobre todo el último de los citados, que nos ofrece datos interesantes que he utilizado para mi trabajo (1).

A. C.

(1) En España, TORRALVA BECI, ALTAMIRA Y ANGEL GUERRA, también le han consagrado algunas páginas.

CAPÍTULO I

MAXIMO GORKI Y LA LITERATURA RUSA

Andariego, rebelde y torturado, Gorki simboliza quizás como ningún otro escritor ruso, salvo Tolstoy, Tchekhof o Rechetnikof, las singulares características del gran pueblo eslavo. Su obra, extraordinaria por su vigor y originalidad, resume con insuperable elocuencia las agitaciones que precedieron a la gran revolución de Marzo de 1917 y los intensos anhelos de rebeldía que la Rusia proletaria sentía gestar en sus entrañas.

Podría creerse por su vida, herida continuamente por el hambre, que su obra careciese de una orientación definida, y no se ajustase a otro plan, que el de la inspiración espontánea o las crueles exigencias de ganarse el pan con la pluma.

Y si bien, la primera impresión concuerda con este último criterio, una lectura detenida y meditada de su obra, nos permite, no sólo descubrir con

claridad sus propósitos, sinó que nos lleva a la conclusión, de que pocos autores rusos se han trazado un plan más severo de trabajo y, lo que es más sorprendente, han logrado cumplirlo con tanta fidelidad como Gorki.

Dentro de la literatura eslava, su figura se destaca en forma tan excepcional como la de Dostoiewski o Tolstoy. Más vigoroso y crudo en la concepción de sus novelas, aventaja a los dos genios citados por su sentimiento humanitario, que nunca se pierde en las brumas de un misticismo evangélico, como solía ocurrirle al autor de *Ana Karennine*, o se degrada en un enfermizo afán de humillante sumisión, que no pocas veces trasluce la obra de Dostoiewski. Realista como todos los novelistas rusos, ha enriquecido las letras de su patria dando vida a todo un mundo de vagabundos y delincuentes, descriptos por su pluma con tanto colorido y pasión, que sin trama ni ficciones sus escenas nos subyugan e interesan como trozos de vida, expresivos, llenos de calor y naturalidad. Auto-didacta, no puede decirse que su obra transparente la influencia más o menos inmediata de alguno de los grandes novelistas rusos. Palpita en sus pequeñas novelas, el mismo amor a la estepa, que Gogol supo reflejar en páginas inmortales. Ya en su tiempo, Bielinski, con su admirable acierto crítico, afirmaba que en Rusia muy pocos autores podrían escapar a la poderosa atracción del creador de *Taras Bulba*. De lo cual,—corroborado por su

obra—bien podemos deducir, que Gorki ha visto en el patriarca de las letras rusas, un modelo y un maestro. Pero todo intento de buscar quienes fueron los que determinaron su orientación literaria, ha de fracasar, porque nada hay, ni dentro ni fuera de la literatura rusa, que pueda ser indicado como algo análogo a su obra. Sin embargo, con bastante insistencia, se le ha querido comparar a Tchekhof. No he hallado entre ambos escritores, otro parecido, sino el muy lejano que nos brindan dos o tres cuentos del autor de *Vanka*, verbigracia: *Ojos con sueño* o *Errante*. Ambos, por su fondo y estilo, pueden pasar como de Gorki. No hay en la obra del famoso vagabundo, esa tendencia a lo humorístico y grotesco, que tanto agradaba a Tchekhof, cuando no hundía a sus personajes en pesadas disquisiciones metafísicas o entregaba sus almas a espíritus diabólicos. Gorki, recordémoslo aquí, cultivó también esta clase de cuentos más o menos extraños y *El diablo* remeda bastante a lo que Tchekhof nos ha dejado con ese carácter. Pero es un caso aislado. Ante todo, la obra de Tchekhof denota una ausencia casi completa de ese sentimiento de la naturaleza, que Gorki ha prodigado en páginas inimitables. Y finalmente, no debemos olvidar, que Tchekhof fué solo un novelista y no dió a sus escritos otra finalidad que la puramente literaria. En cambio Gorki, ha hecho lo contrario.

Más lógico, a mi parecer, sería compararlo con Rechetnikoff, cuya obra guarda cierta similitud con

la suya, siendo además uno de sus autores predilectos. Hay en sus escritos, el mismo amor por los humildes y desheredados, que más tarde había de reaparecer alentado por la impetuosidad revolucionaria de Gorki. Korolenko y Gleb-Ouspenski, también fueron leídos con cariño por el autor de *Wania*, sobre todo el primero, que pudo orientarlo y darle no pocos consejos. Luego, cuando analicemos su vida y su obra, tendremos ocasión de referirnos sobre la influencia que ambos literatos pueden haber ejercido en el desenvolvimiento intelectual de Gorki.

Tras el romanticismo — no exento de cierto realismo— de Puchkin y Lermontof, y la simpática musa popular de Koltsof, la literatura rusa nos dió una vigorosa sensación de arte naturalista con *Taras-Bulba*, mezcla sorprendente de refinada maldad tártara y dulce lirismo eslavo, para sufrir después la desviación, que el carácter psicológico y social de la novela de fines del siglo pasado, se había impuesto en el reducido mundo intelectual ruso. Surge así Turgeneff, fino y occidental, para darnos a conocer, en novelas armoniosas y pulidas, una serie de indolentes, estériles y fracasados, que un gran crítico ruso llamó: “indecisos” y “razonadores”. Al mismo tiempo aparece Dostoiewski, cuya penetración psicológica llega a lo increíble en el análisis de las almas enfermas, para convertirse finalmente en el admirable novelista de la torturada y desgraciada clase media rusa.

Tolstoy, trae conjuntamente con su genial poder creador y maravilloso don de immortalizar caracteres, el primer llamado a la revolución. Simultáneamente, Tchernichewsky escribía en la prisión *¿Qué hacer?*, primera novela de carácter netamente social y de propaganda revolucionaria, que en su tiempo produjo enorme entusiasmo. Llegamos así, a Pissemski, Rechenitkoff y Gleb-Ouspenski, tres maestros del realismo ruso que anticipan la rebelión de Gorki, y el género literario que había de darle gloria universal. Toda la dolorosa experiencia de sus ilustres antecesores, sirvió para infundir en el corazón de Gorki, el convencimiento que, mientras no se modificase radicalmente el aspecto político y social de Rusia, todo intento de hacer obra exclusivamente literaria, hubiese sido una aberración y hasta una cobardía. Comprendió que su labor de escritor, debía ser algo más que una simple exteriorización de sentimientos e impresiones, y que el medio que le tocaba vivir, imponía un deber sagrado a todos los hombres de inteligencia: trabajar por la reacción inmediata y violenta del pueblo contra los desmanes de la autocracia. Eso es, lo que él llamaba imperiosa "obligación de intervenir".

Gorki, como la generalidad de los autores rusos, vió en la novela un admirable vehículo para difundir sus ensueños revolucionarios. Por otro lado, nadie como él reunía las condiciones indispensables para lograr con eficacia tan peligrosa como ele-

vada finalidad. Viniendo como venía, de lo más profundo y humilde del pueblo, con el alma rebo-sando dolor y rebeldía, destrozado su corazón por la interminable visión de los más indecibles horro-res y su inteligencia avivada por una sed inextin-guible de renovación, traía, a la par que la fogo-sidad de sus ideales revolucionarios, la fe ardiente del iluminado.

Además, sus largas andanzas al través de la estepa, desolada y fría, lo habían ejercitado para el sufrimiento. Sólo a fuerza de voluntad y energía, provisto de un entusiasmo extraordinario, pudo sur-gir de los bajos fondos sociales, de donde había de traer todo ese mundo de miseria y desesperación que se agita en sus novelas, prodigiosamente reani-mado por su talento de escritor. Abierta su vida al soplo vivificante de las grandes pasiones, se dejó arrastrar por su instinto nómada y arrebatado por su cálido deseo de conocer, ver y sentir, dejó en su tránsito por las despobladas llanuras rusas, la semilla fecunda de sus ambiciones revolucionarias. Dió hogar en su alma de artista, a toda la soberbia legión de vagabundos, rebeldes y miserables, que en sus novelas gesticulan y riñen, con la porten-tosa naturalidad que su genio les infunde y que compartieron su vida de sufrimiento y privaciones. Y esa misma clase de vida, errante y despreocupada, sirvió para agregar una cualidad más a sus narra-ciones. Habiendo pasado sus días y noches en ple-na estepa, le confió la naturaleza sus más recón-

ditos secretos, que luego, con ternura y amor, traduce su pluma en las más hermosas descripciones. Nada hay equivalente a su fervor panteísta y sublime sentimiento poético, cuando habla de la estepa, el mar y los bosques.

Resumiendo, diremos que su obra se distingue por su valiente orientación revolucionaria, por la viva simpatía con que pinta toda una turba de seres desconocidos en la novela rusa y para terminar, por su sincero cariño de hijo hacia la naturaleza, que supo recogerlo en su seno materno e inspirarle las más sentidas páginas de su obra. Son estos tres aspectos de sus escritos, con los correspondientes agregados, los que estudiaremos detenidamente, al través de sus novelas. Y siendo muchas de ellas, de carácter casi autobiográfico, han de servirnos como material, para interpretar no sólo las ideas, sino también la vida de uno de los más grandes autores contemporáneos.



CAPÍTULO II

VIDA Y ANDANZAS

Nada más sombrío que la infancia de la mayoría de los escritores rusos. Ahondar sus vidas, forjadas en el dolor y la brutalidad del medio ambiente, es ir a la médula de sus tétricas concepciones, que hallan su génesis en todo un pasado de miseria y de torturas morales. Salvo raras excepciones, todos han vivido, los años que la vida nos reserva de inocencia y risueña despreocupación, en hogares donde la inútil crueldad del padre — o bien tíos y abuelos — se ha unido a la aterrorizada debilidad de la madre, para plasmar esas almas extrañas, tan pronto impulsivas y decididas, como místicas e incapaces.

De ahí todo ese mundo de neuropáticos, vagabundos, “razonadores”, rebeldes y desesperados, que han perpetuado su dolor en páginas empapadas de un realismo amargo.

Para darnos una idea aproximada, ya que es

necesario, de lo que significa un hogar ruso, — colocándonos en la época que, más o menos, corresponde a la infancia de Gorki — ninguna documentación nos puede ser más útil, que la ofrecida por las memorias o los pasajes autobiográficos en las obras de los grandes autores.

Las vidas de Gogol, Dostoiewski, Pissemski, Rechetnikoff, Gleb-Ouspenski, Nekrassof, Garchine Levitof, Stakof, Gorki, etc., guardan en sus comienzos perfecta analogía. Idéntica pobreza, igual salvajismo en el padre, y para todos: el cuadro desolador de un pueblo sumido en la penosa desesperación de no poder sacudir un yugo sanguinario y bárbaro.

El látigo humillante y el *wodka* embrutecedor, han primado en forma disolvente sobre la vida pública y privada del pueblo ruso. La vida exterior se refleja en los hogares, donde la ignorancia no halla otros métodos educacionales que la violenta imposición de una ferocidad primitiva, ciega a todo razonamiento y fiel al *Knuth*.

Nos basta ir al encuentro, no digamos de una existencia como la de Rechetnikoff o Gorki, sino a la de aquellos escritores que, gozando sus familias de una posición privilegiada, podíamos suponer que sus años de infancia transcurriesen al calor de un ambiente sosegado, dulce y amable, donde las inevitables travesuras hallasen por todo castigo, la benevolente observación de los mayores. Pero todo esto está muy lejos de la realidad. Una simple lectura de los *Recuerdos de infancia*, de So-

fía Kovalewski, nos descubre la indiferencia de unos padres, que creen haber cumplido con su deber, entregando la educación de sus hijas al frío preceptismo de una institutriz neurasténica. De ahí, ese deseo en las dos hermanas, María y Sofía, de huir, buscando la mejor manera para abandonar algo que para ellas no tiene ningún encanto y que sólo les reserva, la incomprensión obstinada de los padres en un hogar sin amor ni paz. Sueña la primera con el nihilismo y la que más tarde fué célebre matemática, contrae o finge, una especie de matrimonio para poder alejarse sin provocar mayores escándalos. Y todo esto ocurre en un hogar relativamente tranquilo, desahogado, donde ni el padre se muestra excesivamente brutal — aunque Sofía, confiesa que era “despótico y duro” — ni las escenas poco edificantes menudean.

Otra vida, cuya obra podría presuponer lo contrario y que, ni la opulencia pudo preservarla de la rudeza paternal, es la de Iván Turgueneff. Un buen biógrafo (1), al comentar una de sus obras, observa que su infancia se deslizó en ... “ce ménage troublé, sa mère silencieuse et maussade, son père élégant, hautain, glacial”. Agrega más adelante Haumant: “Un jour il fut accusé d’ou ne sait “quelle faute par un des parasites qui pululaient “chez ses parents. On l’interrogea: il ne comprit

(1) EMILE HAUMANT: *Ivan Tourgueneff, la Vie et l’Oeuvre*.

“ rien aux questions; on le fouetta. On recommen-
“ ça le lendemain, le sur lendemain. Désespéré, il
“ suppliait son père de lui dire au moins ce dont
“ il s’agissait. — “Ah! c’est joli! mon petit, repon-
“ dit Serge: ces vilénies --là ne sont pourtant pas
“ de ton âge!” Et on lui promit de le fouetter tous
“ les jours, tant qu’il n’aurait pas avoué!

También los Goncourt, cuya amistad tanto apreci-
ció el delicado autor eslavo, hacen referencia a los sufrimientos que en su pequeñez debió padecer el creador de Dimitri Roudine.

Si esto ocurre donde la riqueza aleja el malhu-
mor y la desazón nerviosa de tener que ganar el sustento sufriendo, donde cierta placidez, a lo menos la que brinda la holganza, atempera los excesos de un carácter violento y estrecho, que no ha de pasar, allí, donde todo lo contrario predispone al enojo, a los celos y a la angustia. O, donde la desgracia hunde sus garras, como en aquel hogar del talentoso Pissemski, quien a su regreso de la Universidad lo halla deshecho por la muerte del padre, la parálisis de la madre y la miseria más extrema.

En Rusia la literatura, la prensa, la política, todo refleja una vida imposible. Dice Dostoiewski, que cuando el famoso asunto de la Kairova recibió una carta de un desconocido, en la cual entre otras cosas, al pintar el hogar de la culpable, aparecían en toda su desnudez los vicios funestos del pueblo ruso. Terminaba el anónimo diciendo que para la culpable, la familia, el hogar, nunca existieron. Y

por millones se cuentan en Rusia, los que han padecido idéntico mal. Los castigos corporales se aplican como una necesidad imprescindible. Cualquier motivo, por leve que sea, da razón a una azotaina y hasta se castiga — como otros beben con el mismo fin — para olvidar las penas. Gorki en la *Familia Orlof* nos ha dado un cuadro real de la vida íntima de las clases humildes rusas, y la expresión de Orlof, cuando dice: . . . “yo no castigo por placer, sino por angustia”, no exterioriza otra cosa que un sentimiento vulgar en las masas rusas, producto de una maldita organización, social y política.

Hablando Tolstoy de su padre, recordaba, que “poseía una cualidad muy rara; no sólo no era cruel, sino que, al contrario, se mostraba débil, hasta el punto de que yo jamás oí hablar de correcciones corporales”. Lo insólito pues en un hogar ruso, es la benignidad y la calma.

Hemos insistido con alguna persistencia en señalar esta similitud en la vida privada de los grandes autores eslavos — y en los hogares en general — para explicar, en parte, la característica tristeza de una literatura, que tan pronto dignifica la humillación, con exagerado fervor cristiano, como exalta la rebeldía apasionadamente. Sólo así, podemos darnos una ligera idea del profundo disgusto y dolor, que la vida entre los suyos, ha dejado en

(1) F. M. DOSTOIEWSKI: “*Journal d'un écrivain*”.

el alma de Dostiewski, Garchine o Gorki. Temperamentos delicados los unos, de extraordinaria sensibilidad los otros, algo rebeldes y soñadores todos, han ido acumulando en su adolescencia la callada tristura que ha dado a las letras rusas ese fondo trágico, tan hermoso como humano, hasta que la edad o un suceso inesperado, permitiese un gesto libertador quebrando las cadenas de una esclavitud denigrante. Hubo quien, como Gorki, se anticipó, y prefirió la incertidumbre del vagabundear por la estepa a los cuatro muros de un hogar envenenado por reyertas y privaciones continuas.

Les ha bastado pues, a los novelistas rusos, hacer simple auto-biografía, para obtener toda esa vasta y sentida literatura impregnada del más agudo dolor y aflicción. Han hallado a su alrededor, en el hogar, en la escuela, en la Universidad, donde quiera que dirigieran sus pasos, la substancia que luego había de alimentar el inimitable realismo que ha dado a la novela rusa un lugar sobresaliente en la literatura universal. Bueno es recordar, que la mayoría de los grandes espíritus eslavos, han preferido a la "vía crucis" que implicaba cualquier carrera oficial, vagar como Gorki, sedientos de libertad, sin otros maestros que la buena naturaleza y una invencible voluntad, de triunfar en un medio, en que toda aspiración superior de cultura y justicia constituía un crimen severamente castigado.

Nace así, la íntima relación que existe en la novela rusa, entre lo imaginado y lo vivido.

No es posible, por lo tanto, comprender sus obras, sin que previamente escudriñemos las diversas incidencias que dan a la vida de los escritores eslavos, todo el carácter subyugador de una novela vivida, llena de los más increíbles sucesos e insospechadas aventuras, tanto, que a simple vista, más se cree en el fruto de una exaltada imaginación, que en un acontecimiento real, sufrido y sentido.

Todo Gorki, está en *Recuerdos de infancia* (1) Leyendo detenidamente sus primeras impresiones, la educación recibida y las escenas domésticas que le tocó presenciar, deducimos cuáles han sido los factores que más han contribuído al desenvolvimiento de su personalidad moral. Por entre el tumulto de innumerables sucesos de valor secundario, surge de cuando en cuando, el relato penoso de lo que ha llegado a emocionarlo vivamente, tejiendo los resortes de una voluntad empeñosa y dejando en lo más hondo de su corazón, esa gran pesadumbre, toda hecha de rebeldías, ensueños y estupendo anhelo de perfección.

Sólo una figura, la de la abuela, pone su ternura para dulcificar su niñez, y su influencia, como veremos más tarde, ha sido de suma importancia

(1) *La Revue de Paris* N.os 12, 14, 15, 17 del año 1917.

para despertar en él, uno de los sentimientos que más enaltecen su fecunda obra de novelista. Lo restante, sólo su pluma, implacable en su sed de verdad, puede describir.

Pesa sobre los primeros años de su vida "una angustia insoportable", que los desbordes bestiales del tío y del abuelo, convirtieron en un largo martirio. Nada comparable a ese hogar transformado en infierno, donde reina la más completa desolación y donde ni una sola hora de amor o de simple cariño, alivia el alma de tanta bajeza y ferocidad. Emerge así, por entre sus primeros recuerdos, ese grito desgarrador, que pinta de un solo trazo lo que ha significado para la juventud rusa la vida en esos hogares maldecidos; trágico lamento, que tras una escena sin nombre — el padrasto azota sin compasión a su madre—, Gorki exclama con el corazón destrozado: "Al evocar esas increíbles bajezas, bien características de las costumbres rusas, yo me pregunto por momentos, si no sería mejor callarlas. Pero no tardo en responderme con renovada firmeza; no es necesario, porque es la verdad; una verdad viva y denigrante, que todavía no ha trascendido lo suficiente. Y esa verdad, debe ser conocida hasta sus fundamentos, para poder arrancarla de la memoria de los hombres, con sus raíces, sin dejar el recuerdo de esos horrores que manchan toda la vida rusa, ya bastante execrable y penosa".

Todo intento de dar una idea exacta de los acón-

tecimientos que llenan la vida del famoso novelista, ha de tropezar con el serio inconveniente de no poder seguirla por ser en extremo accidentada y errante. Ha de facilitar la tarea, el acentuado sabor auto-biográfico de algunos trozos de sus obras, sus *Recuerdos de infancia*, que tienen singular importancia, como punto de partida en la formación de su temperamento, y diversos apuntes y escritos relacionados con su vida, que en diferentes ocasiones envió a los grandes diarios y revistas europeas. Y ya que nos proponemos ahondar en su interesante existencia, comencemos por dar los datos elementales:

Alexis-Maximovitch Pechkoff,—Gorki: *el amargo* — nació el año 1869 en Nijni-Novgorod, en el hogar del pintor de edificios Kachirine. Más tarde, el pequeño Máximo se indignaba con los chicuelos del barrio, caundo lo llamaban Kachirine. Sería, por la terrible fama que gozaba el pintor, de hombre bárbaro y despiadado. Llamábase su madre — hija de Kachirine — Bárbara, y su padre, tapicero de oficio, Máximo Pechkoff.

Murió el padre de cólera, cuando Gorki contaba apenas cinco años y desde tan temprana edad comienzan sus memorias.

Este inesperado suceso de familia, afectó gravemente a la viuda y al pequeño, el cual mantuvo con cierta vaguedad un buen recuerdo de su padre. No dejan de ser sentidas y melancólicas, estas palabras que, en tan lamentable trance, Gorki pone

en boca de su madre: "Dile adiós a tu padre, ya " no lo verás más, ha muerto el pobre hombre; " ha muerto demasiado pronto; todavía no había " llegado su hora". Por largo tiempo perduró en su alma el recuerdo de las tristes escenas que siguieron a esta desgracia. El carácter extraño de la madre se tornó aún más huraño e hipondríaco, con bruscas salidas, largas ausencias y frecuentes arrebatos de cariño maternal. Así transcurrieron los primeros años de Gorki, quien sólo halló en su buena abuela un refugio cariñoso para sus desahogos y una gran compañera, llena de afectos, incansable narradora de cuentos, tan sufrida como preocupada por la felicidad del pequeño Máximo. Conviene pues, que por un instante nos detengamos ante esta figura, para la que Gorki ha reservado en sus recuerdos los más sentidos conceptos, y que ha influido en su espíritu, dejando la semilla de ese amor casi místico que inflama toda su obra de escritor y de propagandista.

Con la llegada de la abuela, empieza una nueva vida. Encuentra, por fin, un ser sonriente que se haga eco de sus deseos, de sus inocentes ilusiones infantiles, y una gran alma que, como aquella inmortal Marcelle de *Le livre de Mon Ami* (1), le abrió con sus brazos las amplias perspectivas de los goces más puros y eternos, ... "le monde infini des rêves". Su tránsito al través de las

(1) ANATOLE FRANCE.

innumerables atrocidades del abuelo, de las ausencias de la madre, en una palabra de la pérfida hostilidad del hogar Kachirine, ya dejando en el acerbo relato, un delicado encanto de pureza femenina que difunde la tranquila poesía de su bondad. A ella debe, no sólo su intensa pasión por todo lo grande y humano, sinó, que por ella también, por primera vez., se nublaron sus hermosos ojos azules en un arrebato prematuro de rebeldía, de odio, de repugnancia, por esa mísera vida del hogar ruso, que más tarde, recordando quizás su pasado, fustigara con palabras encendidas en un sagrado anhelo de renovación y amor.

Pocas veces su pluma vigorosa ha dejado en las blancas cuartillas, frases tan henchidas de unción y reconocimiento, tan llenas de fidelidad y suave añoranza, como las que consagra a la memoria de aquella mujer amplia y generosa como una madre. “Antes de su venida, yo había vivido por “ así decirlo, semi-dormido yo no sé en qué penumbra. Pero ella apareció; me despertó y me “ condujo a la luz. Su presencia me unió a todo “ lo que me rodeaba con un hilo continuo: ella “ había tendido entre el ambiente y mi alma un “ puente luminoso, llegando así a convertirse para siempre en la amiga más predilecta de mi corazón, el ser más comprensible y querido. Fué “ su amor desinteresado del Universo, el que, enriqueciéndome, me impregnó de esa fuerza invencible de la que yo tanto he necesitado para

“ pasar las horas difíciles”. Sólo ella toleraba las lágrimas del pequeño Gorki, que buscaba consuelo en su regazo huyendo de la grosera intolerancia del abuelo y de la madre, que prohibían llorar, so pena de ser azotado.

Fué también su querida abuela, la que puso en su corazón de artista, esa admirable comprensión de la naturaleza, ese prodigioso y cálido panteísmo de que desborda toda su obra. Más de una vez, la buena vieja, en el olvido de un hogar inhospitalario, debió alejarse con aquel pequeño inquieto y rebelde, para ir a cualquier lugar sosegado a solazarse en la contemplación de los prodigiosos cuadros de una naturaleza que “saturó de belleza” al futuro novelista, según él mismo lo consigna. Y así, entre las más gratas rememoraciones de su infancia ha quedado aquel primer viaje en lancha por el Volga, de regreso a Nijni - Novogorod. Incansables los dos, aprovechaban el buen tiempo reinante para gozar: “desde la mañana hasta el atardecer”, las maravillas de un paisaje rico en color y animación, y agrega: “quedábamos mi abuela y yo en el puente, mirando bajo el cielo sereno, cómo las riberas del Volga huían doradas por el Otoño”. Horas apacibles, de mudo encanto ante lo eterno, que debieron entreabrir a la vivísima inteligencia de Gorki, la visión de un mundo sin los brutales excesos que, en su hogar la ignorancia del abuelo y la indiferencia de la madre, herían su exaltada sensibilidad. Horas de

intensa vida interior, que conjuntamente con aquellas otras, en que también su adorada abuela llenó su imaginación con los heroicos episodios de interminables historias, que dejaron de esos momentos dichosos de su vida, una sola impresión; la que supo brindarle: "...esa vieja, siempre joven, tan buena como comunicativa".

Bien podemos asegurar, pues, que fué ella la que fijó en lo más íntimo de Gorki, todo el arrebatado fervor humanitario, toda la delicadeza e idealidad, que en medio de un realismo fuerte y punzante, da a sus novelas y narraciones un sabor particular: variado, dramático, contradictorio, transporte fiel de la vida con sus pequeñeces y glorias. Buena abuela, sabia maestra y benévola compañera del que mucho tiempo después, había de recordarla como el único ser, cuyos "ojos pensativos" lo animaron, allí donde su alma hambrienta de cariño sólo encontraba la frialdad de un ambiente huracán.

Más arriba, hemos hecho alusión al carácter extraño de la madre. Efectivamente, dos o tres pasajes de su vida, nos hablan de un temperamento impulsivo y melancólico. La muerte de su primer marido, a quien indudablemente amaba, contribuye a dar más relieve a sus rarezas, predisponiéndola a una continua excitación nerviosa. Alejada por un tiempo del hogar Kachirine, sólo de cuando en cuando visitaba su hijo, a quien, tan pronto retenía en sus brazos prodigándole grandes demostraciones de cariño, como permanecía indi-

ferente a sus ruegos. El segundo matrimonio, disgustó sobremanera al pequeño Gorki, que no podía tolerar al que iba a ser su padrastro. Más de una vez intentó suplicarle a su madre — lo que no deja de ser extraño, teniendo en cuenta la corta edad — que desistiese de tales propósitos. Pero quiso la desgracia, que esos anhelos no se realizasen, y un nuevo dolor se cernió sobre el hogar.

Como el abuelo, Maximof, que así se llamaba el padrastro, no concebía otros medios eficaces de persuasión, que el de los puños, el látigo y los puntapiés. Su carácter violento, dió lugar a que los cuadros de humillación y vergüenza, fuesen más frecuentes y sangrientos. Entre los episodios que Gorki relata en sus *Recuerdos de infancia*, el más impresionante por lo borrascoso, es aquel en que su padrastro, enceguecido por el furor, maltrata y ultraja a golpes a su desdichada esposa. No pudiendo Gorki contenerse, tomó un cuchillo de cocina, y sólo por un milagro pudo Maximof evitar la terrible puñalada de su hijastro. Lo cual no impidió que saliese acorbado de la habitación, dando grandes gritos y llevándose las manos al costado, como si por allí se le fuese la vida. Al poco tiempo murió el exasperado Maximof, cuyo tránsito por tan martirizada familia, sólo contribuyó a dar más acritud a una vida de rencillas.

Poco a poco iba la madre tornándose más agria en su melancolía y permanecía días enteros sumida en un silencio sepulcral, rehusando visitas y has-

ta la compañía de su hijo. Languidecía lentamente aquella vida, cuya figura pasa al través de las memorias de Gorki con cierto misterio. Puso la muerte fin a tan penosa existencia, y nuevamente le tocó presenciar otra escena de hondo dolor.

Ni mala ni buena, más bien buena, no deja de atraer su silueta algo borrosa, pero que señala un temperamento enérgico y resignado al mismo tiempo. Confiesa Gorki, que siempre supo su madre inspirarle los más elevados y delicados sentimientos, y que no pocas veces lo estrechaba con gran cariño. Y esto en aquel ambiente tiene inmenso valor moral. Ella fué quien lo inició en la poesía, y de su infancia nunca podrá olvidar aquellos instantes de amable expansión literaria, cuando la madre le enseñaba unos versos, que encierran en su comienzo cierto simbolismo que, ya por aquel entonces debió ser grato al futuro gran vagabundo:

“Route longue, route droite
Que d’espace Dieu l’a donné!

Hay un detalle, que no está demás retenerlo, porque puede hacer más comprensible la formación de un carácter que, desde la más temprana edad exteriorizó los rasgos salientes de su futura personalidad intelectual. Nos dice el célebre revolucionario que uno de sus grandes goces de chico, consistía en mutilar “las líneas regulares de las poesías”. Era un deseo invencible, de sustituir la letra original, por cualquier cosa que se le ocu-

riese. Pequeño detalle que revela dos condiciones: el futuro creador y libertario.

Para integrar el grupo de seres que lo rodearon en sus primeros años y que más pueden haber influido en su evolución moral, nos resta dar a conocer al abuelo; figura agresiva que pesa sobre el azotado hogar como una maldición. Está de más que repitamos las hazañas que su maldad cometía contra criaturas débiles e inofensivas. Pero, sin embargo, para pintarlo de cuerpo entero, nada mejor que reproducir una de las tantas incidencias domésticas, en la que participa poniendo en descubierto su depravada felonía.

Nunca había visto el pequeño Gorki sufrir a su idolatrada abuela la brutal afrenta que ante su presencia le infringió su enfadado marido, uno de esos días que su carácter no respetaba nada. El suceso, por lo inesperado y salvaje, produjo en el ánimo del futuro escritor, una de las más recias crisis de odio y rebeldía, para caer luego en "una indecible tristeza". He aquí el incidente, tal cual lo cuenta Gorki: "Una vez, como mi abuela se aproximase con palabras amistosas en los labios, dió él, bruscamente, media vuelta, y con todas sus fuerzas, le asestó en pleno rostro un formidable puñetazo. Retrocedió mi abuela tambaleando y llevándose las manos a la boca. Luego, algo repuesta, dijo simplemente con tono tranquilo: —"¡Que eres animal!

“Escupió sangre a los pies del abuelo, que por dos veces gritó, levantando los brazos:

—“Sal, sal, o te mato!”

Pasaron muchos días, y la afrenta, como una visión infamante, vivió obstinada en la cabeza afiebrada del niño, para dejar finalmente una impresión imborrable, que más tarde fijó en diversas páginas de sus cuentos y novelas. Recuérdese a propósito, aquella narración de Carpio Bukoiemof (1), cuando su padre oía indiferente las súplicas de su mujer que le decía:

—“Mátame de un golpe, en nombre de Cristo; no me tortures!

“El la respondió:

—“Espera, mujer, espera... ¿Por qué de un golpe?”

“Tenía yo entonces siete años... La mató a fuerza de pegarla... lenta, sabiamente.

A su abuelo debe Gorki estas páginas, que evocan un pasado funesto. Hosco y religioso, nunca salieron de sus labios otras palabras que las dictadas por sus inveterados enojos. Su cobardía repugna. Sus imploraciones al Señor, después de haber propinado castigos brutales y nada evangélicos, contienen tanta hipocresía como perfidia. Como la abuela, también era amigo de contar largas historias, únicos instantes que el pequeño Máximo permanecía a su lado. Lo mismo que Bukoiemof,

(1) *En la cárcel.*

conocía a fondo el difícil arte de saber pegar "lenta... sabiamente". Y por entre la desventura de aquel hogar entrevemos su rostro ceñudo, espian-do sin cansancio el error ajeno, para saciar sus seniles arrebatos de crueldad. No ha dejado el nieto, en sus recuerdos, ni una sola prueba de estimación para hombre tan irascible y maniático.

Aparecen también en los *Recuerdos de infancia*, dos seres, cuyo silencio trasciende la tranquila tristeza de los que sufren con resignación el martirio de una existencia amarga. Gregory y la tía Natalia, sobre todo el primero, han dejado en el ánimo de Gorki una vivísima impresión.

Natalia, gemía y suspiraba todo el día. Sus ruegos al Señor para que la llevase a su lado, arrancándola de aquel lugar tan poco cristiano, ponen una nota purísima de emoción religiosa. Y más de una vez sorprendió el pequeño Gorki en el rostro tímido de ella, las huellas violáceas de las pesadas manos del abuelo. Vestida siempre de blanco, con un poco de imaginación — que no andaría desacertada—nos es fácil suponerla pálida, reconcentrada, silenciosa, sumida en una eterna súplica, y escondiendo su frágil figura de las salvajadas del iracundo marido. Porque su marido, como el abuelo, no perdía ocasión de ensayar sus fuerzas, aplicando todo un sistema pedagógico a base de látigo y puñadas.

El viejo Gregory, casi ciego, después de haber trabajado bestialmente al servicio de los Kachirine,

espera por toda recompensa, que envejeciendo, su ceguera sea más completa para ir mendigando por los caminos: "... Cuando yo sea viejo, decía, iré a mendigar y seré más feliz". Agrega Gorki, que él deseaba con entusiasmo la ceguera del pobre Grigory, para así poder acompañarlo al través de la estepa haciendo las veces de lazarillo.

Tales fueron los seres que acompañaron en su infancia al novelista. En aquel hogar, hostil y despiadado, se plasmó su vigorosa personalidad de luchador, brioso, indómito y apasionado. Fué en la familia de los Kachirine, donde halló la representación más viva y exacta de la vida íntima rusa, nido fecundo de iluminados, extraviados, neuróticos y vagabundos geniales. En aquel hogar, donde la madre olvida la educación del hijo, donde tíos y abuelos compiten en el ejercicio de castigos infamantes y donde finalmente, diversos sucesos sangrientos y misteriosos, anticipan un mundo de crímenes y miseria; en aquel hogar, se abrió el corazón de Gorki para dar asilo a ese odio implacable, que más tarde vemos palpitar, a modo de "leit motiv", en todas sus magistrales condenaciones de la maldad social.

Puede pues, suponerse el martirio que ha significado para él la vida en semejante medio, donde su inocencia descubrió por primera vez, el terrible egoísmo humano y la intencionada perversidad de los fuertes. Iba surgiendo la vida a su al-

rededor, desnuda de todo idealismo, forjando en su corazón la invencible rebeldía que lo impulsó a erguirse contra la mentira de una sociedad injusta, sanguinaria, insensible al dolor y embrutecida en la práctica de principios ancestrales de dominación. Su don precoz de observador, retuvo todo el material que luego había de utilizar para dar a sus novelas y cuentos, ese fondo atormentado por un realismo que penetra en la vida, sediento por descubrir las pasiones y los vicios. Y ese mismo anhelo imperioso, lo mueve a no callar nada de lo que para su conciencia de hombre debe ser revelado como una enseñanza, como una demostración, como una lacra que sin falsos pudores descubre, aunque la fatalidad lo señale en su propia casa. Y así exclama con punzante concisión: "Yo quiero hacer conocer el círculo estrecho y asfixiante, en medio del cual, yo he vivido y en el cual, se agita aun hoy, el simple habitante de Rusia". Toda la sórdida mezquindad de aquella existencia, abismada en la desesperación, soportando la humillante tiranía de un jefe, mezcla exótica de tártaro salvaje y cristiano semi-culto, va apareciendo ante el juicio severo de Gorki como la revelación de un pasado funesto, que ha grabado en lo más hondo de su ser, las características fundamentales de su temperamento batallador y revolucionario.

No son los secretos de un hogar, los que su pluma pinta con los colores más oscuros y tétricos; no, es toda la Rusia, tan pronto abrasada en un

ardiente deseo de dignificación humana, como sujeta, estéril y ensangrentada, al yugo de los peores atavismos. Sólo el látigo, dentro y fuera del hogar. Y el látigo, que para los desprovistos de inteligencia y rebeldía, es narcótico enervante que sume en el servilismo abyecto, no lo es en cambio para los que, como Gorki, llevan en sus entrañas el fuego divino que todo lo funde y enciende en los hombres el empuje heróico que redime y liberta.

Escribe en sus memorias, el gran novelista eslavo, que entre los grandes días de su existencia puede contarse aquél, en que, tras una furibunda azotaina que su abuelo le impuso con su habitual rudeza, sintió por primera vez dentro de su ser, el surgimiento de una personalidad inquieta, mordida prematuramente por la angustia y loca por ir hacia todo lo humano. Y agrega: "... A contar desde ese instante, se manifestó en mí esa atención nerviosa por todos los seres humanos. Mi corazón, como si lo hubiesen despellejado, se hizo extremadamente sensible a todas las humillaciones y a todos los sufrimientos personales y ajenos".

Acrescentados los padecimientos, su vida—contando apenas ocho años—fué una marcha penosa bajo la vigilancia enfurecida de los suyos, con breves paréntesis de dulce sosiego en los brazos de su inolvidable abuela. Despiertos los nobles sentimientos en tan temprana edad, cada vez pudo soportar menos el despotismo del exasperado abuelo, que no ahorraba ocasión para provocar grescas y azotar

a chicos y grandes. Envenenada su alma por las escenas de una vida infernal, no pudo resistir a la tentación de ir por los campos y ciudades buscando lo que quizás, ya en aquellas lejanas épocas, bullía confusamente en su afiebrada cabeza de adolescente.

Las palabras que el abuelo pronuncia con feroz egoísmo a raíz de la muerte de su hija, fijan al nieto el espinoso sendero por donde ha de ir al encuentro del mendrugo: ...“es inadmisibile que vivas a mis expensas. Mejor sería, que te fueses por el mundo...” Y Gorki aceptó.

En aquel momento solemne de su accidentada vida, quedó para siempre tallada su impresionante figura de vagabundo, como símbolo agitado de rebeldía, harapiento y bíblico. Ebrio de voluntad, se abrió al soplo helado de la inmensurable estepa, y en ella se internó ciego de fe, quemada su sangre por un formidable ímpetu de forjar su propia vida, libre de apoyos y remilgos, bajo el rutilante amparo del Sol.

Gorki tenía nueve años, cuando su abuelo le buscó colocación en una zapatería. Su instrucción era casi nula, pues apenas si se habían tomado el trabajo de enseñarle a leer malamente con ayuda de un viejo Breviario y en el libro de los Salmos. El desasosiego interior, que ha hecho de la vida de Gorki una perpetua vagancia, ya se manifes-

taba en el pequeño dependiente de zapatería. Poco tiempo permaneció vendiendo botines. Cambió el oficio, para ser aprendiz en el taller de un dibujante. Tampoco pudo resistir mucho tiempo en tal ocupación, dejándola, para ir como ayudante de un pintor de íconos. No ofreciendo mayores atractivos su nuevo trabajo y no pudiendo adaptarse a una vida sedentaria y vulgar, dejó al pintor, para convertirse en ayudante de cocina en un barco.

Dentro de la agitada existencia del gran novelista, la estada en el barco, adquiere singular importancia, no sólo por el sinnúmero de observaciones que llenaron su retina de tipos y modalidades del ambiente—*Tomás Gordeieff, En el río, Malva, etc.*,—sino también por la íntima amistad que entabla con el cocinero Smoury, simpático personaje que emerge por entre la abigarrada variación de acontecimientos de la vida de Gorki, como un verdadero maestro. Ha confesado el autor de *Los tres*, que la influencia espiritual del cocinero sobre su persona ha sido muy grande y decisiva. Nadie más que él, fué quién lo inició en los placeres de la lectura y entreabrió a su talento, los inmensos horizontes de un campo óptimo para ser fecundizado por su genio de auto-didácta. Antes de conocer a Smoury, detestaba “los libros como asimismo todo papel impreso”. Sus lecturas se habían reducido, en los momentos de ocio, a obras fantásticas y antiguas, de autores desconocidos y que los halla “estúpidos e iletrados”. He aquí, el nombre de al-

gunos de estos novelones: *Andrés sin miedo*, *Jacques Smertensky*, *La Capa*, etc.

Smoury debió ser un hombre de cierta cultura, pues así lo demuestra su relativo buen gusto literario, cuando lee a su amigo obras de Gogol, Glep-Ouspenski, Dumas, la Vida de Santos y diversos libros de masonería, que interesaron a Gorki, por algo que a su tiempo comprobaremos al relatar un bello episodio de su vida errante. Despertaron todas estas lecturas, un vivo anhelo de conocer, un "deseo furioso de estudiar", que lo impulsaron a dejar el barco para ir a Kazan, con la ingenua creencia, que en la ciudad la educación se daba a todo el que la solicitase. Por supuesto, no halló otra cosa que egoísmo e indiferencia; además, ni las ciencias se enseñaban gratuitamente, ni todos podían gozar de su culto.

Había cumplido los 17 años, cuando con esa energía y decisión prodigiosa que ha movido toda su vida, resolvió, sin desmayos ni desilusiones, entrar al servicio de un vulgar tahonero como ayudante de amasador, por el modestísimo sueldo de tres rublos mensuales.

Así, por cruel ironía de la suerte, esa vida hecha para beber a pleno pulmón, las heladas ráfagas de la estepa; esa alma sedienta de espacio, de luz, de color, de movimiento, tuvo que sufrir la peor y más inhumana de las cárceles, al permanecer sujeto en un sótano húmedo y sombrío, soportando

un horario abrumador. En uno de sus más hermosos y simbólicos cuentos—*Veintiseis y una*— ha descrito con insuperable poder evocativo, aquel lugar de martirio, en el que debió pasar horas de incertidumbre y llanto. Dice Gorki:

“Eramos veintiseis—veintiseis máquinas vivientes encerradas en un sótano, en el que desde la mañana hasta la noche, amasábamos la harina para hacer rosquillas y panecillos.

“Las ventanas del sótano daban a un foso abierto hasta más abajo, con muros de ladrillo. Aquellas ventanas estaban cubiertas en su parte exterior de un alambrado de hierro, y los rayos del sol no podían penetrar en el sótano, porque las ventanas tenían además cristales y éstos estaban llenos del polvo de la harina.

“Nuestro patrón había alambrado las ventanas con objeto de que no les pudiéramos dar un pedazo de pan a los pobres, ni a aquellos de nuestros camaradas que por falta de trabajo se morirían de hambre: nuestro patrón nos apellidaba ladrones, y en vez de carne, nos daba de comer tripas podridas.

“Era muy incómodo vivir en aquel cajón de piedra, de techo bajo y pesado, lleno de hollín y de telas de araña, y nos entraba el malestar al vernos dentro de aquellos espesos muros cubiertos de manchas de barro y de moho”.

En semejante cueva, conoció Gorki a Konovalov, estupendo vagabundo y formidable filósofo; es-

céptico, inteligente y sentimental, que en páginas admirables su compañero de cautivero lo inmortaliza como indiscutible símbolo de todo un mundo nómada. Halló Gorki en el amasador un amigo inseparable, para amortiguar los padecimientos de una existencia, que, siendo casi un niño, ya le “había manchado el corazón”.

Frente a la tahona vivía un remendón y su ayudante, un jovencito flacucho y pálido, que se pasaba el santo día canturreando romanzas y trozos de óperas populares. Llamábase Chaliapine, y desde que Gorki lo conoció se hicieron grandes amigos. ¡Quién hubiera afirmado por aquel entonces, que en un olvidado barrio de Kazán, se escondían perseguidos por el hambre y la miseria, dos de las glorias más grandes de Rusia! ¡Quién hubiera imaginado, al verlos juntos los días domingos, sucios y haraposos, que no pasarían muchos años para que, el uno por su voz inolvidable y el otro con el poder de su pluma, obtuviesen sumas fabulosas, mientras el mundo los consagraba con aclamaciones y homenajes.

Adolfo Brisson ha oído de propios labios del célebre bajo, el siguiente relato, que en su sencillez encierra todo un poema de dolor, ensueños e impacientes ansias de triunfar: “Yo estaba siempre negro de cera y él, blanco de harina. Los domingos, “cantábamos en la iglesia y cuando disponíamos de “algunos centavos, íbamos alegremente a gastarlos “en el teatro. Yo estaba tan flaco, que se percibía

“ fácilmente, al través de la piel, lo que había en
“ mi vientre: No había nada”. Y agrega A. Brisson:
“ ... Gorki no estaba más gordo que su camarada.
“ La misma llama los quemaba, la misma ambición
“ secreta, el mismo deseo de cultivar sus espíritus,
“ de producir, de exteriorizar lo que bullía en el
“ fondo de ellos. Los dos, Gorki y Chaliapine, te-
“ nían alma de artistas. Se separaron como hojas
“ arrancadas del árbol y llevadas por el huracán a
“ direcciones opuestas. Chaliapine se asoció al des-
“ tino de una compañía ambulante de ópera. Gorki,
“ se convierte en un simple vagabundo”.

Desde el feliz instante, más que feliz histórico, en que el buen Smoury enseñó al joven Gorki a comprender los encantos de la lectura y dió alas a sus grandes anhelos de perfección moral e intelectual, no perdió ocasión el futuro novelista, de propagar con entusiasmo las bellezas ideales de un mundo encerrado en los libros. Al seguirlo, en sus interminables andanzas, nada conmueve con más intensidad que, esos altos en medio del camino, en las ciudades o en los puertos, donde, sacando de sus andrajosos bolsillos un libro, comienza su lectura en voz alta ante un improvisado auditorio de miserables, vagabundos y prostitutas, explicando el significado de tal o cual frase y dejando en el corazón de esos seres abandonados, una chispa de belleza o amor. En Kazán, Kauban, Tiflis, dondequiera, siempre lo veremos rodeado de un grupo de caminantes, que siguen con profundo silencio

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

tóricos, el más famoso, era el que Gorki había elegido para leer a su amigo Konovalov. *La Rebelión de Stenka Rasine*, no sólo conmovió profundamente al barbudo amasador, sinó que también debieron impresionar a Gorki, las poéticas y heróicas descripciones que Kostomarof hace de Stenka y del "príncipe de la partida del Volga". Todo ese pasado primitivo y épico que habla de las lejanas insurrecciones cosacas, animaron su juventud con un soplo de rebeldía y libertad. La visión de la estepa—que Kostomarof sabía presentar tan a lo vivo—debió atraerlo con esa fuerza invencible, que la distancia parece acrecentar y que Gorki sentiría más intensamente desde el fondo cavernoso de su tahona.

Aquellas lecturas enriquecían su léxico, al par que acrecentaban sus aspiraciones de llegar algún día, a dar vida a lo que aleteaba en su alma de artista genial. Su tránsito por el lóbrego sótano, sirvió para que su mirada penetrante de soñador y rebelde palpase de cerca el horror de un existencia de esclavitud y hambre.

Poco a poco, la realidad, surgía ante su existencia, cada vez más inexorable e injusta. Cada vez sus dictados, cobraban más rudeza e iban educando aquel temperamento excepcional de rebelde talentoso, dando relieve y energía a los rasgos típicos de su vigorosa individualidad. Gorki puso toda su alma privilegiada, para asimilar esas terribles enseñanzas de la vida, porque comprendió,

que la sabiduría que de ellas se desprende “es siempre más amplia y profunda, que la sabiduría de los hombres”. Ante tanta desventura y pobreza, su férrea voluntad no se amilanó y aquellos heroicos años de trabajo y esclavitud, fijaron en su corazón de batallador, el supremo anhelo de vencer, de quebrar la indiferencia del medio, de morir consagrado a lo que consumía su alma de pena y rebelión: la libertad moral y económica del pueblo ruso.

En Kazán frecuentó algunos círculos de estudiantes humildes. Entró en contacto con revolucionarios, nihilistas y demás habitantes de la Rusia subterránea. Leyó con ahinco cuanto libro “diabólicamente escrito” caía en sus manos, y sólo se preocupó de ser “una fuerza social activa”. Y agrega: “Yo estaba convencido, que en parte había cumplido con mi deber. A lo menos, en lo que me concernía, llegué a la convicción que tenía un derecho absoluto a la existencia, sintiéndome una fuerza necesaria a la vida y capaz de realizar una gran misión histórica.”

Tan excesiva exaltación intelectual, trajo como consecuencia lógica, una grave crisis moral. En *Un compañero extraño*, nos ha dejado Gorki una página soberbia donde aparece aquel doloroso instante de su vida, en el cual la duda y el desaliento rinden por un momento su empuje de hombre de acción. Dice: “Fué en aquella época, que yo experimenté por primera vez en mi vida, un ataque de

“ese insoportable cansancio que deprime el alma. Es la más horrible de todas las enfermedades que pueden asaltar al hombre. Todo a nuestro alrededor cesa de interesarnos y deseamos vivamente algo nuevo. Inciertos, tan pronto vamos a la derecha como a la izquierda. Buscamos, buscamos y cuando creemos encontrar, vemos bien pronto, que lo hallado no es lo que ambicionamos. Nos sentimos esclavos de algo oculto, y se tiene la impresión de estar interiormente aherrojado, sintiéndonos incapaces de vivir en paz con nosotros mismos. Y esa paz, es para el hombre más indispensable que todo lo restante.”

Gorki pensó en el suicidio. Su ardor juvenil, su gran amor, su sensibilidad, todo su ser superior, recibió el choque rudo de una vida de servidumbre que empezaba a comprender en toda su irritante hipocresía. Decayó su voluntad; desilusionado, se sintió débil para levantarse contra una sociedad tan egoísta como brutal, y antes de sucumbir para llegar a ser un vil rodaje de la odiada máquina, prefirió la muerte. Ocurrió todo esto en 1888 y tenía Gorki 19 años.

Curado del balazo que le había afectado el corazón, repuesto su espíritu de las dudas y tormentos que lo roían, iérguese nuevamente para recomenzar su gloriosa vagabundez como simple vendedor de patatas. Abandona Kazán, para ser guardabarrera en Zarizin. Al poco tiempo deja ese puesto para volver a Nigny - Novgorod, con intenciones de ha-

cer el servicio militar. Rebelde, no podía admitir la embrutecedora disciplina del cuartel, y como es de suponer, en vez de militar lo encontramos dedicado a la venta ambulante de diferentes objetos. Y así, hasta que su inextinguible sed de renovación, lo convierte del día a la noche en secretario de un abogado que con gran interés lo toma a su servicio. Entre los tres o cuatro seres, que han contribuido con más cariño a cultivar la inteligencia del autor de *La Angustia*, protegiéndolo y ayudándolo al mismo tiempo, figura este buen abogado cuyo nombre: Lapin, ocupa un lugar importante en la biografía del novelista. Ha dicho de él Gorki: "La influencia de Lapin en mi instrucción ha sido inmensa; es un hombre muy instruído y generoso, a quien yo debo más que a nadie."

Frecuentó algunos círculos intelectuales, hasta que su incurable pasión de vagamundo le hizo insufrible la monótona vida diaria de la ciudad. Resolvió "viajar" y sin mayores preparativos, con su habitual y franciscana despreocupación, andorrea al través del territorio de los cosacos del Don, Pequeña Rusia, Besarabia, Crimea hasta el mar Negro. Viaje portentoso, que lo empapa de naturaleza, aire, libertad y experiencia. Pasa por Kharkov, llega a Akerman, a orillas del mar, cerca de Odesa (*La vieja Isergilda*); hace un alto en Kherson, riberas del Dniepre, para volver a marchar hasta Perecop (*En la estepa*). Siguiendo su peregrinación, se detiene en Kauban y en Kertch, pequeña pobla-

ción en el mar Azov (*Mi compañero*), y prosigue por el litoral del mar Negro hasta Batum. Y esto no es más que una parte.

Mejor que todos los comentarios, hay un episodio que sintetiza admirablemente la vida accidentada y andariega del gran revolucionario. Un buen día sale de Batum camino a Tiflis, pequeña población perdida entre las solitarias rocas del Cáucaso. Llevaba su alma henchida por las luminosas visiones del mar Negro, que más tarde habían de servir de fondo para varias de sus hermosas narraciones (*Malva, etc.*). Aun perduraba en su corazón el eco salvaje que recibiera a orillas del Don, oyendo viejas canciones cosacas que añoran días de gloria y sangre. Ebrio de mar y cielo, sólo traía por todo bien, un insignificante y mísero atado. Llegó a la estación de Tiflis (*Wania*); pidió trabajo y lo obtuvo. Fué simple changador.

No tardaron sus jefes en descubrir en el recién venido virtudes superiores. ¿Quién era aquel hombre de aspecto tan mísero y aguda inteligencia? Después de las horas de fatigosa labor, y esto lo ha contado más tarde uno de sus jefes, se le veía rodeado por los numerosos obreros de las vecinas canteras, a quienes tan pronto les leía un libro cuyo sentido aclaraba, como discurría con envidiable preparación sobre los sucesos y temás más difíciles y variados. Fijos los ojos en aquel hombre extraño, se apiñaban a su alrededor los rústicos trabajadores del lugar, poseídos por el deseo de extender su li-

mitado horizonte espiritual. Al conjuro de la cálida elocuencia de Gorki, se ennoblecían aquellas almas vírgenes, mientras las brisas salinas del mar Caspio reabrían en los corazones, viejos ensueños de hallar lo que para todos se perdía tras los picudos y abruptos Alpes caucásicos.

Ocurrió, que estando un día el subjefe leyendo una novela, halló algo referente a los masones. Quiso saber quiénes eran y lo qué hacían los masones. Para aquel hombre, en Tiflis, fuera del jefe, nadie podía saber nada al respecto. Le preguntó, y el jefe sólo recordaba haber oído algo, pero en realidad estaba en ayunas sobre el punto. Presente Gorki, le manifestó al subjefe, que si no tenía inconveniente, podría él encargarse de darle una detallada relación sobre la masonería. Jefe y subjefe se miraron con aire de incredulidad. ¿Cómo era posible, que aquel tosco changador dijese algo con tino? Sin mayores preámbulos, comenzó a explicarles el origen, desarrollo y finalidad de la masonería (1) con tales demostraciones de erudición que ambos quedaron atónitos. Desde aquel momento, Gorki compartió las veladas con los superiores, que no salían de su asombro ante la poderosa inteligencia del misterioso subalterno. Por otra parte, mantenía una copiosa correspondencia

(1) Como se recordará esta aficción por las cuestiones de los masones, le viene de Smoury el cocinero.

y esto, avivaba más la curiosidad. ¿Sería un estudiante perseguido?

Se le aumentó el sueldo a veinticinco rublos, que Gorki se encargaba, desinteresado y pródigo, en repartir íntegro entre los obreros más necesitados. Hasta que, una mañana, se presenta en el despacho del jefe y le comunica su resolución de marcharse. Fueron inútiles los ofrecimientos del superior. Había resuelto irse y nada podría detenerlo. Se le abonó lo que le correspondía y al mismo tiempo se le ofreció un pasaje hasta la estación que eligiese. Con gran extrañeza del buen jefe, Gorki rechazó el ofrecimiento, limitándose a decirle que haría el camino a pie. Y sin más explicaciones, echó al hombro su mísero atado y calzado con burdas botas de fieltro salió en dirección a Kazbeck.

Durante breves minutos pudo el jefe observar a aquel hombre exótico marchar sereno hacia un punto ignorado, con la resolución y la fe de un vidente. Luego, en el silencio de la tarde, su figura se perdió en las lejanías como un ensueño y en la resignada tristeza de Tiflis, sólo quedó el recuerdo de un hombre que había sido muy inteligente y muy bueno.

Así ha sido toda su vida. Cada vez que su instinto nómada, lo ha llamado para ir por tierras extrañas, no ha tenido nunca en cuenta, ni lo que perdía, ni mucho menos los riesgos de la empresa. Le bastaba sentirse fuerte y satisfacer su irreducible ambición de verlo todo, de comprender, palpar,

y sufrir bien cerca de la vida, de la realidad, de lo humano, de esa trágica humanidad rusa, que su genio novelista ha reflejado con vigor.

Abandona Tiflis, para volver a sus lugares favoritos a las orillas del Volga. De esta época datan sus primeros escritos, que como colaborador, dirigía al *Mensajero del Volga*.

Nuevamente en Nijny-Novgorod, entra en relaciones con Korolenko, quien se muestra admirado del talentoso y joven vagabundo, empeñándose en ayudarlo, aconsejándolo especialmente para orientar sus predilecciones literarias. La extremada bondad del gran autor de *El Sueño de Makar*, sirvió para calmar el sublevado espíritu del futuro novelista, animándolo, como él mismo lo confiesa, a ensayarse "en la gran literatura". Fácil le fué a Korolenko, descubrir las excepcionales aptitudes de su joven amigo, y puso todo su infinito amor de hombre bueno y desinteresado, en cuidar que tan ricas condiciones de escritor no se perdiesen o malograsen. Así lo reconoce Gorki, cuando algunos años después escribe en una carta privada, con acento lleno de cariñoso reconocimiento para todos los que han hecho algo por su porvenir: "Escribid, escribid sin falta, que ha sido Korolenko quien enseñó a escribir a Gorki, y si Gorki aprendió poco de Korolenko, sólo a Gorki se debe. Escribid: el primer maestro de Gorki fué el cocinero Smoury, el segundo: el abogado Lapin, el tercero Kaliougnny — un hombre fuera de la sociedad—, el cuarto Koro-

lenko, y no quiero continuar. El recuerdo de esos hombres magníficos me emociona y conmueve.”
¡ Bellas palabras, claras y puras, que traslucen los sentimientos de un alma superior, fijando los nombres de cuatro seres que han contribuído con amor, a la gloria de uno de los más grandes escritores contemporáneos.

Instigado por Korolenko, escribe su primera novela, *Makar Tchoudra* (1893) cuyo hermosísimo comienzo y final, encierran ya las características de su estilo enérgico, plástico, vibrante, lleno de calor y vida.

He logrado modestamente hasta aquí, reunir cierta cantidad de datos, como para precisar con alguna exactitud, qué factores han contribuído mayormente al desarrollo y orientación de una vida, material y espiritualmente, tan irregular, extraña y amiga de andanzas. Pero a medida que su fama de escritor se difunde, acrece su bohemia, se siente más audaz, despliega nuevas energías, hasta constituir un grave peligro para la autocracia. Su gran talento, dinámico y batallador, presenta combate al zarismo sanguinario y ya no es posible seguir sus huellas, como lo hemos hecho hasta el año 1894 o sea cuando recién contaba 24 años de edad.

Vagas referencias lo dan para tal fecha en un lugar incierto, y largos silencios facilitan la circulación de las más absurdas leyendas acerca de su vida y actos.

Luis Morote cuando estuvo en Rusia como co-

responsal del *Heraldo de Madrid*, tropezó con innumerables dificultades para obtener una entrevista con Gorki y lo que reproduzco a continuación, justifica la imposibilidad que acabo de mencionar. “¿Dónde estaba el poeta ruso de los pobres, el insiguió novelista y autor dramático, cuya prisión de Pedro y Pablo, de Petrogrado, le ha hecho célebre en el mundo aun más que sus libros? En Riga, con las contradictorias noticias que me daban, acabaron por marearme. Decían los unos: “Gorki, excarcelado, ha querido establecerse en las orillas del Báltico, en la “rivière”, y la policía no se lo ha consentido, y ahora permanece oculto en Riga y nadie sabe su dirección, ni la sabrá nunca, hasta que haya pasado la crisis política.” Decían los otros: “Gorki se marchó desde el día siguiente de su libertad y llegado a Riga, con rumbo desconocido, y serán inútiles las pesquisas para hallarle”. Y entre esas dos extremas versiones, la fantasía popular tejía fábulas y leyendas. “Está ya camino de la Siberia, condenado por orden gubernativa a trabajos forzados, y si le libertaron fué para mejor desembarazarse de él...” “¡Qué va a estar en Siberia, ni camino de Siberia! Gorki ha ido misteriosamente a encontrarse con Gappony en su retiro, y entre los dos tramarán el desquite del 22 de Enero...” ¿A quién creer?” (1). Y así desde 1894.

(1) LUIS MOROTE: “*La Duma*”.

En 1902 la policía lo persigue, sindicándolo como elemento peligrosísimo para la estabilidad del despotismo. La Academia de Petrogrado, — Tolstoy, Korolenko, Tchekhof, etc.,—lo elige miembro de la corporación, anulando violentamente el gobierno tan legítimo homenaje. La razón — cosa que nunca ha tenido ni tenía por qué tener el zar — no era otra, que la de ser Gorki un revolucionario perseguido de acuerdo con el artículo 1035 del código de procedimientos en lo criminal. De nada sirvió que protestasen Korolenko y otros académicos. Arrestado en 1905, a raíz de los terribles sucesos del 22 de enero, su prisión dió lugar a un gran movimiento internacional, en pro del ilustre novelista y de la revolución rusa, que cada vez arremetía con más empuje contra el carcomido andamiaje del absolutismo.

Desde entonces, mientras la salud se lo ha permitido, no ha dado tregua a su odiado enemigo. Recuperada la libertad, se ausenta al extranjero para realizar una activa propaganda revolucionaria y pedir ayuda para sus compañeros de causa. Recorrió Alemania, Francia, Italia, Norte América, donde su exaltación de apóstol de una Rusia libre, halló la indiferencia y el pérfido egoísmo, cuando no la difamación solapada de sociedades corrompidas por el oro, la avaricia y la sumisión cobarde. Ha grabado su hondo desprecio en páginas valientes y sarcásticas (*Entrevistas, En América*). En constante agitación, consumido por el santo deseo de dar a

los hombres más cultura y libertad, su vida, dentro y fuera de Rusia, no es otra cosa que su aspiración más elevada, su más querido sueño: "ser una fuerza social activa".

Gravemente enfermo en 1913, consecuencias de los días de hambre y fatiga, pasa algunos meses en Capri para reponerse y estar listo para cuando la insurrección de su pueblo lo llame al puesto de honor. Así lo hace. Hoy combate en las filas revolucionarias por el advenimiento de un nuevo mundo. Consagrado a la emancipación del proletariado ruso, presta su valioso apoyo como una consecuencia lógica de su vida e ideas. Su destino, no es otro, que el de caer luchando por lo que agitó con inusitada pasión, su formidable vida de vagabundo y rebelde: la libertad absoluta del hombre.

He intentado dar una ligera idea de lo que ha sido una de las biografías más excepcionales, quizás la más activa e insólita que registre la historia de la literatura.

Nada comparable a ese maravilloso optimismo, a esa genial aspiración de triunfar que ha salvado la vida de Gorki de toda bajeza y corrupción, que nadie como él ha conocido tan de cerca. Naciendo en un hogar, llamémosle así, que sólo sirvió para privarlo de los encantos de la infancia, ha tenido desde la más corta edad que luchar y sufrir. Ha sabido crear su propia vida. Se ha fortalecido en la indiferencia de un medio mezquino y brutal. Jamás

ha pedido ayuda, y sus nervudos brazos de luchador han quebrado más de una vez, la maldad de los que han opuesto su hipocresía al soplo vivificador de su gallarda impaciencia de rebelde. Al aire libre, diremos con Perski: "se ha elaborado esa alma de autodidacta genial, sensible y violento, tierno y rebelde conjuntamente." Al aire libre, sí, frente al mar, frente a la abandonada inmensidad de la estepa, ha sentido nacer su vocación de apóstol de una vida más en armonía con la libertad y el amor. Y le ha bastado su inquebrantable voluntad de trabajador para imponerse, no sólo como una fuerza revolucionaria temible, sino también como un artista, tan pronto delicado y emotivo, como áspero y rudo.

Su vida, tiene de la naturaleza, las mismas aparentes contradicciones. Resumirla, resulta imposible. Alguien le pidió en cierta ocasión que diese una idea sintética de su existencia. Gorki respondió con el siguiente resumen, que refleja un carácter firme, una poderosa inteligencia y la más absoluta y despreocupada individualidad:

1878: Aprendiz en casa de un zapatero.

1879: Empleado en el escritorio de un arquitecto.

1882: Ayudante de cocina a bordo de un vapor.

1884: Ayudante de amasador en una panadería.

1886: Corista en una compañía lírica ambulante.

1887: Vendedor de patatas.

1888: Candidato al suicidio.

1889: Amanuense de abogado.

1891: Vagabundo.

1893: Peón en una estación.

1894: Escritor.

Más resumida aún está su vida en ese gesto, que las portadas de algunos libros suyos y las revistas han popularizado. Vivo retrato de la raza, yo no sé qué intensa pena hay en su mirada llena de infinita desesperación. Diríase, que en sus hermosos ojos se refugiase el supremo dolor de un pueblo triturado por la barbarie; que en su mirar cansado, se escondiesen todos los ensueños de libertad, todo el santo lirismo de la raza eslava, imaginativa, apostólica y tenaz. Amplia cabellera, que las frías ráfagas de la estepa han besado en los días de vagancia, da a su rostro melancólico de bohemio cierta gravedad, subrayada por los pliegues de la frente, que nos hablan de sus dudas, de sus ansias, de sus males. Nariz expresiva, típica, amiga de husmear las huellas del enemigo, muy abiertas las fosas nasales, como si intentase en gigantesca aspiración, acumular aliento para una brega interminable. Bigote caído y descuidado, cubriendo unos labios contraídos por el sufrimiento y que han modulado palabras saturadas de bíblica unción y sagrado arrebatado de rebeldía. Su expresión, como la de Tolstoy, como la de Dostoiewski, condensa un momento del alma rusa. El rostro de Gorki, anticipa la revolución.

Su vida, palpita íntegra en su obra, y veamos su obra, para interpretar y comprender sus ideas y sentimientos, que con tanto arrojo y cariño ha compartido el gran pueblo eslavo.

CAPÍTULO III

EL ESCRITOR

Ha escrito Zola, que: “solamente las inteligencias poderosas y bien equilibradas se atreven a contemplar cara a cara la realidad y tienen bastante fuerza para presentarla y analizarla. El don de la vida derriba todas las barreras del convencionalismo y de las conveniencias; de suerte que el escritor cuanto mejor sepa crear, podrá presentarnos más verdadera la humanidad” (1).

Gorki ha sentido la vida con extraordinaria intensidad y ha necesitado para exteriorizar su emoción, crearse un estilo, o más bien que un estilo, una forma de narración, libre, irregular, alejada de todos los convencionalismos éticos y literarios a que alude Zola. Todo esto tiene singular importancia en Rusia, donde el gobierno aplicaba una exagerada censura, originando los mil rodeos y eufemismos a

(1) EMILIO ZOLA: *Documents Littéraires*.

que han tenido que recurrir los escritores para señalar un vicio social o político. Gorki, no ha podido escapar a esta estricta vigilancia, lo que por otra parte no le ha impedido ser el primer literato que ha indicado con claridad y energía, los males de una sociedad injusta y bárbara. Nos bastaría, para corroborar lo que antecede, recurrir a cualquiera de sus pequeñas novelas y sin esfuerzo, descubriremos la intención y la verdad que el autor ha querido evidenciar o propagar. De ahí, que, la aparente falta de unidad en su obra, se deba a que esta no obedezca a otro plan que el de dar una sensación directa de la realidad. Es decir, de la verdad; sin deformarla ni revestirla, sino, presentándola desnuda, para que su comprobación lleve al ánimo del lector la certidumbre de un mal, de una injusticia, de una mentira, que deben ser extirpados. Y a veces, por este medio, llega su realismo a brindarnos cuadros de una fuerza única, como por ejemplo, *Miseria infantil*; siniestro relato, que se nos clava en el corazón como símbolo de una lacra social abominable y repugnante. No hay de su parte, ni uno solo comentario. Tres páginas le han bastado para contar el suceso y sin embargo, la condenación fluye a nuestros labios, porque la verdad, brutalmente expuesta, nos ha herido y sublevado. Y como este ejemplo, podría hallar otros muchos en su obra.

Se me podrá objetar — y así me lo ha observado nuestro mejor novelista — que en “Tchelkache”,

por ejemplo, Gorki no ha perseguido ningún fin ético. No lo niego. Pero es evidente que "Tchelkache" no es un ladrón o un criminal vulgar. La vida de Tchelkache es dolorosa. Sabe reflexionar, tiene vida interior y si, bajo la primera impresión aparece como un cínico, un análisis detenido de sus diálogos lo presentan como un hombre, todo lo escéptico y frío que se quiera, pero atormentado por una convicción que lo lleva a deducciones, como la que entresaco de una conversación con Gavriilo, su compañero de aventura: "A uno de mi calaña nadie le echa de menos, aun te darían las gracias".

Si además no olvidamos su desprecio por el dinero, su cariño por la naturaleza, sus remordimientos, sus amargas cavilaciones, su enorme desaliento al recordar la tranquilidad e inocencia de su lejana vida en el hogar, y finalmente, la penosísima certidumbre de su abandono, de su mísera condición de vagabundo-ladrón; bien podemos asegurar que, aun admitiendo que Gorki no haya intentado ningún propósito social o moral al narrar la interesante vida de Tchelkache, en el fondo la condenaación resalta visiblemente, desde el momento que para Tchelkache no hay goce, ni paz, ni amor, ni siquiera el bienestar material que podía brindarle su deshonesto profesión.

Muy escasos deben ser, a mi parecer, los ladrones profesionales o los amorales en general que mediten acerca de su condición y menos aun, los que, con un dejo de sincera pesadumbre añoren los años

pasados como lo hace Tchelkache, dando así pie a la afirmación objetada. “—Volvió a verse niño, vió “ el pueblo; su madre, colorada, gorda, de bondadosa “ mirada; su padre, un gigante de barba roja, de rostro severo; su mujer, Anfisa, de ojos negros, larga “ cabellera, alegre, limpia, regordeta... y luego se “ vió a sí mismo, guapo soldado de la guardia, y otra “ vez su padre con el pelo ya gris y encorvado por el “ trabajo, y su madre arrugada, tendida en el suelo. “ ¡Qué bien le recibieron en el pueblo, cuando volvió “ del servicio! El padre sentíase orgulloso de su Gregorio, bigotudo, lindo mozo, el gallito del pueblo! “ La memoria, ese azote de los desdichados, anima “ hasta las piedras de lo pasado, y al veneno bebido “ años atrás, añade gotas de miel, sólo para aplastar “ al hombre, por la conciencia de sus faltas y para “ destruir en su alma la fe en el porvenir, haciéndole “harto caro lo pasado.

“ Tchelkache sentíase envuelto en un soplo bienhechor de aire natal que traía en sus alas las suaves palabras de su madre, las advertencias sensatas de su padre, muchos sonidos olvidados y sabrosos olores de la tierra, deshielada en primavera, o cubierta de trigo tierno, verde como la esmeralda y suave al tacto... Entonces sintióse caído, miserable y solitario, sin lazo alguno que lo uniera a nada ni a nadie, y arrojado de la vida, donde se formó la sangre que circulaba por sus venas.” Leído esto, ¿no estoy, pues, en lo cierto, al decir que las obras de Gorki señalan al lector el mal, sin

necesidad de moralejas ni alteraciones caprichosas?

En sus novelas no encontramos combinaciones efectistas o sorpresas, las intrigas o los variados recursos retóricos en uso. Ni siquiera hay trama, y en esto le pasa lo que al bravío Baroja, que escribe al respecto: "A mí, en general, es un tipo o un lugar, el que me sugiere la obra. Veo un personaje extraño que me sorprende, un pueblo o una casa y siento el deseo de hablar de ellos". Así también, la atracción de las narraciones gorkianas, proviene de que siempre hallamos más que una acción bien llevada, un ser de carne y hueso, que se desenvuelve libre de toda imposición o conveniencia literaria. No son héroes, son sencillamente hombres, ha dicho de sus personajes un comentarista latino. Es la mejor definición. Salvo *La madre*, *Varenka Olessova* y en parte *Tomás Gordeiff*, no tiene Gorki ningún cuento o novela, donde exista un propósito que podamos llamar novelesco. Prefiere, la narración breve, la escena real, el retrato vivo de "algo" que lo haya impresionado sinceramente, y su labor literaria se limita a presentarnos lo que su aguda observación ha logrado descubrir, tras la eterna hipocresía de los que viven en un ambiente de simulación. Y cuando su pluma ahonda en la psicología de uno de esos vagabundos, que tanto abundan en su obra, no es para idealizarlos como alguien ha creído equivocadamente, sino para dejarlos "obrar y hablar con un realismo terrible". Episodios exactos, aguafuertes que graban un am-

biente, con más éxito, que todo el detallismo descriptivo de que se ha abusado en Francia y aun en Rusia.

He dicho al relatar su vida, que a su alrededor halló el material para sus cuentos y novelas. Le bastó, pues, su gran talento literario para hacer revivir con vigor todo un mundo desconocido hasta entonces en la literatura rusa. Recorriendo, como recorrió, media Rusia, llenó su alma con las mil escenas que, unas veces la crueldad de los hombres y otras el amor, ofrecen al caminante que siente y ve. Vivió con el hampa instantes que han inmortalizado sus cuentos. Mezcló su vida con lo más bajo de la sociedad, de donde su pluma tornó empapada en el dolor de los que sufren eterna miseria y degradación, pero que su gran corazón supo regenerar con fervor en páginas reales, íntimas y dramáticas.

Ocurre con Gorki lo que con todos los grandes novelistas rusos: su realismo no excluye el más exaltado idealismo. Ambos se armonizan, para darnos una sensación estética superior. La pretendida oposición entre las dos escuelas literarias, desaparece en los autores eslavos para dar lugar a esas "alternativas de bueno y de malo, de poesía y vulgaridad", que con acierto enaltece la Pardo Bazán en los autores rusos y sin necesidad de salir del terreno firme del arte naturalista. El realismo ruso no se ha perdido en algunas de las consabidas groserías de los que pretendían hacer naturalismo y que con tanto ahinco y agresividad combatía Bru-

netière, dándole pie para pronosticar su bancarrota (1). Y no ha caído en los errores del naturalismo francés, por ejemplo, porque la preocupación social y moral de los grandes novelistas rusos, dió una finalidad superior a la novela, imponiéndola como medio regenerador para fomentar aquellas virtudes básicas del pueblo que podían salvarlo de la corrupción. Desde Puchkin el realismo ruso está orientado en ese sentido, y si a ello agregamos un fondo de pureza cristiana, cierto misticismo evangélico y una permanente intención de proselitismo ideológico, tendremos la explicación, algo incompleta si se quiere, pero suficiente para comprender uno de los aspectos más admirables de las letras eslavas. Gorki no podía ser una excepción. Su espíritu revolucionario pasa como un soplo purificador por entre las miserias de un mundo que se arrastra en el lodo. Su idealismo apasionado, sin alterar la realidad, redime a los caídos, para hallar en todos los seres humanos una fuerza aprovechable, sana y buena.

El concepto materialista de la literatura, Gorki lo ha entendido como una aspiración de extraer la verdad, sin falsos pudores. Ha querido darla a conocer, limpia de todo lo que pueda desvirtuarla, sin neutralizar su idealismo, — que existe en toda verdad — con exageraciones que negarían la repe-

(1) FERDINAND BRUNETIERE: "*Le roman naturaliste*".

tida definición platoniana, de que, la belleza es el esplendor de la verdad.

Además, en la literatura rusa, y particularmente en Gorki, prima un profundo respeto por el hombre, por el ser humano, que como lo observa Venguerov, no hallamos en los más renombrados maestros occidentales. Gorki representa, pues, algo así como una renovación del naturalismo y sin apartarse de la tradición literaria de su patria ha sabido combinar su ferviente idealismo con la sana desnudez del más crudo realismo. Bastaría señalar, en apoyo de esta tesis, como al lado de los *Ex hombres*, grupo haraposo de vagabundos, silenciosos y siniestros, florece la gracia delicada y simbólica de *Veintiséis y una*.

El mismo Gricha, en *Familia Orloff*, nos resulta el simil más perfecto de esa concordancia bellísima de ternura, ensueños y brutalidades, que no hallamos en ninguna otra literatura y que sólo la vida del pueblo ruso ha podido engendrar. De ahí, que, para Richepin (1) y Altamira, la literatura en Rusia lleve inoculado el más puro romanticismo, desde que, la inveterada manía soñadora de la raza se mantiene despierta en todos los hombres, predisponiéndolos para las más grandes empresas o anhelando como Orloff, salvar media humanidad con su esfuerzo y sacrificio.

La inquietud interior de todos los héroes gor-

(1) JEAN RICHEPIN: "L'ame Slave".

kianos justifica la apreciación de Altamira, cuando hace notar con buen sentido crítico, "que sus tipos de vagabundos, de pícaros, de desheredados, de obreros, de señoritos, bohemios o cándidamente viciosos como Gordeieff, renuevan dentro de su realismo y de la objetividad con que los retrata el novelista, el descontento inexplicable, el afán de una libertad que ignora su contenido y el horror de la civilización y de las reglas sociales que caracterizan a los héroes románticos" (1).

Lo que para la literatura occidental puede haber sido paradójico, hasta cierto punto, vienen a realizarlo brillantemente los grandes escritores rusos. Y especialmente Gorki, que en ese sentido, es donde más fácil notamos la influencia — siempre relativa — de Gogol, sobre algunos aspectos de su obra. Gustaba el patriarca de las letras rusas, intercalar en sus libros esos cuadros semisalvajes, como el regreso de los dos hijos de Tarass-Bulba, para dar a sus obras la encantadora sugestión que proviene de la comunidad de lo lírico y lo real. Por otro lado, salvo raras excepciones, todo esto, es muy propio de la literatura rusa.

Ni por su vida, ni por su obra, ha podido ser Gorki, en el estilo, un Turgueneff o un Tolstoy. Ha preferido ir al corazón del pueblo sin rodeos, y para ello le bastaba, más que la elección de la forma o los conceptos, la verdad del fondo y su valor re-

(1) RAFAEL ALTAMIRA: "Gorki y el romanticismo".

novador. Nadie como él, ha cultivado la llamada literatura de "pretextos", que sólo puede concebirse bajo una tiranía como la del absolutismo, y que tiende a no perder ocasión para divulgar tal o cual idea política y social, conveniente para levantar la conciencia popular. Todo lo cual no implica que su poder de observación sufra mengua, ni su soberbia paleta de pintor se empobrezca. Pocas veces, el poder descriptivo en la literatura, ha llegado, al través de una traducción, a darnos una impresión tan real y viva de una escena popular, como la que se desprende de *Una feria en Goltwa*. Todo revive con brío, en esas páginas bulliciosas, llenas de sol y polvo, plásticas y evocadoras; únicas por su verismo y movimiento, que nos recuerdan aquel soberbio ballet de Strawinsky: *Petruchka*, inimitable modelo de impresionismo musical.

Gorki es un gran psicólogo, y esta condición que Brunetière, con su habitual entusiasmo polémico, creía fundamental para el novelista y sin la cual, según él, no hay novela, la posee el novelista ruso como un arma de gran poder analítico. Gontcharof y Dostoievski han ido hasta lo más recóndito del alma popular. Han desmenuzado, han estudiado con afán febril ese complicadísimo engranaje razonador, que sumerge al ruso en un mar de dudas y ensueños, inhibiéndole una concepción real de la vida. Máximo Gorki en cambio, sin descuidar lo que ha dado tanta gloria a Dostoievski, ha preferido descubrir aquella particularidad de su pueblo, que pueda con-

vertirlo en un momento determinado, en un agente eficaz de la revolución.

La vida, ha escrito en uno de sus libros, no es otra cosa, que el poema heroico del hombre que busca el sentido íntimo de sus actos y no lo encuentra. No lo encuentra, porque para ello, hay mil barreras sociales que se lo prohíben, pero Gorki lo ha entrevisto en el fondo del alma popular y de ahí, que su psicología no se reduzca como en Gontcharof, a un análisis estéril, sino en descubrir, presentar y orientar una determinada facultad psíquica para utilizarla como medio de emancipación. Si a esto agregamos que nadie ha pintado como el autor de *Los Vagabundos* las pasiones, los vicios y las virtudes de su pueblo, hemos de convenir que no sólo es uno de los más grandes escritores, sino también el más representativo de la Rusia literaria.

Sería inútil enumerar los mil pasajes que en sus obras acusan una facultad superior de observación y recordemos solamente como en *Los tres*, ha hecho psicología infantil, con un don genial de penetración y acierto, en el análisis de las ilusiones y picardías de los compañeros de Ilía.

La obra de Gorki no consiste, pues, como muy bien lo hacía notar un gran crítico ruso, en exhibir una serie de vagabundos, ladrones y criminales, sino también en sorprender con agudeza, en el alma enferma de sus caminantes y desvalidos, bellas cualidades de ternura, bondad, desprendimiento y amor.

No ha hecho literatura pura, porque el medio y sus ideales exigían otra cosa.

Y conviene, antes de terminar este breve apunte crítico, dejar constancia que, cuando Gorki ha intentado describir las clases ricas, no ha llegado a darnos nada excepcional. Lo poco que en ese sentido lleva publicado, refleja el desconocimiento de un ambiente, que por su vida y sentimientos, no ha podido conocer a fondo.

Hubiera querido finalizar este capítulo, con algunas consideraciones sobre su teatro, que sin tener, a mi juicio, la importancia de sus novelas y narraciones, revela no obstante, una nueva faceta de su talento. Pero para ello, sería necesario, y así lo exigen sus obras, haberlas visto representadas. Su producción teatral no puede ser leída o a lo menos pierde mucho de su valor. Me sería difícil, por lo tanto, apreciar en toda su importancia, lo que ha significado para el teatro su renovación técnica de la escena de acuerdo con su concepto naturalista del arte. Sin embargo, *Los hijos del sol*, *Los bárbaros*, *Pequeños burgueses* y muy particularmente *Los bajos fondos* — que es la más famosa — atraen por su vigorosa originalidad y punzante realismo dramático.

Los bajos fondos, no es más que los *Ex hombres* puesto en escena. La primera representación, originó grandes polémicas en pro y en contra, de una obra que desconcertaba por su fuerza, por su simbolismo y aparente incoherencia. Aquellos cuadros

palpitantes, frescos, donde bullían, no los consabidos muñecos que la astucia profesional coloca para deleite de los necios, sino seres de carne y hueso, que en medio de su degradación, no olvidan su finalidad social. Un himno a la humanidad es lo que ha visto un crítico teatral —Dorochevitch— en esa sucesión de naturalísimos episodios, en los que se agitan toda una población heterogénea de vagabundos y perdidos. Un himno a la humanidad, que como siempre trascienden los escritos del gran escritor, aunque sus héroes emerjan de lo más deleznable o los agobie la miseria y el dolor.



CAPÍTULO IV

EL VALOR SOCIAL Y REVOLUCIONARIO DE SU OBRA

¿Qué ideales sustentaba Gorki acerca de la misión social de la literatura? En una de sus obras, *El anunciador de la tempestad*, hay un substancioso trabajo titulado: *El lector*. Un personaje tan extraño como interesante, se encarga en un diálogo lleno de enseñanzas, de exponer sus impresiones de lector, aprovechando la ocasión al mismo tiempo, para hablar sobre la misión de la literatura y de los escritores en la sociedad. Y está demás decirlo, todo lo que el imaginado personaje expresa y piensa, no son más que los principios que han acompañado a Gorki en su inquieta vida de novelista. Oigámoslo: "...el fin de la literatura, no es otro, que el de ayudar al hombre a comprenderse, o despertar su fe en sí mismo y a desarrollar en él su aspiración hacia la verdad. A luchar contra el mal en los hombres, a saber encontrar el bien en ellos, a excitar en

sus almas la bondad, la cólera, el valor, y a sacrificarlo todo para que lleguen a ser generosamente fuertes y puedan animar su vida por el espíritu sagrado de la belleza." He ahí sintetizado su programa.

Nada más admirable, que ese amor exaltado por los seres humanos, sin limitaciones ni prejuicios, que no se cuida de la moral oficial y va derecho a hundirse en lo más abyecto de la sociedad para sorprender en el vicio una virtud ignorada o un sentimiento superior, que redima y dignifique. De ahí, el acendrado cariño del ilustre novelista para dibujar toda esa harapienta caravana de vagabundos, degenerados, criminales y prostitutas, que pululan en su obra, bañados por no sé qué rara luz de viva simpatía que los idealiza en medio de la angustia y la humillación. Ese amor, no es otra cosa que su gran fe revolucionaria. Inspira toda su vasta obra saturándola de rebeldía y humanidad.

Por supuesto, estas grandes aspiraciones constituían en Rusia algo así como un crimen político, que el zarismo castigaba sin miramientos.

Cuando Gorki empezó a interesarse seriamente por el movimiento revolucionario y las ideas políticas de los partidos avanzados, Rusia no contaba todavía con grandes organismos políticos, y en general, la oposición se desenvolvía sin un programa firme y con marcadas tendencias al individualismo terrorista. Era la reacción inmediata contra la violencia de arriba.

Ahora bien, para que podamos interiorizarnos perfectamente del valor social y revolucionario de su obra, es indispensable que en pocas líneas hagamos una ligera reseña de las primeras e históricas incidencias subversivas que se desarrollaron desde la época en que nuestro novelista tuvo edad para comprender la trascendencia de esos actos. Es necesario, porque, han debido influir en sus ideas y no permaneció ajeno a su éxito. Finalmente, una de sus más importantes novelas no es otra cosa, quizás, que la historia sangrienta de la organización del proletariado ruso.

La verdadera acción revolucionaria del pueblo ruso, comienza recién en 1905, a raíz de la pérdida de la guerra con el Japón. Los acontecimientos anteriores, algunos de relativa importancia en la heroica historia de la liberación del gran pueblo eslavo, adquieren valor, por lo que han servido para la propaganda. Así, por ejemplo, en 1870 la formación de "La Unión de los obreros rusos del Norte"; en 1879, la fundación del primer diario proletario: *La aurora obrera*, que inicia con valentía una activísima campaña revolucionaria, agrupando a las masas obreras de los grandes centros industriales y divulgando innumerables folletos subversivos. En 1883, se fundan en Moscú, Riga, Vilna y otras poblaciones importantes, pequeños círculos de obreros socialistas, en correspondencia con un

fuerte núcleo de revolucionarios refugiados en el extranjero que trabajaban para constituir "La liberación del trabajo". Más tarde, en 1890, estos grupos se transformaron en las "Uniones de lucha por la liberación de la clase obrera", que fueron al mismo tiempo comités del partido Socialista-Democrático. Durante el año 1890, realizan estas "Uniones", una activísima campaña de propaganda de los ideales socialistas, publicándose en abundancia periódicos, libros y folletos, que con grave riesgo para sus autores o iniciadores, difundieron por toda la Rusia hondos anhelos de renovación (1).

Pero la manifestación más elocuente de los progresos sorprendentes del socialismo en Rusia — y nos especializamos con este partido, por ser en el que ha militado Gorki y ha contado siempre con su franca adhesión — lo había de dar en 1892, la constitución de "La Unión Gremial de los obreros socialistas en Lithuania y Polonia", que desplegando gran entusiasmo, pudo en poco tiempo establecer en casi todos los pueblos de Lithuania y Polonia comités de propaganda. La delegación rusa al congreso Socialista-Internacional de Londres, en 1896, señaló la acción de los israelitas en términos elogiosos, que Da Motta (2) y P. Struve (3) justifican,

(1) En su novela "La Madre", Gorki ha reflejado todos estos interesantes episodios de organización obrera.

(2) DA MOTTA DE SAN MIGUEL: "Le socialisme en Russie".

(3) P. STRUVE: "Il movimento politico in Russia."

pues ha dado la base más representativa a la fundación del partido Socialista - Demócrata.

Hasta la declaración de guerra al Japón, el movimiento revolucionario — salvo los ensayos de organización que he mencionado — se reduce a una labor subterránea, que predispone a la exaltación de un individualismo heroico — Demetrio Lisogub, Hessa Helman, etc. — perdiendo así, la causa revolucionaria, hombres y mujeres insustituibles por su temple y vigor combativo.

Con la declaración de guerra al Japón, pretendió la autocracia acallar las protestas que, cada vez más amenazadoras, se levantaban en todos los ámbitos del imperio. No hacía, por otro lado, Nicolás II, nada más que utilizar un medio ya bastante explotado por todos los gobiernos antipopulares. Se imaginaron los grandes duques y generales, obtener triunfos enormes, que despertasen en el pueblo sentimientos patrióticos y así, sin mayor peligro, al amparo de la soñada victoria, poder destruir totalmente ciertas agrupaciones y hombres, que ya a comienzos de 1904 daban que hacer a la policía y al ejército.

Anarquizadas completamente las fuerzas del gobierno y con la revolución interna cada vez más segura de sus fuerzas y más implacable en sus exigencias, el gobierno comprendió la gravedad de la situación. Ya la guerra resultaba una carga pesada y peligrosa. Las probabilidades de una victoria des-

aparecían. Y había también que guardar energías para calmar las revueltas internas. El nihilismo reaparecía con sus violencias. El 28 de Julio de 1904 era asesinado Plehewe, siniestro ministro de la reacción. Y si a todo esto, se une un desbarajuste económico sin precedentes, malas cosechas, hambre y miseria por todos lados y las continuas agitacione proletarias, se tendrá un cuadro sombrío y real de la Rusia a fines del año 1904.

Entre los dos últimos meses del año 1904 y los primeros días del siguiente, hubo un breve paréntesis en el desarrollo de los acontecimientos. Fué un momento de tregua, trágica y dolorosa, como si por ambas partes ansiasen tomar aliento para la lucha que había de comenzar, más ruda y despiadada, en los primeros días del año 1905.

En la historia de Rusia, el año 1905 tendrá una importancia capital. No sólo por la variedad de los sucesos revolucionarios ocurridos, sino porque evidenció la potencialidad de la revolución, que poco a poco, iba robusteciendo sus fuerzas con el concurso de poblaciones hasta ese entonces sindicadas por el gobierno como "tranquilas".

Hay en dicho año, fechas decisivas y gloriosas para la liberación del pueblo ruso; el 22 de Enero, 3 de Marzo, 5 de Julio, 30 de Octubre y todo el mes de Diciembre.

Cada una de estas fechas, indican pequeñas conquistas arrancadas a la autocracia a costa de innumerables víctimas.

La consecuencia inmediata de toda tiranía, en los pueblos incapacitados para las grandes acciones colectivas, se traduce en la exaltación de un individualismo violento. El enorme atraso político que ha tenido que soportar Rusia por obra y gracia de sus autócratas, ha impedido que el pueblo se capacitase para una lucha inteligente y eficaz.

Y además, no podía resultar otra cosa, en un medio donde toda organización política, gremial o simplemente cultural, se consideraba como un grave atentado que habían de purgar sus iniciadores en el destierro o en la cárcel. La acción colectiva, pues, había que descartarla y esto dió ancho campo al nihilismo terrorista y al anarquismo, que por un momento fueron las únicas fuerzas con que contaba el pueblo para vengar los desmanes sangui-narios de un poder tiránico.

Diré de paso, que el nihilismo, aún teniendo en cuenta sus cerradas y exageradas negaciones, ocupa un lugar de fundamental importancia como gestor de la gran revolución. Puede decirse que sus padres espirituales son las teorías y escritos de Schopenhauer, Büchner, Stirner, Buchle, Fuerbach, autores que adquirieron gran divulgación en los años 1856 a 1860 y qué, conjuntamente con la entrada del socialismo, dieron alas al movimiento que admirablemente personificó Ivan Turgueneff, en el materialista Bazarov, de su novela *Padres e hijos*.

Cerrado brutalmente el camino de una política positiva y real a base de una labor constructiva,

era lógico que la mayoría de las inteligencias que no comulgaban ni con el nihilismo ni con el anarquismo, se limitasen a mantenerse en los límites de un idealismo místico, o bien, se encastillasen en los reductos de alguna fórmula filosófica en boga. Y así se explica, que, aun mucho después de las reformas de 1905, cuando ya había lugar para una acción práctica, tuviese que sufrir el movimiento político ruso y sobre todo el socialismo, las consecuencias hereditarias de un estado intelectual trabajado por las más contradictorias corrientes de pensamiento. Y esto, que para cualquier pueblo puede ser en extremo beneficioso, no lo es para el pueblo ruso, cuya tendencia a las idealizaciones extremas, lo coloca en el peligroso terreno de las interminables discusiones metafísicas. Para los partidos burgueses el mal ha sido pequeño, pero no así para el socialismo, cuyas fuentes filosóficas diferentemente interpretadas, suscitaban y suscitan discrepancias que debilitan lamentablemente su fuerza efectiva.. Por eso aún hoy, ocurre en el socialismo ruso, lo que no ha pasado — salvo raras excepciones — en otros países, pues se discute con ardor sobre dualidad y monismo, hegelismo y materialismo, aunque el criterio marxista cuente con la mayoría.

He dado alguna extensión, a las observaciones que acaban de leerse, para hacer resaltar la capacidad revolucionaria de Máximo Gorki, que comprendió la inutilidad de las discusiones filosóficas,

cuando era indispensable encarar prácticamente la revolución y en particular — su gran virtud — la de sembrar en el seno del pueblo trabajador, dos o tres principios de justicia y dignidad, que regenerándolo, le diesen plena conciencia de su misión histórica.

A eso tienden todos sus escritos y novelas.

La mayoría de los grandes escritores rusos han apoyado la revolución. Pero el que ha puesto más entusiasmo y energía en el doloroso proceso, ha sido Gorki. Toda su obra, salvo alguno que otro cuento, está inspirada en el sagrado anhelo de dar a su amado pueblo la fuerza moral suficiente para mantenerse rebelde e íntegro frente al absolutismo ensorbecido. Sin cobardía ni dudas, previó el fin de la tiranía, dijo lo que su conciencia le dictaba para promover la insurrección y siempre estuvo su pluma, dentro y fuera de Rusia, al servicio de la causa que abrazó con ahinco y constancia admirables. Dejó a un lado todos los aspectos de la magna cruzada que pudieran debilitar el vigor revolucionario del pueblo y contribuyó, como nadie, a exaltar las virtudes superiores del hombre para que éste comprendiese por sí mismo, la perenne humillación y vergüenza que implicaba tolerar una autocracia corrompida y perversa.

En medio de una Rusia sumida en el yugo brutal del despotismo, su voz, clara y potente, resuena llena de valor anunciando la tempestad inevitable, fatal, violenta, como para arrancar de cuajo un poder criminal. Predice el huracán en el pequeño y soberbio prólogo *Del Anunciador de la tempestad*, y su pluma halla acentos magníficos para anunciarla, para cantar su llegada y difundir, en la inmensidad de su tierra “la visión de la victoria”. Abre sus alas el “Anunciador” (*Albatros*) se cierne sobre el mar embravecido del pueblo y hay en su graznido — grito de guerra — “la pasión y la fé sublime en la victoria”. Se ocultan los tímidos, los pusilánimes, los que nada sueñan ni anhelan, los serviles, tras las rocas de sus mezquinos intereses, mientras sobre el fondo, cada vez más negro de la tormenta, el “Anunciador” desata su venganza. Se agita el mar; ruge, se encrespa, “gime de cólera, luchando con la tempestad. El huracán envuelve “las olas con sus abrazos y con ímpetu salvaje las “arroja sobre las rocas”. El “Anunciador” de la tempestad “ríe y llora de gloria”.

En medio de las furias desencadenadas, en medio del imponente rugido del mar enfurecido y del silbo estridente y profético del viento, como un clarín guerrero, potente e inconfundible, la voz del “Anunciador” — Gorki — persiste, ronca de odio y venganza, en clamar: “¡Que la tempestad se desencadene, más fuerte aún!”

Tras el bellísimo simbolismo del “Anunciador”,

se perfila la figura del gran vagabundo. Ante el fervor revolucionario del pueblo ruso, su palabra, su invitación a la lucha, ha vibrado sin desfallecimientos. Y hoy, ante la formidable transformación, surge por entre el estrépito de los derrumbamientos, siempre clara y firme, orientando a las masas hacia su completa emancipación.

Toda la filosofía revolucionaria de Gorki, descansa en un principio tan sencillo como fácil de ser comprendido por las clases populares: el culto del hombre, el culto al ser humano. Esto, tan simple en apariencia, constituye en Rusia todo un amplio programa de acción.

Librar al hombre de las continuas humillaciones, enaltecerlo dándole un ideal, y abrir su corazón al amor y a la libertad, han sido las supremas aspiraciones de Gorki. "Cuando la naturaleza privó al hombre de la facultad de andar en cuatro patas, le dió una cruz que llevar: el ideal (1)... "Mi conciencia me dice, que el hombre es la mejor creación de la vida y sin embargo, soy desgraciado... Deseo la libertad de vivir de acuerdo con mis gustos, no quiero ser, por sentimiento del deber hacia el prójimo, ni hermano ni siervo!; sólo quiero ser lo que deseo con libertad, esclavo o hermano!... Yo soy hombre, yo soy el espíritu y la razón de la vida, yo debo ser libre" (2).

(1) *El Reloj.*

(2) *Ante la Vida.*

Estas reflexiones las hacen dos hombres, frente a la Vida. Resumen el pensamiento que agita toda la obra de Gorki. Para completarlo y obtener una idea más clara, de lo que constituye, digámoslo así, el *leit-motiv* de la literatura gorkiana, veamos lo que contesta la Vida a estos dos hombres que la interrogan con tanta profundidad.

“¿Tú deseas ser libre? Y bien, sea! Lucha conmigo, vénceme y serás mi dueño y yo seré tu esclava. Bien lo sabes, soy impasible y me rindo fácilmente al vencedor. Pero hay que vencer. ¿Eres tú capaz de luchar conmigo por la libertad? Dilo..... Tú pides en voz alta, como un mendigo habituado. Pero debo decirte, infeliz, que la vida no da limosnas a los hombres. ¿Quieres que te lo diga? Libre, él no solicita mis dones, los toma por su cuenta. Y tú no eres, nada más que un vulgar esclavo de tus deseos. No es libre, sino aquel cuyo corazón tiene la fuerza de renunciar a todos los deseos, para entregarse por entero a uno solo”.

Hemos reproducido estas líneas, porque encierran todo un concepto de la vida que Gorki ha popularizado con sus novelas. En Rusia, donde no era posible decir las cosas con claridad o en forma más o menos directa, no había más remedio que recurrir a esta clase de literatura — diálogos, cuentos, novelas — para divulgar las ideas que pudiesen dar al pueblo cierta consciencia de su infortunada situación moral y política. Quizás, para

cualquier nación de occidente, las frases citadas no contengan gérmenes de rebelión, en cambio para los rusos sí, dado el grado de servidumbre que la autocracia imponía. Le ha bastado a Gorki insistir, para que rápidamente el gobierno se percatase que los libros del gran novelista, contribuían tanto como los folletos y proclamas revolucionarias, a capacitar al pueblo en la defensa de sus intereses y derechos. Alta escuela de energía, independencia y voluntad, que alimentó toda una generación, que muy pronto había de aceptar la invitación final del diálogo, cuando la Vida, contestando a uno de los hombres que se queja de haber sufrido toda su existencia sin hallar la justicia y que termina diciendo: ¿Dónde está la justicia?, le responde con impasible laconismo: ¡Tomadla!

Su temperamento de auto-didacta, su profundo conocimiento de la vida, su gran corazón de poeta, han iluminado el misterio de una existencia sofocada por la brutalidad de los unos y la hipocresía de los otros.

..... La salvación de la sociedad, depende de la dignificación del hombre. Y para Gorki, como para la mayoría de los novelistas rusos, el ser humano es inmanentemente bueno. Su perversión proviene del medio social, cuya evidente injusticia lo torna mal intencionado, egoísta y cruel. Martirizado por mil prejuicios morales, cuyo sentido no comprende, sujeto a un orden social conveniente sólo a los privilegiados o poderosos, su

vida se desliza aherrojada por las ineludibles cadenas de un sinnúmero de obligaciones que lo abruman y envenenan, desvirtuando su alta finalidad ética y natural. Faltándole en absoluto el sentido de la libertad y el placer natural de vivir, no como un minúsculo rodaje, sino como una fuerza inteligente y libre, el hombre ha perdido la conciencia de su valor, para aceptar la vida nada más que como una grosera imposición al trabajo mecánico, continuo y embrutecedor. Pierde así éste, sus altas virtudes, al dejar de ser un empleo normal de las fuerzas físicas excedentes, para convertirse en una vulgar forma de esclavitud, más o menos bien recompensada.

La suprema aspiración del autor de *Los Vagabundos* mantenida con fe y unción en páginas soberbias, tiende a libertar al hombre de su estúpido yugo, animarlo a una comprensión más exacta y generosa de la vida, colocándolo frente a la gran naturaleza, limpia el alma de dudas y supersticiones, sano el cuerpo y rebosante el corazón de un amor vivificante y amplio. Fustiga las debilidades y temores del hombre, para erguirse contra una organización que lo desfigura y con Epicteto le dice: "Eres ciego e injusto; puedes ser independiente y prefieres depender de un millón de cosas que te son extrañas y te alejan de tu verdadero bien".

El hombre ha dejado de ser el rey de la creación. Gorki sueña con la reconquista del lugar perdido. Pero contra esta finalidad, va la propia estulticia

del hombre creando leyes, que solo sirven para limitar su libertad, poniendo trabas al desenvolvimiento armonioso de sus facultades superiores. Y ante la ley exclama sumiso: "He ahí una ley inflexible..." olvidando su origen o intentando engañarse.

Sometiéndose a esa ley, observa Gorki, "no se "apercebe que en la lucha por destruir a fin de "crear, entorpece el camino que lo lleva a la creación de una vida libre". Afán incomprensible, que retarda el advenimiento de lo que con tanto ardor anhela: una humanidad más bella y justa. Des-caminado por su propia torpeza, ya no lucha, trata de adaptarse a lo que su incapacidad le brinda como una parodia de la vida. Ha creado los órganos que esclavizan y explotan, les rinde un culto aparatoso, y despreocupado entrega su felicidad, tan pronto a la veleidad de un amo tiránico como al misterio de un poder invisible, rencoroso e inexorable. He ahí: "por qué vive tan pobre y tristemente, por qué "en el hombre el espíritu de creación se ha debilitado". Gravísimo mal que padece no sólo el pueblo ruso, sino toda la humanidad. Más arriba, hemos citado en un cuento — *El lector* — un personaje extraño que expone lo que para nosotros aparece como la expresión de las ideas sociales de la literatura gorkiana. Refiriéndose a la falta de una literatura capaz de suscitar un movimiento renovador en los hombres, se pregunta: "¿Dónde está "el llamado a la creación de la vida, dónde están

“ las lecciones de viril valor, dónde están las valientes palabras que dan alas al espíritu?

“ Puedes decirme: la vida no da otras imágenes que las que reproducimos. ¡No hables así! Porque para un hombre que tiene la dicha de manejar la palabra, es una vergüenza, es un oprobio confesar su impotencia ante la vida y no poder colocarse encima de ella. Y si te quedas al nivel mismo de la vida, si por la fuerza de tu imaginación no puedes crear imágenes no existentes en la vida, pero indispensables para su enseñanza, ¿qué utilidad hay en tu trabajo y cómo excusarás tu cualidad de escritor? Encumbrando la memoria y la atención de los hombres con la multitud de clisés fotográficos de su vida, pobre en acontecimientos, ¿no causas perjuicio a los hombres? Porque, confiésalo, no sabes representarla de manera que tu cuadro de la vida suscite en el hombre una vergüenza vengadora y un deseo ardiente de crear otras formas de existencia... ¿Puedes precipitar la pulsación de la vida? ¿Puedes comunicar la energía, cual otros ya lo hicieron?”

En la literatura contemporánea, muy pocos autores se plantean semejantes dudas. Pocos son los que pretenden una renovación a la manera de Gorki, y los unos, sólo aspiran satisfacer vulgares ansias de rápida riqueza y otros, con toda honestidad, andan a la rebusca de una perfección ajena a toda relación social.

En Rusia la literatura no ha sido ni es un simple pasatiempo para espíritus ociosos ni ávidos de lucro, como suele acontecer en otras partes, sino que ha resultado el vehículo más admirable para difundir las ideas revolucionarias y los principios éticos y políticos. Sólo por un momento olvidó su gran misión social, para caer en un preciosismo y alambicamiento psicológico, del que padeció y puede servirnos de ejemplo: Gontcharov.

Todo esto exige especiales condiciones de talento y moralidad. Hay entre los literatos rusos algo que les dá una autoridad de que carecen en absoluto la mayoría de los autores occidentales. Por lo pronto, mayor consagración, mayor respeto por todo lo que pueda contribuir a la regeneración del ser humano y una apasionada veneración por el sufrimiento, para los caídos, para los que sin gloria van dejando florecido de sacrificios su sendero. De ahí que, para los rusos la literatura haya sido la salvación, cuando ya no quedaba nada por ser hollado. Los escritores eslavos han sacrificado su tranquilidad, su aislamiento de artistas, su perfección espiritual, para correr los mismos riesgos del pueblo. Han ido a la lucha, porque han compartido los siguientes bellos ideales de un personaje de Gorki:... "A veces me parece que lo mejor sería "vivir en el silencio. Pero no deja de ser hermoso "el huracán... ¡ah! es hermosísimo. Negro el cielo; los rayos amenazadores, las tinieblas... el "silbido del viento... salir en esos instantes, en

“plena campaña y cantar, cantar fuerte o correr bajo la lluvia contra el viento (1)”.

Contra el furor desencadenado de los poderosos, sólo las letras rusas clamaron contra su fuerza, azotados por la desgracia y las persecuciones.

Pero el que mejor comprendió todo lo que puede dar la inteligencia, puesta al servicio de una causa, ha sido Gorki, que no ha perdido ocasión, ya sea en sus escritos sociales o en sus novelas, de prender esa chispa, ese fuego interno, que surge desesperado cada dos líneas para borrar la afrenta de un poder tiránico. Su pluma va sin rodeos, rectamente, a las entrañas del pueblo, abrasada por un ideal, buscando agitar, remover, sacar a los hombres de su estulta indiferencia, de su molicie y llevarlos a la acción que presupone la conformación de una nueva sociedad.

El derecho de dirigirse al pueblo y alentarlo, debe estar reservado, a los que, con absoluta sinceridad lo amen, lo comprendan y sientan sus locuras y dolores. “Tu derecho a predicar debe tener razones suficientes en tu capacidad para provocar en los hombres sentimientos sinceros, por los cuales, como a martillazos, ciertas formas de la existencia deben ser destruídas, a fin de crear otras más amplias, en vez de nuestras formas tan estrechas. La cólera, el odio, el valor viril, la vergüenza, el disgusto y finalmente, la cruel de-

(1) *Varenka Olessowa.*

“ sesperación: he ahí las palancas con que se pue-
“ de alzar la tierra. ¿Puedes crear tú tales palan-
“ cas? ¿Puedes ponerlas en movimiento? Para te-
“ ner derecho de hablar al pueblo, es necesario lle-
“ var en el alma, o un odio inmenso a sus defectos
“ o un amor inmenso a causa de sus dolores”... (1).

Un odio y un amor inmensos, ambas cosas han hecho de Gorki todo un apóstol inflamado en el ardiente ideal de redimir a su pueblo, a la humanidad entera.

Odio y amor conjuntamente es lo que da a sus páginas esa indecible sugestión: esa convicción, esa sed inextinguible de quebrar el mal, vencerlo, extirparlo. Porque nadie como él, ha sentido ni palpado tan de cerca la miseria de una vida despreciada en medio de la más condenable impudicia. Ha compartido con los vagabundos, con los perseguidos, con los rebeldes, horas de hambre y de dolor y ha dejado que en lo más hondo de su alma germinase el odio fecundo contra los de arriba, los privilegiados, los rapaces, los fuertes.

Y ese odio no ha secado su corazón, que vierte a raudales la ternura compasiva con que envuelve a todos sus héroes como en un abrazo maternal.

Su socialismo revolucionario no ha permanecido enredado en las mil pequeñeces electorales, sino que, con un lirismo poco simpático por cierto a algunos espíritus científicos, ha deseado la inmediata trans-

(1) *El lector.*

formación de una sociedad plagada de irritantes injusticias. Nunca desmintió sus ideales socialistas, pero en cierto momento creyó más útil para la liberación de su querido pueblo, declararse "individualista", para propender con más éxito a la exaltación de la "individualidad de este pobre moujik que se "pierde bajo la tiranía y en la servidumbre vergonzosa de abajo". Se explica así, que no haya estado en algunos instantes muy de acuerdo con el socialismo evolucionista—desechado por el pueblo ruso—porque como afirma Gorki: "... si pedimos una República, lo único que lograríamos es alejar la posibilidad de un cambio trascendental y hondo".

No se ha detenido, pues, a predicar ni definir con necia ambición geométrica, cómo será la sociedad futura. Le ha bastado y esa es su verdadera obra revolucionaria, sembrar en su pueblo los ideales que han de hacer del hombre lo que por su inteligencia le corresponde, si es que aspira al reinado de la creación. Pero, "el hombre duerme y nadie lo despierta". A su alrededor, el interés y la crápula, tejen con empeño las redes que han de inmovilizarlo, como en el mito griego el velludo Vulcano forja las indisolubles e imperceptibles ligaduras, con que ha de sujetar al bélico amante de su esposa. Además, una cultura falsa e interesada, perfectamente inútil para ir sin vendas hacia la verdad, va poco a poco neutralizando en el hombre toda iniciativa, todo amor.

Contra toda esa "asfixiante atmósfera de vergonzoso silencio", contra el servilismo de los unos y el criminal egoísmo de los otros, alza Gorki su látigo para reanimar al pueblo doliente y adormecido, librarlo de la oscuridad y señalarle el derrotero que conduce "hacia la luz, hacia la verdad, "hacia la belleza, hacia una vida nueva".

Hay en la obra de Gorki un culto acendrado al hombre. Toda ella no es más que un himno al ser humano, y nadie ha escrito en su elogio cosas más sencillas y llenas de emoción, más persuasivas y revolucionarias, ya que en Rusia, exaltar lo que dignifica y levanta el espíritu era una clara incitación a la rebeldía. Así lo entendía el zarismo. Ha escrito Gorki, "que la vida es el poema heroico del hombre, "que busca el sentido íntimo y no lo encuentra". Así avanza la humanidad por el espinoso e interminable sendero de la vida, lleno de abismos, ante los cuales, más de una vez, cede el hombre su grandeza vencido por su propia debilidad.

No son muchos los escritores que han sentido el dolor humano, que han interpretado mejor el tormento de la humanidad por quebrar las cadenas que la tienen aherrojada a un pasado cruel, y hayan puesto a su servicio, como Gorki, vida, inteligencia, corazón. Más aún, su libertad.

Todo su arte irregular, violento, naturalísimo, fresco y vigoroso, tiende irresistiblemente a ennoblecere al hombre y a suscitar las pasiones que puedan salvarlo de la inercia. Pone íntegra su gran

alma en la santa cruzada para redimirlo, para impulsarlo a la acción emancipadora, para elevarlo hasta colocarlo frente a la vida, "trágicamente bello, inmenso como el mundo".

Todo el significado social, revolucionario y ético de su obra, toda la substancia que nutre y da calor a sus mejores páginas se halla magistralmente concretado en su inmortal poema (1) *El Hombre*. Puede servir de breviario por su elevación y el arrebatado lirismo con que evoca "la imagen magestuosa" del hombre en su eterna lucha por su perfección moral.

"... Yo evoco ante mí, la imagen magestuosa del hombre!" Y por entre el vigor de un estilo apretado, incisivo, cristalino y puro, emerge la "imagen del hombre", aureoleada su frente por la audacia inagotable de su genio, "de ese genio que se ha apoderado de la admirable armonía del universo, de la fuerza sublime que, en los instantes de fatiga crea los Dioses y en las épocas de coraje los destruye". Nada lo detiene, incansable marcha sobre todos los misterios de la tierra y del cielo. Va la pluma del genial novelista fijando en párrafos prodigiosos y vibrantes, las etapas de un proceso ascendente que no tiene fin. Acompañan

(1) Lo llamo poema, por el alto vuelo de su inspiración y el poético fervor de que están animados los conceptos, sin que por ello pierda algo de su valor filosófico y social.

al "hombre" en su "vía-crucis" las creaciones de su propio espíritu; el Amor, eternamente insaciable, la Amistad, la Esperanza, el Odio y la Fé, que ilumina su rostro de rebelde y soñador. Todo el martirio que su alta finalidad le impone, va surgiendo sin poder vencerlo. Hincan sus agudos dientes, la envidia, la traición, la calumnia, la locura, la desilusión, pero nada detiene su marcha al través de los penosos enigmas y tinieblas de la vida.

Sus afirmaciones, no son las que cualquier literato pudiera hacer con gesto iracundo. El ímpetu renovador, toda la vehemencia que se desprende de sus frases candentes, corroboran plenamente su existencia, en la que, su carácter ebrio de lucha ha impuesto a su personalidad contra todo lo que se ha levantado frente a su espíritu dinámico y creador. Tiene pues, el poema *El Hombre*, no poco de autobiografía y encierra, conjuntamente con sus principios éticos y sociales, su pasión, su fe ciega en la vida, en los hombres, en el progreso infinito de la humanidad.

Un hálito de juvenil impaciencia, deja su rebelión en las páginas del poema, que tiene algo del empuje combativo de las huestes del Príncipe Igor. Bíblico, va indicando la ruta poseído por una convicción de hierro... "todos los prejuicios, todos los errores y hábitos que han encadenado el cerebro y la vida de los hombres, como una tela de araña, ¡yo los destruiré!" Su amor por el semejan-

te lo sume en la desesperación, al verlo caído, esclavo y denigrado, porque él mismo lo ha sido, porque comprende que no hay renovación posible sin la plena conciencia individual del valor social de los actos humanos. Y así exclama como un profeta:...

"... Enemigo irreconciliable de la miseria de los deseos humanos, yo deseo que cada humano sea un hombre!" Deposita toda su confianza en la inteligencia del hombre... "en su libertad, en su inmortalidad, en el crecimiento eterno de su fuerza creadora".

Anticipa los días de gloria, prevee la derrota de la injusticia, alza su refulgente lanza de peregrino y apóstol frente a la visión de una humanidad que surge radiante, purificada y grande, creación de su genio, y afirma con la fe de un vidente:

"...—Yo lo sé: vendrá un tiempo en que los hombres se admirarán mutuamente, en que cada uno de ellos lucirá como una estrella a los ojos de los demás, en que cada uno escuchará a su prójimo como si su voz fuera una melodía. Y habrá sobre la tierra hombres libres, hombres grandes por su libertad; todos tendrán el corazón abierto, purificado de toda avidez y de toda codicia. Entonces, la vida no será ya la vida, sino un culto rendido al hombre; su imagen será muy exaltada, porque para los hombres libres son accesibles todas las cimas. Entonces se vivirá en la libertad y en la igualdad, para la belleza; entonces los mejores serán los que mejor sepan be-

“ sar al mundo en su corazón, los que le amen más
“ profundamente, los que sean más libres... (1).

Ante la magnificencia de un porvenir sublime, ante la grandeza de una humanidad más justa y buena, ante el advenimiento de su eterno ideal, ya nada puede impedir la victoria, porque el “Hombre”, lleva en su pecho las energías que disiparán las dudas y los obstáculos. “Llegará el día, que en
“ mi pecho se fundirán en una sola llama creadora,
“ el mundo de mi sensibilidad y mi inteligencia in-
“ mortal, y con ese fuego yo quemaré en mi alma
“ todo lo que sea tortuoso, cruel y malo y yo se-
“ ré como los dioses que mi inteligencia ha creado.
“ Todo está en el hombre, todo es para el Hombre!”

Y bajo la luz del sol, en la fría inmensidad de la estepa, en el *isba* miserable, ante la faz barbuda y pálida de sus vagabundos, ante la humanidad, ante la tiranía que lo persigue, ante la angustia de su pueblo vejado y sufrido, proclama su nueva religión, como un llamado al Amor de los hombres, de sus hermanos, para crear una vida más justa, y a su Odio, para destruir las prisiones seculares en que ha vivido encarcelado.

La obra de Gorki, está toda inspirada en esa religión, y por eso, porque destruye y crea, porque odia y ama, es la más revolucionaria y fecunda de la literatura contemporánea...

(1) *La Madre*.



No es posible una revolución tan amplia y profunda como la deseada por los escritores rusos, sin una predisposición popular para sacrificar vidas e intereses. Comprendiéndolo así Gorki, cuidó, no sólo de sembrar sus ideales, sino también de cultivar el arrojo, el impulso rebelde de su pueblo, y así, vemos desfilar por entre la multitud de sus cuentos y novelas, esa legión de héroes que impávidos marchan los unos al suplicio, los otros a la muerte.

Para el lector occidental, que ignora los crímenes del zarismo y el ambiente heroico en que han realizado su propaganda los hombres de la revolución, la lectura de tanta audacia, no puede producirle la conmoción que experimenta el ruso ante la visión de una horrible realidad, que la literatura solo raras veces puede pintar con exactitud. El extranjero mira con cierta prevención, lo que sólo admite como un producto de la exaltada fantasía del novelista.

Nada hay comparable, por ejemplo, como testimonio de lo que el heroísmo individual ha realizado en Rusia, que esos perfiles de revolucionarios, que con mano maestra ha trazado Sergio Krawchnisky. Conmovidos, leemos el relato de esas vidas que, como la de Clemens, Ossinsky, Vera Zassulich, parecen arrancadas de la Iliada y que llevan en su fervorosa consagración toda la grandeza mística de

los primitivos cristianos. Bastan esas biografías revolucionarias, para estimular a los débiles, a los indecisos. Locura heroica la que transfigura la existencia de esos hombres y mujeres, que no miden el peligro ante el ideal que los arrastra y fascina. Gorki no los ha olvidado. En un pequeño cuento—*El canto del Halcón*—glorifica el valor de los que en sus incontenibles ansias de verdad y amor, se ierguen en nombre de sus hermanos de esclavitud, clamando venganza. De los que, embriagados por su ideal, sólo anhelan la muerte para aplacar la fiebre que los consume.

A las orillas del Mar Negro, “suspira dulcemente Nadier-Raghim-Oggli, viejo pastor de Crimea, “corpulento, seco, quemado por el sol meridional, “siempre de un humor insoportable.

“Nos hallábamos acostados en la arena, cerca de “una roca inmensa, que un día se desgajó de la “montaña y que se iergue triste y sombría, cu- “bierta de musgo...

..... !

“—Raghim, cuéntame una historia.

“—¿Por qué?—me contesta Raghim, sin volver “la cabeza hacia mí.

“—Por la razón de que tus historias me gustan.

“—Ya te las he contado todas... No sé más.

Quiere hacerse rogar, y repito mi súplica.

“—Si quieres, te contaré una canción—dijo Ra- “ghim condescendiendo.

“—¡Vaya si quiero!

“Y me la cuenta en forma de triste narración, procurando darle la melancolía singular del ritmo, y mascullando de manera horrible las palabras rusas”.

I

En lo alto de las montañas rastreaba la serpiente: dormía en el fondo de una cañada húmeda, enroscada en círculo y mirando hacia el mar.

En lo alto del cielo brillaba el sol, y las montañas respiraban su aliento cálido, mientras que abajo las olas chocaban contra la roca.

En el fondo de la garganta, en la obscuridad, el torrente que saltaba en cascadas por encima de las piedras, se precipitaba al encuentro del mar.

Poderoso, convertido en espuma blanca y gris, parece cortar la montaña en dos, y cae al mar aullando con furor.

De pronto, y en la cañada misma en que la serpiente se arrastraba, cayó de los cielos un halcón con el pecho abierto y las plumas ensangrentadas.

Con ronco grito se abatió sobre la tierra, y con rabia impotente golpeó su pecho contra la dura piedra.

Asustada la serpiente, alejose rastreando con rapidez, pero comprendió muy pronto que el ave no viviría más de dos o tres minutos.

Volvió, pues, a donde estaba el halcón herido y silbó en dirección de sus ojos:

—Qué, ¿te mueres?

—Sí, me muero—repuso el halcón suspirando profundamente.—He vivido con gloria: he conocido la dicha, he combatido con valor, he visto el cielo... ¡Tú no lo verás tan de cerca, pobre criatura!

—Pero ¿qué es el cielo? Un lugar vacío... ¿Cómo ni de qué modo podría arrastrarme hasta él? Aquí me encuentro bien: hay calor y humedad.

Así hablaba la serpiente al ave libre, pero en su fuero interno se burlaba de ella.

Y siguió pensando:

—Que vueles o te arrastres, el fin será siempre el mismo: todos iremos a parar bajo la tierra: todo será reducido a polvo.

Pero el halcón valiente sacudió súbitamente las alas, elevóse un poco y paseó su mirada en derredor del collado.

A través de la roca gris corría el agua y en la cañada sombría hacía un calor sofocante y pegajoso.

Reuniendo todas sus fuerzas, dijo el halcón con tristeza:

¡Oh! ¡si pudiera remontarme al cielo una vez más!... Oprimiría a mi enemigo contra las heridas de mi pecho... Le ahogaría en mi sangre... ¡Oh, el placer de la batalla!...

Y la serpiente pensaba:

—¡Muy agradable debe de ser la vida en el cie-

lo cuando de tal modo gime por ella!—E hizo al ave libre la siguiente proposición:

—Acércate al borde del precipicio y arrójate en él: posible es que tus alas te eleven y que puedas vivir en tu elemento algún tiempo más.

Estremecióse el halcón, y exhalando un débil grito, se arrastró hasta el borde de aquella garganta agarrándose con las uñas a la tierra gredosa que cubría la piedra.

Cuando hubo llegado volvió a extender las alas, respiró con todas sus fuerzas, centellearon sus ojos y se precipitó en el abismo.

Como piedra desprendida de lo alto, precipitándose de roca en roca, así cayó el halcón, rompiéndose las alas, perdiendo sus plumas.

¡El cauce del torrente recibió su cuerpo, lavó su sangre, lo cubrió de espuma y lo llevó hasta el mar!...

Las ondas con su triste mugido siguieron chocando contra las rocas...

En la inmensidad nadie percibió el cadáver del ave...

II

Enroscada en la cañada, la serpiente pensó, durante mucho tiempo, en la muerte del ave y en su pasión por el cielo, y miraba hacia aquel más allá eterno que acaricia los ojos con la visión de la dicha.

—Pero ¿quién ha visto al halcón muerto en el desierto sin fondo y sin orillas? ¿Por qué todos los que como él han muerto, turbaban sus almas con la pasión de volar al cielo?... Yo hubiera podido saberlo elevándome a él, aunque fuese por poco tiempo.

Dicho y hecho: enrollándose dió un salto en el aire y su cuerpo, como débil disco, brilló a los rayos del sol.

El que nació para arrastrarse no puede volar, y por haber olvidado esto, la serpiente cayó sobre las piedras; pero no se hizo daño y se echó a reír.

—He ahí en qué consiste el encanto de volar al cielo. No es más que una caída. ¡Pájaros ridículos! no conocen la tierra; se fastidian de ella; aspiran a volar muy alto, hasta el cielo, y buscan la vida a través de ese desierto ardiente. Allá abajo existe el vacío. Allí hay mucha luz; pero no hay alimentos ni nada que pueda sostener el cuerpo vivo. ¿Por qué, pues, tanto orgullo? ¿Por qué tantos reproches? Por ocultar la locura de sus deseos y su incapacidad para todo lo que concierne a la vida. ¡Pájaros ridículos!... ¡Sus discursos no me engañarán ya más! ¡Todo lo conozco ya! He visto el cielo... he volado, lo he medido, he conocido la caída; pero no me he estrellado en ella, al contrario, creo con más fuerza en mí mismo. Que los que no puedan amar la tierra vivan de ilusiones... yo conozco la verdad. No creo ya en su reclamo. Yo vivo para la tierra, ¡nada más que para la tierra!

Y orgullosa de sí misma, rodó como un ovillo por la roca.

El mar brillaba de extremo a extremo con viva claridad y las olas amenazadoras chocaban contra la orilla.

En sus rugidos, que tenían algo de los del león, palpataba la canción del ave valerosa; temblaban las rocas al choque, y en el cielo se condensaba la tempestad al sonido de aquel concierto salvaje.

Nosotros cantamos: ¡Gloria a la locura de los valientes!

¡La locura de los valientes, he ahí la sabiduría de la vida! ¡Oh, valiente halcón! Tu has perdido tu sangre en batalla con tus enemigos... Pero llegará el tiempo en que las gotas de tu sangre, caliente como las centellas, se inflamarán en las tinieblas de la vida y encenderán muchos corazones sedientos, con sed insensata, de libertad y de luz.

¡Muere!... En el canto de los animosos y de los fuertes, serás el ejemplo vivo, el recuerdo triunfante de la luz y de la libertad.

¡Gloria a la locura de los valientes!

He reproducido parte del cuento, que por su incomparable simbolismo y hermosura, hará perdonable lo extenso de la cita, y evitará toda otra consideración al respecto.

En algunas páginas de *En la estepa*, *En la cárcel* en el *Anunciador de la Tempestad*, *La Madre*

y *Wania*, el culto a las almas sufridas y grandes, que inmolan su sosiego en aras de un ideal o de la revolución, fluye animado por un cariño indecible que imprime un tono de aguda y penetrante tristeza. "Le sang qui coule pour la justice fait lever les grandes moisson de joie. La vie ne produit pas de jouissance plus haute que celle de la donner", ha dicho uno de los espíritus más grandes y más buenos: Romain Rolland. Sea esa la mejor recompensa que obtengan los héroes de la libertad del pueblo ruso y quizás de la humanidad, que han sufrido y que tienen que sufrir en su nombre y por su nombre.

A raíz de los sucesos de 1905, Gorki entró en la fortaleza de Petersburgo, donde concibió—además de *Los Hijos del Sol*—la más grande de sus novelas y la que mejor traduce el estado revolucionario de su pueblo. Con *La Madre* crea Gorki la novela proletaria. Narra algo que ha visto de cerca; más aún, participando como participó con entusiasmo de la revuelta sangrienta de 1905, adquieren los personajes, las incidencias y las descripciones, verdadero valor histórico. Es el libro de la revolución y en él, se estremecen de odio y rebeldía las clases proletarias, sorprendidas en la gestación subterránea de una Rusia libre. Bien lo ha indicado un gran crítico francés: No es el libro de un espectador, sino de un actor.

Siendo así, la novela adquiere todo el carácter

de una terrible acusación contra los opresores y contribuye, por el optimismo y la vehemencia de su fondo, a propagar las ideas revolucionarias cada vez más encendidas en el corazón del pueblo ruso.

Aparece en *La Madre*, la psicología del propagandista, hecha con el realismo característico del gran autor. No ocurre, lo que en algunas otras novelas rusas de índole semejante, como *Los nihilistas*, *Los poseídos*, donde no se oculta el deseo de pintar un ambiente con fines dramáticos. Gorki ha preferido elegir un episodio, de los muchos que cuenta en su larga incubación el movimiento emancipador y exponerlo con inimitable naturalidad, pero interesándose vivamente por el ideal que agita a todos los héroes del libro. Quizás, para los que hemos permanecido alejados de la pavorosa tragedia, resulten algo artificiosas y novelescas las incidencias de la novela. Pero si recordamos el idealismo exaltado de la raza, su predisposición para el sufrimiento, sus ensueños humanitarios, su misticismo, su sed de amor; si recordamos todo eso, que la exasperación dolorosa de una lucha lenta, acrecienta y tonifica, nos ha de ser fácil imaginarnos todo ese mundo subterráneo de revolucionarios, que ha ido minando con formidable tenacidad el pesado trono del absolutismo. Procesión interminable de apóstoles de una humanidad nueva, que desfilan poseídos por la ansiedad augusta del martirio, abriendo sus vidas, ricas en sentimien-

to e inteligencia, al sopro revolucionario que orea sus frentes con ternura maternal.

El proletariado ruso, no ha gozado como sus compañeros de occidente, de la relativa libertad que permite, a lo menos, una rápida propagación de sus sentimientos de clase explotada. Ha tenido, pues, que desenvolverse en el misterio, para llevar a sus hermanos de opresión la palabra reconfortadora y el verbo revolucionario. Esta misión delicada y peligrosa, realizada bajo la activa vigilancia de una numerosa policía secreta, ha exigido hombres dotados de gran inteligencia, astucia y singular valor. La inmensidad del territorio ruso, ha impedido la unión eficaz de los focos revolucionarios, haciéndole fácil a la tiranía el aislamiento del lugar o ciudad donde la agitación hacía progresos. La epopeya de la insurrección del pueblo ruso ha tenido sus titanes. Y ese mundo de convencidos, de rebeldes y de hombres entregados a la salvación del pueblo trabajador, es el que tiembla de odio y amor, en las páginas reales, vividas y sentidas de *La Madre*.

En un hogar obrero, el de Miguel Vlassof, tipo de ruso borracho e inconciente, se desenvuelven los primeros capítulos de la novela. Miguel ha muerto, sólo quedan Pelagia, su mujer, y su hijo Pablo. Son los dos personajes centrales de la obra. Pablo trabaja en una fábrica y en los momentos de ocio se entrega con pasión a la lectura. "Leo libros prohibidos. Se prohíbe su lectura porque dicen la

“verdad sobre nuestra vida, sobre la vida del pueblo... Se les imprime a escondidas, y si los encontraran en mi casa, me pondrían preso... preso por haber querido saber la verdad”.

Lentamente, va modificando Pablo el carácter tímido de su madre, inquieta ante los anhelos de su hijo, y que sin comprenderlos, entrevé los peligros que encierran. La pequeña habitación de Pablo es frecuentada por amigos que comparten sus ideas socialistas. No falta la mujer—Natalia—que abandona riquezas, placeres y tranquilidad, para ganarse la vida en una profesión cualquiera y trabajar por las ideas revolucionarias. Pinta Gorki con agilidad y colorido, todas las inquietudes y ambiciones de esos seres que sufren en el deseo de libertar al pueblo oprimido.

Transcurren así los primeros episodios, hasta que una huelga da ocasión a Pablo para destacarse como agitador. Habla: “¡Camaradas!, nosotros somos los que construimos las iglesias y las fábricas, los que fundimos la plata y forjamos las cadenas... Nosotros somos la fuerza viva que alimenta y recrea al mundo desde la cuna hasta la tumba... Siempre y en todas partes nosotros somos los primeros en el trabajo, mientras que se nos relega a las últimas filas en la vida..

“... ¡Camaradas! Ha llegado el momento de resistir a la fuerza ávida que vive de nuestro trabajo, ha llegado el momento de defenderse; es preciso que todos comprendamos que nadie ven-

“ drá en nuestro auxilio si no somos nosotros mis-
“ mos. Uno para todos, todos para uno: tal debe
“ ser nuestra ley, si queremos vencer al enemigo... ”

Pagó su osadía con la prisión. Mientras tanto la madre ha ido compenetrándose del ideal de su hijo, lo siente, lo comparte, hasta consagrarse como todos a una causa santa y grande. No es posible enumerar los variados acontecimientos que dan interés al libro, ni seguir la evolución espiritual de “la madre”, de Pelagia, hasta su apostolado revolucionario. De su completa ignorancia anterior pasa, por influencia de su hijo y los que con él difunden ideas y folletos, a una vida desconocida para ella. “He estado callada toda mi vida, no pensaba más que en una cosa: en evitar, por decirlo así, la jornada, en vivirla sin que nadie lo advierta, en pasar ignorada... ¡Y ahora pienso en todos... quizá no comprendo muy bien los asuntos de ustedes... pero todo el mundo está cercano a mí, tengo piedad de todos y deseo la dicha a todos...”

La fe del hijo ha hecho brotar en el corazón de la madre, el santo ideal de redención que luego une ambas vidas en un solo deseo. Todo el relato de la conversión de la madre al credo revolucionario, Gorki lo ha hecho en forma admirable. Se desprende de esas páginas escritas con entusiasmo, un encanto heroico lleno de esperanzas y promesas, que para el lector ruso han debido tener un poder inmenso de sugestión.

“*La Madre*”—Pelagia—es Rusia. Sus hijos predilectos, los mejor dotados, los que no han vendido su juventud, los que sienten la vida con locura, los que abren sus almas a los grandes ideales, esos son los que han ido tejiendo en la conciencia materna, la visión exacta de un porvenir, que van labrando con su arrojo y con su amor. Pelagia se anticipa a la historia de su pueblo, para proclamar la gloria inmortal de sus hijos, con las siguientes palabras que rebosan emoción y confianza: “Nuestros hijos van por el mundo hacia la di-
“cha; en nombre de todos y en nombre de la ver-
“dad de Cristo, marchan contra todas las cosas
“por medio de las cuales los malvados, los far-
“santes, los rapaces, nos encadenan, nos estrangulan y nos retienen prisioneros. ¡Amigos míos!
“¡Por el pueblo, por el mundo entero, por todos
“los oprimidos, es por lo que nuestra juventud,
“nuestra sangre, se ha sublevado!... ..¡Tened
“piedad de vosotros mismos!... ¡Amadlos...
“Comprended sus corazones de niños... tened
“confianza en ellos!

Pelagia simboliza Rusia, y como Rusia, ha comprendido cual era el camino de su salvación. Y hasta el final, la gran novela de Gorki, no es más que el sangriento proceso de la insurrección del pueblo, que poco a poco va aclarando sus deberes y derechos, hasta que, rebelde y exasperado, se iergue frente a la autocracia en abierta guerra.

No es mi propósito seguir detenidamente la dra-

mática novela, ni creo que, para lo que intento demostrar, beneficie en algo la reproducción de grandes trozos o un detenido análisis de la trama y los personajes. La manifestación del 1° de Mayo, las mil sorpresas de la vida de agitación y propaganda, dan lugar a páginas hermosas, impregnadas de odio y entusiasmo, de gran efecto emulativo, sin que ello menoscabe el vigoroso naturalismo que caracteriza la obra de Gorki. La muerte de Jorge, las figuras típicas en la literatura rusa, de Sofía y Sacha consagradas como Pelagia a la causa, y el sacrificio de Rybine, dan motivo a escenas desgarradoras, sombrías, en las que aparece desnudo, conjuntamente con la ferocidad del Zarismo, el enorme espíritu de solidaridad y lucha que ha movido a los que dieron vida, paz y libertad, para obtener, lo que con tanto heroísmo despreciaron.

La defensa de Pablo da ocasión a un largo discurso de carácter socialista. Toda la Rusia revolucionaria habla por boca del hijo de Pelagia, cuyas ideas no se concretan a un cambio más o menos total de gobierno, sino que reclama, una completa modificación del orden social, a los fines de que la justicia y el derecho primen como los dos únicos principios que puedan dar base a una sociedad estable e inteligente. Hoy, la gran revolución rusa demuestra en una forma terminante que el pueblo ruso anhelaba, no solamente la caída del despotismo zarista como muchos pretendían, sino que ambicionaba realizar, lo que con rara unani-

midad todos los escritores eslavos han anticipado: dar al mundo una fórmula nueva de organización, salvar a la humanidad de las garras de un mal, que la desfigura y corrompe. Los que aseguran pues, que la Rusia de hoy, con todos sus excesos y errores, está desorientada y anarquizada, ignoran no solo la psicología del pueblo ruso, sino también las ideas renovadoras—no desprovistas de cierto fondo evangélico—que han trabajado el alma de ese pueblo, que hoy, en medio de un fantástico desmoronamiento de valores, lucha con denuedo y heroísmo por sus ideales.

Pablo, no pide la caída del zar, cambio sin mayor importancia; Pablo como la mayoría del pueblo eslavo pide un mundo nuevo: “Nosotros somos
“socialistas, esto es, enemigos de la propiedad privada, que desune a los hombres, los arma unos
“contra otros y esa rivalidad de intereses irreconciliables, que miente al intentar disimular o justificar esta hostilidad, y pervierte a todos por la
“mentira, la hipocresía y el odio... Decimos nosotros que la sociedad que considera al hombre
“únicamente como un medio de enriquecerse, es
“antihumana, es nuestra enemiga;
“queremos luchar y lucharemos contra todas las formas de servidumbre física y moral del hombre,
“empleadas por esta sociedad.
“¡El poder para el pueblo!... Nuestras pretensiones son sencillas: que toda la industria sea rescatada por el pueblo y el trabajo obligatorio para

“ todos. ¡Ya véis como no somos rebeldes!. . . .
“ Somos revolucionarios y lo sere-
“ mos mientras los unos no hagan más que oprimir
“ a los otros. Lucharemos contra la sociedad que os
“ ha ordenado la defensa de sus intereses; la re-
“ conciliación sólo será posible cuando nosotros
“ hayamos vencido. Porqué seremos nosotros, los
“ oprimidos, los que venceremos.
“ Y nuestra conciencia se agiganta,
“ se desarrolla sin detenerse, se inflama cada vez
“ más y arrastra tras ella a los mejores elementos,
“ los moralmente sanos, aún los que viven en vues-
“ tro medio.
“ Nuestras ideas se desenvuelven
“ en nosotros con una fuerza creciente; penetran
“ en las masas populares, y las organizan para la
“ lucha por la libertad, lucha encarnizada, lucha
“ implacable. Os será imposible detener ese movi-
“ miento, ni aún sirviéndoos de la crueldad y del
“ cinismo Por lo tanto, la masa de
“ nuestros obreros y de nuestros campesinos será
“ libre y creará un mundo libre también, armónico
“ e inmenso. ¡Y esto será!”

Diríase una proclama de Lenin o Troztki. La Rusia de los “soviets” palpita en los cálidos acentos de Pablo. Y Pelagia — “*La Madre*” — viva encarnación de la Santa Rusia, ha sentido desgarradas nuevamente sus entrañas, para dar a la humanidad un mundo nuevo. La historia dirá si es bueno o malo.

Termina la novela con la prisión de Pelagia. Sorprendida mientras se disponía hacer circular los discursos revolucionarios de su hijo, es brutalmente conducida a la cárcel. Con grandes exclamaciones de indignación condena a los opresores, predice la rebelión inevitable, y entre golpes y empujones, su voz vibra enérgica, breve, aguda, violenta como un latigazo... .. “¡No se ahoga con sangre la razón! ¡No se extinguirá la verdad ni aun bajo mares de sangre! ¡No haréis sino acumular rencores, ¡locos desgraciados! y este rencor, este odio, os hundirá!”

Así finaliza una de las pocas novelas contemporáneas, que sin perder nada de su naturalidad e interés, interpreta una aspiración colectiva, propaga los ideales del proletariado oprimido y refleja, con tanta claridad como exactitud, un momento histórico de la ruda lucha que por su liberación ha tenido que soportar el pueblo más sufrido e idealista de la tierra.

CAPÍTULO V

GORKI Y OCCIDENTE

Su actuación revolucionaria le valió, como ya lo he dicho, la prisión. Recuperada su libertad abandonó al poco tiempo su patria, para proseguir con entusiasmo en el extranjero, su activa campaña política y social. Su tránsito por la Europa occidental motivó una serie de artículos sarcásticos, que reflejan la decepción, de quien esperaba una ayuda y un eco más favorable a sus ideales, en naciones cuyos antecedentes históricos hacen presuponer mayor benevolencia y comprensión.

Singularísima resulta la posición de la mayoría de los grandes escritores rusos que han viajado, frente a una civilización considerada superior. No es mi propósito hacer aquí un estudio, de los ideales que tan celosamente han defendido los esclavófilos, desde el lejano y buen Krijanitch hasta el moderno y agresivo Leontiev. De acuerdo con un nacionalismo estrecho, no han hecho otra cosa que defen-

der, conjuntamente con algunas cosas buenas de la vida rusa, todas las instituciones y costumbres que han sojuzgado el movimiento ideológico y político.

Lo interesante, es considerar, lo que la Europa occidental ha significado para espíritus que, como el de Tolstoy, Gorki y otros, han hecho obra de un marcado fondo internacional y humano. Sin embargo, no han hallado estos escritores, dentro de una civilización que pretende imponerse al mundo entero, la substancia que puede emancipar al pueblo de las cadenas que lo sujetan. Ya, Jakovlévitch Tchadaiev (1793-1855) y Pedro Kirieievski (1806-1856) aseguraban que la cultura europea había terminado su carrera. La misma desconfianza, la misma ironía, el mismo desdén y desaliento que encontramos en los eslavófilos, serpentea al través de todos los escritos o impresiones de occidente que han dejado Tolstoy y Gorki, cuyas ideas podían presuponer lo contrario. Tolstoy rechaza la democracia europea, porque en realidad, no es otra cosa que la desmoralización de la corrupción antigua, aunque exista un enorme progreso técnico y científico. Y todos con extraña unanimidad, no cejan de asegurar a su pueblo la gloria de imponer — a lo menos en el orden moral — una civilización superior que redima a la humanidad de sus males y pecados. Para ello cuentan con el espíritu de sacrificio de una raza idealista y paciente, que si gime en la pobreza e ignorancia más absoluta, se debe



Gorki y Tolstoy

comentar con debida cautela, lo que aquí hago con tanta pasión como sinceridad.

En dos libros "*Entrevistas*" y "*América*", ha dejado Gorki, sus impresiones e ideas sobre Europa y América del Norte. Mordaces, sangrientos y agudos, ambos dan a conocer la desilusión y el dolor que el gran peregrino ha experimentado al entrar en contacto con la calculada indiferencia y frialdad de aquellos pueblos que su afiebrada imaginación soñó consagrados a la libertad y al progreso.

.. . . "Vagué largo rato por las calles de "París, antes de encontrarla". Buscaba a Francia. Buscaba a la Francia generosa, rebelde, revolucionaria, pródiga. Buscaba a la Francia romántica, libre, intrépida, nerviosa; abierta a todas las grandes causas, siempre dispuesta para fomentarlas, siempre lista para tender la mano a los caídos, a los desterrados; la Francia revolucionaria, la Francia de la Comuna, la de Hugo, lírica y dulce, pura y grande. Buscaba a Francia sin hallarla.

Nada comparable a la amargura de Gorki, ante la realidad hostil de una ciudad, de un pueblo que aparece ante su mirada penetrante de forastero, con todos los aspectos de la sumisión burguesa, con una sola preocupación: la de enriquecerse; sin un gesto que descubra su glorioso pasado, su amor, su fuerza, su grandeza. Como quien, al retornar

de un viaje, después de horas de impaciencia y pasión, hallase a la amada en brazos extraños; o bien, de vuelta al hogar, lo hallase abandonado; la pena de Gorki se deshace en un juicio satírico, malicioso, por entre el cual titila sin embargo, su cariño sincero. “Mi corazón latía violentamente. “Amaba con todos los bríos de un revolucionario “joven a esta dama, que había sabido amar tanto “y suscitar tan hermosas revoluciones.”

Sin odio, pero con toda la intención de herir, de morder, cáustico e irónico, va relatando su introducción en el palacio “vetusto” donde habita la que con tanto afán buscaba. “Sobre la puerta “leíanse estos restos de una inscripción cuya totalidad no he podido reconstruir:

“Lib... aldad... Frat... ..

“Las paredes hallábanse tapizadas de billetes polí-
 “cromos, residuos al parecer de empréstitos rusos.
 “El suelo estaba alfombrado con las pieles de los
 “indígenas de las colonias, en las cuales leíanse,
 “impresos artísticamente, los derechos del hombre.
 “Los muebles estaban contruídos con los huesos
 “del pueblo asesinado en las barricadas de París
 “por la libertad de Francia, y enfundados con pa-
 “ñños negros en los que veíase recamado el tratado
 “de alianza con el Zar de Rusia.

“Apareció ella, examinándome detenidamente
 “como una profunda concedora de los hombres.

“—¿Habla usted el francés? — me preguntó, respondiendo a mi saludo con el gesto de una actriz que hubiera olvidado ya recitar sus papeles de reina...”

“—No, señora; ¡hablo sólo el lenguaje de la verdad! — repuse.”

Su rostro está desfigurado. No es la mujer soñada. Pintarrajeada pretende engañar, pero Gorki no descubre en ella nada que recuerde su belleza pasada, cuando prefería las delicadas fiestas del espíritu a los placeres groseros del vientre. Le reprocha su avaricia, su desdén y olvido por los grandes ideales que en otrora amara tanto, sus negocios turbios con el Zar. Evoca su magnífico pasado, para terminar diciéndole:

“Tu oro hará que se vierta todavía mucha sangre del pueblo ruso.

“ ¡Cubra esta sangre con el carmín de una eterna vergüenza las mejillas flácidas de tu hipócrita rostro!”

“ ¡Amada mía!”

Para los revolucionarios rusos, el maridaje de la Francia republicana con el Zar sanguinario, ha significado la postergación de sus anhelos políticos, por cuanto la autocracia encontró en Francia no sólo el oro necesario para sofocar la rebelión, sino también el apoyo moral. Y esto es lo que Gorki no le perdona a Francia. Que Inglaterra o Alemania consolidasen el absolutismo ruso, hubiera sido explicable por razones de mutua conveniencia. Pero

Francia no debió jamás rendir homenaje a uno de los tiranos más crueles, ni contribuir con su oro al sostenimiento de un gobierno opuesto, por su carácter y sistema, al que rige sus destinos. Quiso buscar una aliada que espantase a su bélica vecina, sin cuidar ni la calidad, ni la moral. La sed de oro la cegó. Vino la guerra, y sus esperanzas se disiparon ante la traición de la clase gobernante rusa que, corrompida, había estado explotando el oro francés con fines ajenos al de sus prestamistas. Ha pagado así, el imperdonable pecado de haber entorpecido el advenimiento de la gran revolución.

Para los que, como Gorki, han sacrificado todo por su ideal, nada puede afectarlos más, que la rapacidad e indiferencia de un pueblo que por su historia y cultura, debió ser en todo instante vanguardia de las ideas de renovación. Gorki la ama, la ama como la amamos todos, por su pasado, por su incomparable literatura, por su gusto, por su cultura; pero la aborrece por la sórdida estrechez y tacañería de su clase media, nido peligroso y fecundo de todas las reacciones y rutinas.

En el mismo libro aparece Guillermo II con toda su inaguantable petulancia de mandón y su vanidad infinita de emperador adulado. Con un humorismo que trasciende desprecio y odio, fija en pocas páginas la moral de un pueblo que ha perdido su personalidad y su libertad en las redes de una disciplina militar.

El Gorki de "*Entrevistas*" es siempre el infatiga-

ble luchador y visionario de "*La Madre*" y "*El anunciador de la tempestad*", pero algo más moderado, para dar paso a una ironía, a una sonrisa, mezcla de dolor y repugnancia, que da a sus soberbias caricaturas un tinte trágico e imborrable.

Para Gorki, cuya vida es todo un poema de libertad, cantado al aire libre, sin trabas ni límites, la existencia en una ciudad como Nueva York tiene que serle imposible. En medio de un hacinamiento increíble, nada respira la satisfacción de una vida como la ha comprendido Gorki "fraternal y generosa". Todo, "el hierro, las piedras, el agua, la maderera, todo parece saturado de protesta contra esta "vida sin sol, sin cantos y sin alegrías, esclava de "un oprimente trabajo." Y bajo esa "protesta" sorda, se arrastra sin dignidad y fatigada, toda una población sin más deseos que los del lucro desmedido y de los placeres brutales.

Al contemplar una edificación gigantesca, sin color, sin armonía, sin elegancia, su alma inquieta de vagabundo añora la estepa y desea irse lejos de los hombres y de la ciudad, "al campo, donde brilla la luna, donde haya luz, aire, silencio". El cansancio en todas las miradas, el olvido de todos esos hombres, que enloquecidos corren y desaparecen "como maderos perdidos en el mar", sin orientación, sin finalidad elevada, sin sentir la vida, con el sosiego y placer de los fuertes y los sanos, repugna a la

nobleza de Gorki, que no puede admirar una civilización que ahoga y embrutece a los hombres. Nada atrae su mirada de artista. "En las ventanas no se ven flores, ni se ven niños". Sus pulmones acostumbrados al viento vivificador de la estepa, rechazan el aire de la ciudad amarilla, "que es como un prisionero encerrado entre los muros enholliados". El aire "es vibrante y azota los rostros de las gentes, impregnado de olores fuertes, insoportables, venenosos".

Por todos lados el continuo fragor, el bullicio enfermizo y la codicia desbordada, alejan la tranquilidad y el libre vuelo de las ideas, que mueren en la indiferencia de un pueblo que ha perdido el verdadero sentido de la vida.

¿Qué felicidad puede hallar el ser humano, prisionero de mil fuerzas, que lo dominan, lo estrujan, desfigurándolo? Víctima de su soberbia, de su avaricia, aparenta un dominio sobre las fuerzas naturales, que en realidad no tiene. Observa Gorki: "Es la primera vez que veo una ciudad tan enorme, y sin embargo jamás me parecieron los hombres tan impotentes, tan esclavos de la vida".

Gorki no niega el progreso técnico o material, lo que no admite, es que este se sobreponga a la vida, al hombre, en lo que ambos tienen de más noble y hermoso. Los escritores rusos, conservadores y revolucionarios, comparten un ideal de vida diferente al que tanto enorgullece a los occidentales. De ahí que, para Gorki como para Dostoiewski la

superioridad de los occidentales es relativa. Es decir, para Dostoiewski no existe. Rusia no puede seguir la ruta de la sociedad capitalista de occidente, que ha tiranizado al hombre pervirtiéndolo, porque sus ideales son otros y por eso Tolstoy advierte: “Caminar por la vía que siguieron antes que él las naciones occidentales, equivaldría para el pueblo ruso, imitar al viajero que siguiera un camino falso donde se hubieran perdido otros viajeros y del que los más perspicaces se alejaron. (1)

Puede imaginarse el lector, qué clase de impresiones se han apoderado de Máximo Gorki, cuyo culto al hombre, libre, bueno y fuerte hemos hecho resaltar anteriormente, al entrar en relaciones con un pueblo donde, como él lo confiesa, ... “hablar del hombre es horrible y doloroso”. Por qué ha desaparecido absorbido por el tráfago ensordecedor que el oro y la ambición alientan. Ha dejado el hombre, en su carrera desenfrenada tras las riquezas, lo que más lo distingue de las bestias y Gorki, ya no vé brillar en sus ojos, la íntima libertad, la libertad del espíritu. El hierro ha limado todos los relieves aplastando la ciudad e imponiendo una igualdad desesperante, monótona. “Viejos, jóvenes, niños, todos están igualmente taciturnos, todos igualmente tranquilos, habituados a aquella agitación y aquel afán sin objeto, habituados a creer que nada tiene una finalidad.

(1) LEÓN TOLSTOY: *La Revolución rusa.*

“ Es preciso haber nacido en una sociedad civili-
“ zada para tener la paciencia de vivir en ella toda
“ la vida y no sentir nunca el deseo de alejarse de
“ esa esfera de convenciones penosas, de venenosas
“ mentiras consagradas por el uso, de ambiciones
“ enfermizas, de estrecho sectarismo, de diversas
“ formas de vanidades que hielan el corazón, co-
“ rrompen la inteligencia, y que con tan poca ra-
“ zón se llama vida civilizada. He nacido y me
“ he criado fuera de esta sociedad, y por tal motivo
“ no puedo aceptar su cultura a fuerte dosis, sin
“ experimentar en seguida la necesidad de salir de
“ su cuadro y olvidar las complicaciones múltiples,
“ los refinamientos enfermizos de tal existen-
“ cia.” (1) Tal es la impresión que suscita a Gorki
la brillante y aparatosa civilización de occidente.

En Nueva York, como en todas las grandes ciu-
dades, la riqueza y el lujo, hacen resaltar más la
misericordia de los barrios pobres, donde todo un pue-
blo se revuelca por entre los cajones de basura
devorando con avidez legumbres podridas. “ Yo
“ he visto mucha miseria, yo conozco su rostro ver-
“ de, sin sangre, descarnado; sus ojos velados por
“ el dolor, perversos y vengativos o servilmente su-
“ misos; he visto hasta dónde puede llegar la dege-
“ neración humana, pero la miseria de Ost-End es
“ lo más horrible que conozco”.

No es la pobreza del mendigo ruso, no es la po-

(1) “*Konovalov*”.

breza del vagabundo amenguada por la piedad del pueblo y la soberana grandeza de la estepa. Es algo peor que se retuerce en el vientre de la enorme ciudad americana, como una condenación, "como una reprobación viviente de la avaricia de los ricos." Páginas trágicas, dolientes, sombrías, son las que pintan la vida infernal del barrio miserable. La escena de la madre hambrienta con el hijo en brazos, pone su siniestra dramaticidad, para dejar en nuestro ánimo la obsesión desagradable de un mundo anémico, degenerado, comido por los vicios y vencido por el hambre y el frío.

Su rebeldía se subleva ante el egoísmo humano y justifica la violencia cuando la sociedad olvida sus sentimientos y deberes. "El hombre tiene derecho a la venganza; y este derecho lo debe a los hombres". Su amor a la verdad, no ha callado todo el horror que le ha inspirado el voraz mercantilismo de los Norte-Americanos. Y así como no ha perdonado a su amada Francia el haber traicionado sus viejos ensueños revolucionarios, no perdona a la democrática Norte-América, el haber desfigurado al hombre, hasta convertirlo en un simple juguete mecánico, sin originalidad, sin vida propia, sin amor, sin odios y pasiones. Sus palabras atestiguan un desprecio indecible por la ciudad monstruo que ha pervertido a su ídolo: el Hombre. Todo cae envuelto en su violenta imprecación y flagela con rudeza, a esos hombres que han vendido su dicha al ogro inartable que es el capitalismo. "Avaros y per-

“versos muestran allí la desnudez repugnante de sus mentiras y la ingenuidad de su astucia, su hipocresía y la avidez insaciable de su codicio”.

Su viaje no ha sido inútil. Ha encendido más vivamente su fuego interior, su rebeldía, y al ver de cerca la imbecilidad del ser humano que se ufana pomposamente de haber conquistado su gloria, se arraiga más aún, si es posible, en su alma ardiente de luchador, la fe irreductible en una humanidad libre de las imposiciones de una moral hipócrita y un poder injusto.

La ciudad, la gran ciudad que tanto ha fascinado y fascina a millones de seres, no ha logrado otra cosa, que “saturar” el alma de Gorki de un odio profundo, contra la estupidez entronizada.



CAPÍTULO VI

LOS VAGABUNDOS EN SU OBRA

La gran innovación que Gorki ha introducido en la literatura rusa y aún en la Universal, ha consistido en dar a conocer toda una multitud de vagabundos, miserables y bohemios, que reflejan con insuperable colorido, un estado social enfermo y una de las manifestaciones más características de la vida de su patria.

No se ha limitado Gorki, a un simple estudio objetivo del vagabundo, sinó que ha ido a traernos una noción exacta de las ideas, sentimientos e impulsos que fundamentan una verdadera filosofía compleja y honda. Ha requerido todo esto, condiciones políticas y sociales, que sólo Rusia podía ofrecer. Constituyendo la anormalidad el estado permanente en las grandes poblaciones, no existiendo mayores garantías para los hombres que no comulgaban con la autocracia y estando, finalmente, consagrada la autoridad a persecuciones tenaces y

continuas, nada más lógico que faltase a la vida esa estabilidad que garantiza, no sólo el progreso, sino también la existencia tranquila y quieta del habitante.

Los millones de condenados políticos, proscritos en la inmensidad del territorio, han constituido la fuente más segura para renovar las fuerzas del ejército nómada de los vagabundos que, tan genialmente se agita, piensa y vive en las obras de Máximo Gorki.

Gleb-Ouspensky, ha pintado en una carta dolorosa, las causas que han engendrado toda esa enorme población errante, que se arrastra al través de la ancha estepa, tan pronto con un orgullo altanero, lleno de altivez y desprecio, como cediendo acosada por el hambre para simular una sumisión vergonzosa. Sin embargo, pocas veces el dinero atrae al vagabundo, que sabe despreciarlo con dignidad y con no escasa delicadeza repudia todo lo que, a su concepto, puede envilecerlo. “ — Mi querido, mi “excelente amigo: No tengas ninguna cortedad: “toma, toma, lo que quieras — me repitió, varias “veces, alargándome su bolsa, y yo, tan andrajoso, “tan miserable, no vacilé en contestar: — No, gracias, no lo necesito. Bien comprenderás, hermano “mío, que no era en el dinero en lo que yo pensaba en aquel momento” (1).

(1) *Jemeljan Pilaie.*

Otro ejemplo:

“ Tchelkache escuchaba aquellos gritos de alegría
“ y miraba aquel rostro radiante y desnaturalizado
“ por el frenesí de la codicia; sentía que él, bandido
“ y vagabundo como era, sin afección alguna, no
“ sería nunca tan rapaz y tan vil (1)

La situación económica de Rusia ha propendido a desorganizar una vida más o menos metódica, sosegada y fija. Ha tenido que soportar el paisano ruso una esclavitud económica que lo ha sumido en la más desesperante miseria. El hambre lo ha predipuesto a la vagancia y así, nos explicamos la siguiente afirmación de Ivan Stranik: “Entre el pai-
“ sano emigrador y el vagabundo, la transición es
“ fácil y natural”. Y sólo así también, han podido nacer esos relatos estupendos, esas narraciones pa-voorsas, que se dirían concebidas por el genio torturado del Dante y que, como la siguiente, destrozan el corazón del lector:

“ efectivamente aquel año había muchos
“ mendigos. Iban a pie, en grupos de tres a veinte;
“ llevaban consigo a sus hijos, bien en brazos, bien a
“ remolque. Aquellos muchachos eran transparen-
“ tes; bajo su piel azulada no parecía correr sangre,
“ sino un líquido insano, fétido y turbio... Los
“ huesos parecían romper la piel, tanto que al mi-
“ rarlos se sentía en el pecho una pesadez intole-
“ rable.

(1) “Tchelkache”.

“ Hambrientos, casi desnudos y cansados por la
“ larga caminata, aquellos niños ni siquiera llo-
“ ban. Fijaban sus relucientes ojos, tan pronto en
“ una huerta como en un campo, y cuando miraban
“ a sus padres parecían preguntarse por qué los ha-
“ bían engendrado. A veces paraba un carricoche
“ conduciendo una mujer flaca como un esqueleto,
“ rodeada de cabezas de niños que miraban con
“ ojos tristes las tierras ajenas. El caballo, hue-
“ sudo y lleno de mataduras, avanza con dificultad
“ sacudiendo su cabeza puntiaguda de desgredada
“ crin. Junto al carricoche van los hombres. Lle-
“ van baja la cabeza, les cuelgan los brazos, los
“ ojos están empañados y revelan un dolor inde-
“ cible. Y aquel grupo avanza silenciosamente por
“ tierras que no son suyas, como si temieran turbar
“ con su infortunio, la tranquilidad ajena” (1).

El cuadro es de una exactitud gráfica. Al calor de esa turba andariega y hambrienta, va surgiendo la legión errante de rebeldes y desposeídos, que llenan las estepas con sus figuras macilentas y amenazadoras.

La falta de trabajo, las persecuciones, y esa especie de ansiedad interior, mezcla exótica de escepticismo y rebeldía, lanza a los riesgos de una vida incierta, libre y despreocupada, a toda una sociedad de seres inteligentes, que se desligan de una existencia llena de sacrificios e inhibiciones. Unos al

(1) “*Mi Compañero*”.

dejar al cárcel, sin pan ni orientación, sin voluntad para nada, perseguidos en todos lados, optan por una vida de renunciamientos, que si no brinda grandes goces — Promptoff opina lo contrario — no exige tampoco grandes cuidados. Otros cansados por labores embrutecedoras, hallan más cómodo ir mendigando de pueblo en pueblo. Y no faltan los borrachos, los vulgares atorrantes, como también, los que, no pudiendo hallar un sentido a la vida, se entregan a una existencia contemplativa y estéril. Si agregamos, esa que Gorki denomina “variedad perniciosa” de vagabundos, que andan buscando “lugares santos”, especies de peregrinos místicos, tendremos una idea de lo que representa para Rusia todo ese mundo de inadaptados soleándose en los campos y arrinconándose en los pueblos. Y todos repiten con Lakutine — gran bohemio — “Le tengo cariño a esta vida errante del vagabundo, amigo mío. Verdad es que sufre uno hambre y sed, pero disfruta de libertad... No tiene amos y puede, si quiere, beberse su propia sangre sin que nadie le diga una palabra” (1).

Ambulan todos estos seres, en la más pintoresca e interesante promiscuidad, y al conjuro de la pluma de Gorki reviven en sus cuentos y novelas con maravillosa veracidad. Viniendo como ha venido

(1) *En la estepa.*

de un mundo que ha conocido en lo mejor de su vida, sólo Gorki podía pintar con tal maestría y fidelidad una sociedad que se rige con principios morales opuestos a los que imperan. Principios morales he dicho, y conviene agregar con Ossiep - Lourie (1) que los vagabundos representan también una clase social organizada, con sus tradiciones, constitución y costumbres especiales. Konovalov, Promtoff, Lakoutine, Charko, pueden pasar, y son admirados, como los filósofos más representativos de tan extraña sociedad. Más adelante estudiaremos sus ideas.

Ha sabido Gorki ahondar en el análisis de esas almas enfermas, de esas "almas muertas", de esos seres olvidados y harapientos, enriqueciendo la literatura con toda una serie de magníficos retratos.

Leyendo las obras del gran novelista, vemos desfilar la caravana, que sin norte, abandonada al capricho de los acontecimientos, va dejando su pena, su infinita angustia, en las espinas de una organización social, que de acuerdo con el evangelio, no los expulsa ni maltrata. Gorki ha puesto todo su arte, delicado, y sincero, para inmortalizar algunos de los que fueron sus compañeros de andanzas. Emerge así de su obra, la firme originalidad con que ha sabido sacar del anónimo a un Konovalov o Charko.

Se ha pretendido encontrar, cierta analogía, en

(1) OSSIEP - LOURIE: "*La philosophie russe*".

tre los vagabundos del autor ruso y toda la caterva de lazarillos, vividores y pícaros, que han popularizado las novelas picarescas españolas del siglo XVI. La diferencia es profunda.

En Alemania, Inglaterra, Francia, España e Italia, aparecieron a principios del siglo XVI una gran cantidad de novelones que relataban las aventuras y sucesos de innumerables pilluelos, libertinos, aventureros y holgazanes de toda laya. Mencionarlos está demás, pues entre el libro de John Andley, representativo de lo que en esta clase de literatura se hizo en Inglaterra y la "*Vie genereux des mercelots, gueuz, et boesmins*", que da una idea de lo que Francia obtuvo de tan cultivado género novelesco, la diferencia es pequeña. Agregaremos, que esta clase de libros — conjuntamente con "*Il vagabondo*" de Nobili — se circunscriben y esmeran, en relacionarnos con una trashumante legión de pordioseros, que en nada se parecen, ni aún remotamente, al tipo del vagabundo que nos ofrece la obra de Gorki. Ni la jerga atrevida del consabido pícaro, ni sus pecaminosas preocupaciones, dan el más mínimo margen para una comparación.

El pícaro de la novela antigua se distingue por su ambición ilimitada, por su empeño de una gloria fácil, por su malicia crapulosa e inveterado vicio de escalar posiciones con embustes y trapisondas. El vagabundo de las obras de Gorki, es más silencioso, tiene más vida interior, y hay en sus razonamientos, un motivo, un deseo, algo que lo dignifica, sin dejarlo

manchar con el grosero materialismo de los taimados e ingeniosos lazarillos y demás gavilla de tahures y pícaros de la novela española.

Pero si no hallamos punto de comparación entre los tipos o figuras que caracterizan esta clase de novela, encontramos en cambio cierta analogía en el medio que produce tan interesantes personajes. Y ahora notaremos las razones históricas que han influido en la variación ética que he apuntado más arriba.

España en el siglo XVI, cruzaba por un momento excepcional de su grandeza. Por la fe, arremetía sin compasión contra los moros, sin permitirles que se entregasen a labores productoras y necesarias al progreso. América abría ancho campo al espíritu de conquista, que, levantaba legiones de ambiciosos, listos para la irrupción y el dominio. Carlos V atisbaba el instante oportuno para extender sus tierras en Europa y al mismo tiempo, una literatura exuberante y un arte opulento, daban al pueblo la impresión de un imperio absoluto, material y espiritual, sobre el mundo. Sin embargo, tanto fausto, era en realidad inconsistente. Miseria había y mucha. Y ese contraste entre las perspectivas grandiosas y la realidad mísera, dió motivo a todo ese ejército de holgazanes y aventureros que pululaban a la espera de una riqueza rápida y fácil. Un desprecio increíble por las labores sencillas y pacientes, un abandono completo de todo lo que pudiese exigir método y paciencia, originó la for-

mación de un estado social, propicio para las andanzas, correrías y aventuras. Nace así la titulada novela picaresca. El ingenioso e impagable Arcipreste, Hurtado de Mendoza, Solórzano, Guevara, etcétera, no han hecho otra cosa, que legarnos un fiel reflejo, de ese mundo "vividero y gárrulo", que se escurre con malicia por entre el poderío nacional, para dar por tierra, finalmente, con toda la grandeza de España.

Razones opuestas, brindan en Rusia idénticos resultados. Rusia no ha tenido esa fuerza que dió a la España del siglo de oro tanto poderío. La miseria y el hambre han obligado a millares de seres, a emigraciones que, como más arriba hemos recordado, han contribuído a reforzar el ejército de vagabundos. Le ha faltado a Rusia, el deslumbrante marco de conquistas gloriosas y óptimas, que dieron pábulo a un sinnúmero de ensueños grandiosos, difundiendo en la infantil imaginación del pueblo español de aquel entonces un optimismo peligroso. A su amparo surgieron por doquier, logreros y truhanes. Miserables, pero alegres. Sin pan, pero desbordando el magín de riquezas y galas. Y la España del siglo de oro palpita en sus novelas picarescas.

A Rusia le ha faltado tan espléndido porvenir, y por ende su vagabundo — además de otros factores psicológicos — lleva con su resignada pobreza, una convicción que no le ayuda a forjarse ilusiones.

Sabe que morirá hambriento. No es fanfarrón ni peleador. Razona con profundidad y elevación y mantiene con pureza tres o cuatro principios, que no le permiten caer en la habitual amoralidad del pícaro español. Idealistas, sienten el dolor ageno y ahogan con dignidad los desgarramientos que la duda y la pena provocan en su vida interior. Silenciosos, sombríos, muy dados a lo metafísico, indiferentes a la bajeza del medio ambiente, desfilan por entre las páginas de Gorki con un aire de protesta, negando y soñando, aureoleados por un nimbo de altivez que los engrandece.

Así desfilan maravillosamente sorprendidos por el talento de Gorki, que los ama, los comprende y los perdona, porque ha sido su vida la de esos hombres sin hogar ni asilo. Porque muchas veces, la que uno de ellos narra como propia, en la penumbra de la estepa, cuando sólo iluminaban los rostros las chispas de las pipas, es la suya, su gran vida de vagabundo.

Creo con F. Wadleigh Chandler (1) que la novela picaresca española, rompió con la rutina de la trama "imaginaria", para lograr por la observación: viveza, colorido, animación e interés.

"No había que esperar refinamiento alguno de sus relatos"... ; pero en cambio, ese incipiente realismo, ha servido para reflejar un estado social, que

(1) F. WADLEIGH CHANDLER: *"La novela picaresca en España"*.

hoy, sin tan entretenida documentación nos sería, quizás, difícil de obtener.

Ese mismo valor es el que tienen las novelas de Gorki, cuando dibujan con firmeza, una característica de la Rusia contemporánea.

Konovalov, es el tipo perfecto del vagabundo ruso. Inteligente, ama su libertad con un celo que nada puede amenguar. Todo lo sacrifica a la diosa: amor, comodidad, dinero, nada guarda para sí por temor de esclavizarse. Su figura austera, su calma, su buen corazón, lo presentan como un ser dotado de todas las virtudes para triunfar. He aquí como nos lo da a conocer Gorki:

“Arrimado al marco de la puerta había un hombre de unos treinta años, alto y membrudo. Su traje era el del perfecto vagabundo; su figura y su rostro eran los de un eslavo de pura raza. Llevaba una blusa roja, increíblemente sucia y rota, un ancho pantalón de tela, y, como calzado, en un pie un resto de zapato de goma y en el otro una bota de cuero. Los cabellos castaños parecían una maraña, por entre cuyos mechones salían virutas, pajas, papeles; también había de todo esto en su soberbia barba roja que se extendía por su pecho, y lo tapaba casi con su ancho abanico. Al rostro, ovalado, pálido y cansado, lo iluminaban unos ojos azules, grandes y soñadores, que me miraban con benevolencia. Sus labios, hermosos aunque pálidos, sonreían bajo el bigote”....

Gorki lo conoció en la tahona y desde el primer instante fué su inseparable compañero. Ambos, acostumbrados a la inmensidad de la estepa, se asfixiaban en la oscura humedad del sótano. Konovalov suspiraba continuamente. “En sus ojos azules y límpidos”, se leía profunda e indefinida tristeza; la nostálgica tristeza de la libertad perdida, la visión obsesionante del mar tentador y amplio, toda la sed de espacio y sol que arrastra a esos seres a la desolada incertidumbre de la llanura rusa. “¡Desde aquella inmensidad — dice Konovalov — caer en este agujero!”.

Todos los vagabundos que Gorki ha retratado tan soberbiamente y en especial Konovalov, son sentimentales. Konovalov ama, o por lo menos, mantiene muy viva la impresión de una mujer que le escribe. Recibe una carta; Gorki se la lee y el admirable bohemio exclama ingenuamente:.... “Escribeme por Dios una carta, se imaginará que soy un canalla... pensará que la he olvidado”. Gorki escribe la carta y Konovalov la desaprueba diciendo: “No escribes muy bien. No hay bastante sentimiento en la carta, no hay lágrimas. Además, te dije que me injuriases y no los has hecho”.

“—¿Para qué?”

“—Para que vea que tengo vergüenza de mi proceder y que comprendo que le he faltado. En vez de ello has escrito una carta sin sentimiento. Por lo menos pon algunas lágrimas”.

No se puede pedir una exteriorización más aca-

bada de la nobleza, de la delicada emotividad que mueve todos los actos de este desheredado, tan sensible a las penas extrañas y tan dispuesto siempre a compartir los pocos *kopecs* con el primer hermano que se cruce por el camino. Y eso que en Rusia todos son hermanos!

En el corazón de Konovalov vive el recuerdo de Vera y cuando a pedido de Gorki, le narra sus relaciones con la mujer, su acento adquiere la emoción romántica de un enamorado: "Me besaba así, "...como una mujer, y después, de pronto era más "amable, más dulce; ¡oh, qué buena! Me miraba "al alma y luego me hablaba como una madre. "En aquellos momentos me parecía ser un niño".

Y toda su ternura selvática tiembla en esas palabras de cariño. Pasan algunos meses, hasta que Vera se presenta en busca de Konovalov. Un día, Gorki lo encuentra mal humorado; — ¿qué tienes? —le pregunta, y Konovalov le habla de la presencia de Vera, que viene a unirse con él. Le cuenta toda la conversación mantenida con su Capitolina; todas las razones que le ha dado para convencerla de la imposibilidad de su pretención porque: "en primer lugar soy un borracho, y en segundo lugar, no tengo casa y en tercer lugar soy un vagabundo". Ella le contesta: "Poco me importa que seas un borracho; todos los obreros lo son, y sin embargo, se casan". Discuten, se injurian y el pobre Konovalov le pregunta a su amigo con remordimiento: "¿Qué es lo que hago ahora?"

“—Máximo, — me dijo con gran turbación, —
“si fueras a verla y le explicarás lo que me ocu-
“rre... Vé, hermano.

“—¿Y qué he de decirle?

“—La verdad entera. O dile, por ejemplo, que
“padezco una enfermedad cruel... Es una gran
“idea.”

Konovalov siente amor por Vera, pero ante el peligro de perder la libertad, su corazón se endurece y solo piensa en librarse de su influencia. “Me atrae y me absorbe como un pantano sin fondo”. Y en medio de su desgraciada aventura, se revela la pureza de su alma, que atraída por dos fuerzas, llora su impotencia para tomar una resolución salvadora.

Semejante estado psíquico, es en Rusia el que predomina, no sólo en el mundo intelectual, sino también — el caso de Konovalov — en las capas sociales más inferiores. Es el famoso “*nitchev*” que corroe todas las voluntades y esteriliza las mejores inteligencias en un continuo divagar metafísico. Abúlicos, padecen de una indecisión crónica. Vagabundos o aristócratas, desesperan por hallar el apoyo orientador que los libre del error y así, Konovalov en su simpático trance amoroso le dice a Gorki: “Quería preguntarte si en algún libro podría hallar indicaciones acerca del orden de la vida, acerca de lo que hay que hacer... Quisiera que me explicaran qué acciones son malas y cuáles inofensivas... Mirá, me preocu-

“pan mis acciones... Las que yo creía buenas, a lo mejor resultan malas. Así me ha ocurrido con Capa-Vera-”. Estas preocupaciones éticas son típicas del pueblo ruso, de las clases humildes.

Desposeídos de todo bien material, tanto Konovalov como sus demás compañeros de vagancia, sienten esa “furiosa sed” de conocer que padecía Gorki, y que, con arte magistral la pinta en Konovalov, cuando por primera vez el célebre novelista descubre ante los ojos del vagabundo, “abiertos, ardientes, atentos” los ilimitados horizontes del mundo intelectual e imaginario. Ancha vía de luz ilumina el alma oscura del buen vagabundo, que se retuerce ansioso por aclarar, comprender y retener todo lo que Gorki lee. Con honda emoción, se sigue el vuelo de ese espíritu inculto, que atestigua sin embargo, tener sensibilidad y clara comprensión de los episodios que Gorki descubre ante su asombro infantil. Reproduciré una página, en la que el autor de “*Malva*”, ha narrado con su habitual riqueza descriptiva la admirable escena de la lectura de la obra de Kostomarof:

“—Lee—me dijo suavemente, pero con autoridad.

“—¿Qué tienes?

“—¡Lee!—contestó, y en su voz había un acento de ruego y de irritación a un tiempo.

“Continué, lanzándole de cuando en cuando una ojeada, y ví que se inflamaba más y más. Emanaba de él como un vaho cálido que me exaltaba y

“embriagaba. En una excitación nerviosa, llena de presentimientos extraordinarios, llegué a la captura de Stenka.

“—¡Lo han cogido! — gritó Konovalov.

“El dolor, la indignación, la cólera, el deseo de libertar a Stenka, vibraban en un clamor poderoso.

“Tenía sudorosa la frente y los ojos dilatados. Habíase puesto en pié, grande y exaltado; se detuvo ante mí, me puso la mano en el hombro y habló seria y rápidamente:

“—Espera. No leas. ¡Di! ¿Qué sucederá ahora? ¡No, no lo digas! ¿Lo matarán? ¿Si? ¡Lee aprisa, Máximo!

“Creyérase que Konovalov era el hermano de Stenka. Era como si los lazos de sangre, indisolubles y calientes aún a pesar de los tres siglos transcurridos, uniesen a aquel vagabundo con Stenka; como si el vagabundo sintiera, con toda la energía de su cuerpo viviente y fuerte, con toda la pasión de su alma triste y “sin apoyo”, el dolor y la cólera del orgulloso halcón aprisionado trescientos años antes.

“—¡Lee, en nombre de Cristo!”

Mal ruso podríamos llamar, a esa especie de impulso irresistible que hipnotiza a esos espíritus atormentados por un vago anhelo de perfección, que poco a poco, ante la imposibilidad de alcanzarlo lo ahogan en el alcohol. Piotr, en *Pequeños Burgueses* reconoce su debilidad para sobreponerse a la realidad

que lo desalienta, sin poder modificarla, por lo cual renuncia a la lucha.

Comienzan así las reflexiones negativas, los deseos de anulación que esperan la primera oportunidad para hacerse efectivos. ¿No intentó suicidarse Gorki? Y Dostoiewski, ¿quién asegura que aquella carta de un suicida que figura en su "*Journal d'un écrivain*" no la escribió en un arrebatado de cansancio y desilusión? No olvidemos que Jakovlevitch Nadsouh, (1862 - 1887) poeta fúnebre y de un fatalismo tétrico, ha sido leído con delirio por la juventud rusa, que ha visto en él, un bardo representativo de su "incurable mal".

La amorosa incidencia con Vera, ha dejado en el fondo de Konovalov esa angustia insoportable, ese hastío disolvente que solo halla remedio con la muerte. No hay novela rusa en que no aparezca uno de esos seres neuropáticos, que, sumidos los unos en una enfermiza obsesión contemplativa y otros, en una confusa y extraña manía razonadora, nos dan una idea de lo que para Rusia ha significado semejante estado psíquico. "Soy sencillamente un hombre contagiado. No debería vivir. Cuando me acerco a cualquiera le contagio mi mal. No puedo llevar a los otros, sinó mi desgracia... ¿A quién he causado placer en este mundo? A nadie...."

Esta reflexión pertenece a Konovalov, pero en realidad es la que buena parte del pueblo ruso se ha formulado y que ha dado base a toda una literatura

en la que Gontcharov se ha destacado. Oblomof, es el tipo perfecto del "declasè" ruso. Pero es aristócrata. Lo que faltaba pues, y ha hecho Gorki con genio, es describir el "mal" en las clases proletarias y en los vagabundos. Y Konovalov resulta así, una figura representativa dentro de los de su clase.

Solamente Gorki, podía hacernos sentir con inusitada intensidad, las alternativas de esas vidas que se desarrollan sin voluntad en un medio crapuloso y deshauciado. Y no por maldad, sino por voluntario renunciamento. Ha ido hacia ellos con entrañable amor, y su alma privilegiada, ha sabido extraer de esas conciencias enfermas el tesoro inagotable de una bondad, que al través de conversaciones, hechos y meditaciones, iluminan sus vidas de heroica idealidad. Mordidos por un agudo escepticismo, desalentados, algo perezosos, van dejando con resignación sus vidas en las tabernas.

En Oriente como en Occidente, el alcohol aniquila el dolor. Es así, que Konovalov, previendo una crisis moral, le anuncia a Gorki.... "Dentro de poco, empezaré a beber aguardiente. Siento un ardor en el pecho. Si no me hubiese ocurrido esa aventura me hubiera contenido, pero ahora..... quería realizar una buena acción, y de repente...

Para olvidar el dolor nada mejor que beber. Esta teoría triunfa en ambos hemisferios. Bien. Pero hay diferencias. Un obrero inglés, que contrae el vicio de la bebida, es hombre completamente per-

dido. Acabará en la cárcel o en el manicomio. Los héroes gorkianos en cambio, beben y se embriagan, como solían hacerlo nuestros gauchos, para “olvidar las penas”. No es extraño pues, que en el transcurso de una novela — como Konovalov — lo veamos reaparecer trabajando honradamente para ganarse unos rublos y recomenzar sus andanzas.

Sed inextinguible de ir de pueblo en pueblo, de *isba* en *isba*. Pasión abrasadora la que arranca de la vida reposada, a esos seres románticos y rebeldes, que tejen cara al sol, en la incomensurable y nivea llanura, la más extravagante novela. Líricos y naturalistas, recorren media Rusia sin que haya encanto ni bien que detenga su marcha, que diríase impelida por un hado oculto e infatigable. Cielo y campo, campo y mar. No sueñan con otra cosa esos poetas agrestes de la planicie rusa.

“—Creedme,—le dice Konovalov a Gorki — dé-
“ jate de ciudades; no contienen más que pudredum-
“ bre y vicio. ¿Libros? Supongo que ya has leído
“ bastantes. Además los libros son también tonte-
“ ras... Compra uno, ponlo en la mochila y ¡en
“ marcha! ¿Quieres venir conmigo a Tachkent a
“ Sarmacanda? ¿Quieres que lleguemos hasta el
“ Amur? Yo, hermano, he decidido pasear por el
“ mundo en todas direcciones; es lo mejor. Caminas,
“ ves cosas nuevas y no piensas. Sopla el viento y pa-
“ rece que barre todo el polvo del alma. Eres libre

“y ligero. Nada te estorba... Si tienes hambre te detienes, trabajas por cincuenta copeks; si no hay trabajo pide pan; no te será negado. De este modo verás muchas cosas... mil distintas bellezas... ¿eh”.

Konovalov — ya lo he dicho — es un formidable filósofo. Diáfano y sentimental. Y así van los vagabundos, libres y buenos, bebiendo el aire perfumado de la estepa, que al orear sus frentes y al agitar sus greñas, deja el misterio de su arrullo como un legado precioso, que esos nómadas sensitivos guardan con cariño mientras andorreaan sin sosiego.

Promptoff comparte con Konovalov, la gloria de haber integrado la brillante filosofía, porque no es otra cosa pese a su humilde origen y claridad, que da a la vagabundez la inconfundible aureola de toda una escuela filosófica, tan importante y trascendental como la de Atenas.

Promptoff, es una de las más hermosas figuras de Gorki. Desenvuelto, ingenioso, más astuto y poeta que Konovalov, con muchas de las tretas del pícaro español, convencido y enamorado como ninguno de esa vida, que el llama, “alegre vida de pájaro”, pasa por entre las páginas de Gorki, con tanta gracia y soltura, que suscita envidia y admiración. Para él, no hay lugar desconocido, ni engaño que no haya practicado. Su talento de observador le ha permitido formarse un criterio acabado de los métodos que han de ponerse en práctica para sugestionar y tener éxito en todas las demandas y empresas. Sabe cri-

ticar con mordacidad la disciplinada estupidez humana y nadie lo aventaja en el acierto de sus comparaciones, de sus reflexiones y en los sólidos fundamentos con que justifica su vida de vagabundo que le permita repetir con Malva.. "Soy libre como " una gaviota. Vuelo a donde quiero. Nadie puede " tocarme". Desvinculado de todos los convencionalismos sociales y de las vueltas de una moral hipócrita, desprecia todo lo que pueda coartar su orgullosa independencia de eterno caminante, para recordar únicamente los consejos de su hermano Markar... (1). "Marcha, marcha siempre; esa es la " vida. No permanezcas mucho tiempo en el mismo " sitio: nada encontrarás en él. Como el día huye " incesantemente de la noche, así debes alejar de tí " todo pensamiento sobre la vida: si empiezas a pensar " en ella, no querrás vivir. Hablo por propia experiencia". Psicólogo ducho, conoce todas las supersticiones, y las explota con seguridad de artista, sin inmutarse, con la sabia indiferencia del que no duda de su eficacia. Recordamos a propósito, aquel pasaje elocuente no desprovisto de buen humorismo, en el que Promptoff maldice a una mujer que con un hijo en brazos, le ha negado un trozo de pan: "... ¡Qué tu pecho se seque hija de perro!" Y ante el asombro de Gorki, por los medios tan poco persuasivos y dulces, con qué su compañero exige limosna, se aleja con el gesto de quien tiene completa seguri-

(1) *En la estepa.*

dad del éxito. “Esperemos—le dice a Gorki—que nos traiga el pan”.

“—Lo que ella nos mandará, será su marido armado.

“—Tu no comprendes nada”... y sonriendo maliciosamente, recibe de manos de la mujer el pan que dos segundos antes le fué negado.

“—Oye—le dije cuando ya nos habíamos alejado de la granja...; que manera tan extraña que tienes para pedir.

“—Es la mejor... Si se sabe hipnotizar bien a una mujer, ella os tomará por un brujo. Tendrá miedo y os dará, no solamente pan, sino toda la comida que haya preparado para el marido. ¿Por qué mendigar y rebajarse ante ella, cuando se puede obtener exigiendo?” (1).

Emplea todas las artimañas imaginables para ser favorecido y sabe, cómo ha de lograr del moujick ignorante, todo lo indispensable para hacer más agradable su peregrinación: “Mi existencia—exclama—¿sería posible sin el moujick? El sol, el aire, el agua y el moujick son indispensables al hombre”. Semejante teoría le torna feliz. ¿Qué puede hacerle falta? Armado con tan positiva y práctica filosofía, recorre sin cansancio toda la Rusia. “¿Dónde no he estado? Yo he visitado las colonias tolstoianas y me he alimentado en las cocinas de los comerciantes de Moscú. Yo he vivido en el monasterio de

(1) *Un Compañero extraño.*

“ Kievo-Petchersk y en Ahos. Yo he pasado por
“ Tchenstokhoff y Mourome. Y creo, que ya he an-
“ dado por todos los caminos de la Santa Rusia”.

Ebrio de espacio, sueña con ir al extranjero, pues ya se cansa en su patria. No hay fuerza que pueda poner paz en ese exaltado desborde ambulatorio, en ese frenesí desconcertante de movilidad, de libertad absoluta, de no echar anclas, como si el viaje no tuviese fin y no hubiese puertos y sólo el huracán azotase el barco sacudiéndole sin tregua. Su lógica no admite réplica: “... la vida es estre-
“ cha y yo soy largo...” No puede fijar su vida en ningún lugar. Siente correr por sus venas la sangre del judío errante y anda... anda. Y ante la rutina del aldeano y la esclavitud del hombre de ciudad, pasea ufano su audacia con un dejo de elegante y refinado escepticismo.

Hay en todos los vagabundos gorkianos, un fondo de bondad y delicadeza, que los preserva del vulgar materialismo y de la degeneración repugnante. Sentimentales, son todos grandes románticos en cuyas almas titila una chispa de sincera poesía, que da a sus vidas cierto aspecto simpático de trovadores, en eterna peregrinación tras un ensueño o una quimera, que sus fatigados corazones ansían con locura. Trovadores he dicho, y efectivamente, la mayoría de los vagabundos que pululan en las obras de Gorki, gustan de las canciones populares, y hallan en su doloroso y hondo lirismo un cauce apro-

piado para desahogar la angustia que los atormenta. Un simple acordeón, basta para comentar la tristeza de esos caminantes, y ambos, acordeón y vagabundo, van por la soledad de la estepa "desgarrados, "sucios y llenos de canciones".

Tiene la canción popular rusa un poder inquietante de sugestión. Toda la incurable nostalgia, todos los ensueños de la raza, toda la miseria de una vida de esclavitud, todos los sufrimientos, penas y anhelos vibran en el ritmo monótono y profundo, en las melodías sosegadas de los cantos, que abren sus brazos a la mística desesperación de un pueblo que exhala su lamento con cierta voluptuosidad oriental. Rusia entera, rinde culto idolátrico a sus hermosísimas canciones populares. Y esas canciones "que entran en nuestro pecho, como la acerada hoja de "una espada", sabe modularlas el vulgo, con tan genial intuición artística, que embriagados, seducidos, por la humana sentimentalidad de sus vibraciones, dejan pasar las horas arrullados por ese sollozo penetrante que surge de lo más íntimo de la raza. " ... Los que cantaban, lo hacían seducidos por su "canto. Este resonaba tan pronto lúgubre y apasionado, cual súplica de pecador arrepentido, como "triste y dulcísimo, cual lloro de niño enfermo, como lleno de angustia desesperada y frenética, cual "todo buen canto ruso" (1).

En *Veinte y seis y una*, Gorki nos ha dejado

(1) *En la estepa.*

una admirable impresión del canto popular ruso. Sus palabras dan a comprender, que el gran novelista, como todo eslavo, ha visto en las sencillas canciones de su patria, algo, que sin poder explicarlo subyuga con el poder de un sortilegio y aviva el dolor con un soplo de ternura, que muere en la gravedad de esas notas profundas, siempre iguales; como si con ellas el alma popular señalase la persistente sed de inmortalidad y justicia que la consume. Gorki debe haber oído trémulo, estremecido, en el silencio de la inmensa estepa o en lóbrega prisión, ese llamado lírico que desgarrar el pecho. Su emoción de poeta nómada ha legado la siguiente página, en la que palpita todo un pueblo:

“Alguna que otra vez cantábamos, y nuestra canción comenzaba de la siguiente manera: En mitad del trabajo, uno de nosotros suspiraba, con la pesadez con que pudiera hacerlo un caballo fatigado, y entonaba por lo bajo una de esas canciones monótonas cuya melodía plañidera y dulce suele disipar la tristeza que embarga el alma del cantor.

“Uno de nosotros canta y los otros escuchamos en silencio la canción solitaria: luego esta languidece y se extingue, bajo el pesado cielo raso de nuestra cueva, como la débil llama de una hoguera en medio de la estepa, en una húmeda noche de otoño cuando el cielo gris pesa sobre la tierra como losa de plomo.

“Luego otro compañero une su voz a la del cantor, y ya son dos voces que se quejan dulce y

“ melancólicamente en la atmósfera pesada de nuestra estrecha fosa. De pronto algunas voces se ponen al unísono, y la canción se hincha como una ola y se hace más sonora y más fuerte y parece que van a hundirse los húmedos y macizos muros de nuestra prisión de piedra.

“ Los veintiseis cantamos y nuestras voces, fuertes y armoniosas, llenan la cueva: la canción se ahoga en la estrecha caja, choca contra las piedras de los muros; gime, llora, llena el corazón de un dolor tierno y dulce: reaviva en él las antiguas heridas y despierta la tristeza.

“ Los cantores suspiran profunda y silenciosamente... de pronto deja uno de cantar y escucha con atención a los otros, y de nuevo su voz se une a la armonía general.

“ Después uno de los cantores exhala una queja y cierra los ojos: quizá la onda sonora se le figura un camino que va muy lejos, un camino ancho, iluminado por el sol, y por el cual marcha el mismo...

“ ... Y nosotros, con las palabras de otros, cantamos nuestro dolor profundo, la pesada angustia de los seres vivientes privados de sol, la ansiedad de los esclavos”...

Han heredado los rusos de los antiguos eslavos, un sincero cariño a las canciones, que ha perdurado manteniéndose lozano y distinguiendo a su pueblo de los demás de la tierra. Ya los Bizantinos en el

siglo VI, llamaban a los eslavos "los aficionados a las canciones".

Se canta en España triste y voluptuosamente, se canta en Francia con picardía y gracia, se canta en Italia con pasión y arte, cantan los serbios sus *pesmas* heroicos y agrestes, y en nuestra tierra, en nuestra pampa, muere el *triste* en los labios del gaucho con la tranquilidad de un crepúsculo (1). Pero, en la canción popular rusa hay algo que conmueve por lo trágico, por su fondo humanitario, por la sencilla y expresiva pena de que viene impregnada, resumiendo la ancestral mansedumbre eslava y la belicosidad cosaca, con el cálido misticismo y rebelde ímpetu renovador de la Rusia contemporánea. En Rusia, ha dicho Pierre D'Alheim: "—la mi-
" sére chante—elle a toujours chanté. Si loin qu'on
' remonte vers la nuit historique"... Ni la miseria ni la esclavitud, han quebrado ese don divino de ir trovando por los espaciosos caminos de la estepa, las ansias y los ensueños que duermen en el corazón del pueblo ruso.

Y así van esas almas enfermas, sedientas de libertad, de hambre espiritual y material, brindando su dolor en la inspirada y dulce poesía de sus canciones. De aldea en aldea, de ciudad en ciudad, van

(1) MANUEL GÁLVEZ, en su novela, "La Maestra Normal", pone en boca de uno de sus personajes la siguiente reflexión que, al mentar nuestros cantos, la recuerdo: sólo la música argentina, quizás también la rusa, nos da la sensación de lo infinito, de la soledad, del misterio.

cantando como Konovalov, su desesperación de inadoptados, su "hastío" sin límites, sus ensueños que, tan pronto se pierden en el tráfago de los pueblos como en el religioso silencio de la estepa. Bien ha dicho un escritor francés (1): "Les grands propagateurs de la musique populaire en Russie sont surtout et avant tout les vagabonds—musiciens—chanteurs, race bizarre, tout speciale de la Russie...".

Hoy son los vagabundos los que dejan tras de sí el eco melancólico de una canción que rememora lejanos episodios o consuela la pobreza del moujik ingenuo. Tanto Konovalov, como Promptoff, como Sobar, como Clarko y con ellos la copiosa legión de "va-nu-pieds" gorkianos, aman las canciones y gustan prodigarlas en sus interminables andanzas. Cantando, nadie les niega albergue y comida. Y los vagabundos pagan con su lirismo, con su rica erudición de canciones, *bylinas*, recitados, las atenciones que reciben.

El sentimiento de esos harapientos peregrinos, se deshace entre las notas quejumbrosas del canto, para impresionar vivamente al auditorio, que acaba por acompañar al bardo con un sollozo. Porque no hay nada que sobrepase el dolor y la poesía de las canciones populares rusas. Habiéndole solicitado una dama aristocrática a Alexis Tolstoy una página o poesía, en la que se reflejase el dolor del pueblo, el

(1) H. CAÍN: "La poesie de Chants Russes".

escritor ruso, después de mucho buscar y meditar, no halló nada que pudiese superar a las vulgares canciones del pueblo, cuya letra y música permanecen ignoradas para los aristócratas. Y fué así, como tras algún tiempo se presentó ante la dama acompañado por un barbudo cosaco, a quien pidió que cantase con naturalidad una de las tantas canciones, que narran con punzante nostálgia un amor, una despedida o simplemente los maravillosos episodios de un pasado remoto y heroico. Al fin Tolstoy no había podido hallar nada mejor para satisfacer el pedido de su amiga, que el arte del barbero cosaco, el arte popular.

Raro es el libro de Gorki donde no tropezamos con un vagabundo cantor, prueba inequívoca, que el gran escritor ha sentido como nadie, el “sufrimiento atroz”, de que están saturadas esas simples composiciones que el arte libre de la estepa ha creado como la más acabada expresión de la tristeza de un pueblo martirizado. Nadie rechaza a esos ruseñores de las llanuras rusas y reproduciré una página de Gorki, que es todo un poema :

“—E-eh! Y yo iré a las estepas”... cantaba tristemente el joven Kostia, con manchas encarnadas en el rostro.

“—A las este-pas”—repetía Tania.

“Y su voz resonaba sola, como eco indiferente del dolor ajeno.

“—Allí buscaré un destino”...

“Uniéronse las voces en un ritmo caluroso y tier-

“no para el alma, corriendo por la habitación, im-
“pregnada de olor a aguardiente, a tabaco y a su-
“dor; temblaron de pronto, agitaron las alas, sollo-
“zaron cual si sufrieran allí a causa de la exiguidad
“y de la náusea. Luego la voz del joven Kostia que-
“bróse por completo y se calló, mientras que Tania
“continuaba:

“—¡Oh! madre estepa desolada”...

“Y Kostia reanudó, con un grito de angustia:

“—Madre estepa desolada”...

“—Protege al huérfano”.

“—Protege al huérfano”—añadió una tercera voz.

“...; la voz era un semifalsete, pero encerraba tan-
“to sentimiento y expresión, lloraba tan sincera-
“mente, parecíase tanto a la de Kostia y sonó al
“unísono con ella, flexible, temblorosa también,
“apareciendo como un eco, cual la sombra del soni-
“do fundamental, lloró y gimió, cantando sólo las
“vocales...

“... El auditorio, estaba aplastado por el rela-
“to del huérfano en busca de su destino. Mucho
“tiempo hacía que el molinero quedara inmóvil en
“su silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho, es-
“cuchando ávidamente la canción.

“Aquello despertaba en él la angustia, pero con
“ella mezclábase algo desgarrador y dulce que ale-
“graba el corazón. Sentía como si algo tibio y es-
“peso hubiérase vertido sobre él y penetrara en el
“interior de su ser, llenando todas sus venas, puri-
“ficando su sangre, despertando, desarrollando y au-

“mentando su angustia, pero dulcificándola a la vez.
 “Había también algo ardiente, agudo, en todas es-
 “tas sensaciones, cada una de las cuales experi-
 “mentaba particularmente, y cuya reunión formaba
 “en su alma un extraño dolor dulce, como si el
 “grueso hielo que cubría su corazón se derritiera
 “internándose en él en pedazos, que le punzaban
 “allá, bien adentro.

“
 “ . . . —¡ Hermanos! —exclamó con voz sorda Tikhon
 “Pavlovitch, alzándose de repente. — ¡No puedo
 “más! ¡En nombre de Cristo, no puedo más! . . .
 “ . . . —¡ Me atravesásteis el alma! ¡Basta! ¡Oh,
 “angustia mía! ¡Oh mi dolorido corazón! ¡Me ha-
 “beis conmovido! ¡En mi vida he pasado hora se-
 “mejante!

Así siente el pueblo sus canciones. Hay en todos los vagabundos, un evidente deseo de exaltar sus penas y hallan, diré con Strannik, “un goce áspero de “sentir sus nervios destrozados”.

Sucios y desgarrados, van los vagabundos con su acordeón, ahogando su dolor, su infinita desesperación de poetas nómadas, en el ritmo profundo de sus canciones que difunden en la blanca soledad de la estepa, el lamento inmortal de un pueblo sensible, soñador y rebelde:

“Rythme melancolique et poignant! . . . Oh! douleur, (1).

(1) *La Angustia.*

(1) GUSTAVE KAHN: “*Le Palais Nomades*”.



CAPÍTULO VII

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

Ningún escritor ruso, excepción hecha de Gogol, ha interpretado la naturaleza con la comprensión y sincera emotividad de Gorki.

Preocupados como es lógico, dado el ambiente social que les ha tocado vivir, por cuestiones de orden moral, político y filosófico, han utilizado la literatura para divulgar ideas, sin detenerse en lo que podríamos llamar el fondo o marco de sus concepciones. El hombre con sus pasiones y sentimientos ha monopolizado la atención de los grandes novelistas rusos. Conjuntamente con el autor de *Tarass Bulba*, Tolstoy y Turgueneff han sabido sentir la naturaleza y reflejarla sin convencionalismos. Los demás, se limitan a ligeras pinceladas frías y falsas que denotan tanta indiferencia como ausencia de observación directa.

Todo ha favorecido para que Máximo Gorki llegase a ser el escritor ruso que mejor se compenetrase

de las bellezas naturales, para luego brindarnos una impresión exacta, panteísta y subjetiva. Su vida como hemos visto, se ha deslizado al aire libre, en el seno maternal de una tierra que ha recorrido en buena parte y cuyos misterios y encantos conoce y ama intensamente. Por eso, frente al mar o en medio de la estepa, siempre es su apenado corazón, su espíritu atribulado el que nos trasmite la sensación límpida y real.

Sus paisajes, sus descripciones, no pueden ser las de un vulgar paseante que con toda tranquilidad espiritual observa una bella puesta de sol o se siente fascinado por la atracción poética de las llanuras, para caer más tarde, en un detallismo fotográfico del que han padecido algunos novelistas españoles o en el romanticismo paisajista de la novela francesa del siglo pasado.

Para Gorki la naturaleza ha sido su único y verdadero hogar. Se ha refugiado en su solemne y fecundo regazo corrido por la miseria y la hostilidad de los hombres, y no puede olvidar las horas de serenidad y belleza que ha vivido contemplándola con el arrobó y cariñoso reconocimiento de un hijo. La une íntimamente a todas sus vicisitudes de caminante y a la de sus andrajosos héroes. Participa de sus ensueños y cuidados y nunca aparece en sus relatos separada de las pasiones humanas por ese abismo de glacial indiferencia que tan a menudo trasciende la novela occidental. Gorki como San Ambrosio—y perdóneseme tan extraña asociación—

ha visto en la naturaleza la gran maestra de la verdad eterna.

Ha tenido por campo predilecto para sus correrías, la zona más fértil y quizás, al decir de los conocedores, la más hermosa de Rusia. Su mirada de peregrino no se ha fatigado de admirar “el cielo de la Transcaucasia, cuyo azul profundo corona las cimas de las montañas o se extiende sobre la ardiente llanura de Bakú” (1). Las verdes estepas de la Rusia menor, los campos de rica vegetación en Ucrania, cuyas llanuras son la cuna de la poesía lírica eslava (2), los ríos más tranquilos y poblados de leyendas románticas, los accidentes geográficos más risueños, han dejado en su retina de poeta nómada una impresión pretérita de gratitud que resplandece en sus obras con indecible frescura y colorido.

En esas tierras propicias para vagabundear, en esas tierras que al decir de un viejo bardo ucraniano: “la poesía tendida sobre la hierba y enlazada con las flores murmura tristemente, como la inspiración prisionera en un corazón joven”...; en esas tierras pródigas se han empapado, él y sus vagabundos, de sol, de aire, de libertad, de campo y cielo, del perfume humilde de las flores silvestres, de todo lo que su genio pictórico y literario ha derro-

(1) H. DE POLTORATZKY: “*Máximo Gorki*” Un artículo publicado en “La Prensa”, en el año 1905. No recuerdo el número.

(2) ADAM MICKIEWICZ: “*Les Slaves*”.

chado con selvático desaliño en páginas cálidas y luminosas. Y esa naturaleza óptima y benevolente—dentro de Rusia—es la que según Mickiewicz resuscita los espíritus más muertos y explica la siguiente deducción suya: “Todo verdadero paisano eslavo es espiritualista”. De ahí también que todos los vagabundos amen la naturaleza como Gorki, con amor de hijo, sumisa y religiosamente.

A ella recurre nuestro novelista para sus más hermosas simbolizaciones, con ella entabla sus más sentidos coloquios y a ella consagra toda la delicada pureza de su arte.

No presupone todo lo que antecede que el clima de Rusia sea benigno o excepcional, ni que se avenga a una vida descuidada. Sólo quiero hacer resaltar, que la región elegida por Gorki para sus andanzas, que es también la que sirve de escenario a sus narraciones, es la más propicia para una vida al aire libre, la más atrayente para la contemplación y la más abundante en sugerencias espirituales y líricas.

No es posible olvidar el factor topográfico para aclarar una existencia como la que llevan los vagabundos y como la que trasluce la obra de Gorki. Bien explica Renán la influencia de la apacible y graciosa naturaleza de Nazareth sobre el dulce corazón del hijo de María para predisponerlo a su apostolado y la disposición de sus evangélicos acompañantes para seguirlo, en medio de un ambiente natural que no niega nada, que ofrece a sus bienaven-

turados habitantes las caricias de un clima suave y una vegetación pródiga y finalmente las agradables perspectivas de los senderos florecidos. Las imágenes y parábolas de Jesús, llevan impresa la extrema bondad de una naturaleza divina. Y como él San Francisco de Asís, humildísimo y enamorado y a semejanza de ambos, Gorki y sus vagabundos, que van dejando por los ríos y las campiñas de la Pequeña Rusia, el inocente descuido de una filosofía contemplativa, desinteresada, llena de renunciamentos e impregnada de agreste melancolía. Sin embargo, no todos los bohemios de la estepa llevan nimbo de santidad. Los hay malísimos, otros simplemente perversos o maliciosos, la mayoría adeptos de Pirron. Pero todos han encontrado con Gorki su mejor concepción de la vida, en el siguiente apotegma de Tolstoy: "La felicidad estriba en estar con la naturaleza".

Hemos seguido en el Capítulo II el itinerario de Gorki en sus incansables correrías. Descubrimos así la génesis de un sentimiento de fundamental importancia en su obra de novelista. Ama con pasión la naturaleza porque lo ha "saturado de belleza"; porque no ha negado un amparo relativo a sus compañeros de miseria, a los que sin trabajo ni pan ambulan al azar. Y porque para todos es siempre la gran Madre, fuente de toda creación, de energía, de paz, de renovación, de bondad. La peculiar desconfianza del vagabundo cede ante su grandeza para convertirse en culto idrolático. Saben elogiarla

con elocuencia de artistas sinceros. Konovalov se rejuvenece a su contacto y con palabras sencillas y profundas, con simples exclamaciones expresa su entusiasmo, que Gorki traduce en la siguiente bellísima página:

“Máximo; miremos al cielo.

“Nos tendíamos de espaldas y mirábamos la bóveda sin fondo del cielo. Al principio oíamos el ruido de las hojas, el rumor del agua... Después, poco a poco, el cielo azul nos atraía; perdíamos noción de la existencia, nos sentíamos arrancados de la tierra, como si bogáramos por el desierto del cielo, medio soñolientos, medio estáticos, esforzándonos en no romper el encanto con una palabra o con un movimiento.

“Así permanecíamos muchas horas y volvíamos luego al trabajo confortados por el contacto de la naturaleza.

“Konovalov la amaba con amor mudo y profundo, expresado únicamente por el brillo de sus ojos, cuando en el campo o junto al río se impregnaba de una suave alegría, lo cual aumentaba su parecido con un niño. A veces decía suspirando:

“—¡ Ah! ¡ Qué hermoso!

“En aquella exclamación había más expresión y sentimiento que en la retórica de muchos poetas. Estos se extasían para sostener su reputación de hombres que comprenden la belleza, y no porque sientan el encanto sin par de la gran Madre, fuente de toda vida, manantial de fuerza.

En las novelas de Gorki, la identificación de sus personajes con la naturaleza es absoluta. A su contacto se sienten "reconfortados", recobran las energías perdidas y algunos como Konovalov, más de una vez han deseado vivamente desintegrarse en el seno de la eterna creadora. Su goce no es, pues, puramente estético sino hasta físico. Además dulcifica sus angustias, suscita en ellos nobles sentimientos y en todo momento hallan a su amparo un lugar propicio para el descanso. Quita a su vida miserable ese aspecto hórrido del vagabundo de ciudad siempre siniestro y sombrío, para atemperar su dolor con las perspectivas de las praderas verdes y tranquilas, con la calma religiosa del atardecer o la alegría matutina de los primeros rayos del sol. Sus harapos se purifican, se tornan pintorescos y pierde su figura la provocante hostilidad del atorrantismo urbano, para atenuarse en la luminosidad transformadora de los campos o en la serena poesía de la noche. La influencia de un ambiente pastoril y sosegado crea en sus almas esa buena disposición contemplativa y algo de su silvestre filosofía: "Está-
" bamos sentados en círculo en medio del verde es-
" plendor de un follaje fresco y perfumado. Sobre
" nuestras cabezas se extendía un cielo sin nubes,
" acariciador y tierno. De cuando en cuando, un
" viento ligero se deslizaba por entre la fronda con
" un murmullo misterioso que enternecía el alma y
" suscitaba sentimientos de paz y calma, obligándo-
" nos a meditar en cosas vagas, pero cercanas al

“ hombre, que lo limpian de sus manchas interiores
“ o a lo menos lo llevan al olvido por un instante,
“ permitiéndole respirar fácil y libremente” (1).

Las escenas de los caminantes gorkianos adquirirían dentro del bullicio y lujo de una gran ciudad un aspecto sórdido y tétrico de que carecen bajo el cálido beso del sol y las brisas de la estepa. Sin ir muy lejos, precisamente en su obra encontraremos un ejemplo: compárense las actitudes tenebrosas de *Los ex hombres* con los cuadros campestres de la vida errante en, verbi-gracia: *Un extraño compañero*. No puede exigirse una diferencia más acentuada.

Gorki ama la naturaleza, porque ve en ella la más grande colaboradora para hacer del hombre esa fuerza bienhechora y altiva que ha de convertirlo en una energía puesta al servicio de la perfección humana. Obtiene de ella las más grandes enseñanzas y sabe explotarla para avivar las nobles pasiones, que en las grandes urbes se corrompen o desvían con fines opuestos. La naturaleza es la gran educadora: “Cada vez que miro el mar me pregunto
“ por qué todos los hombres no viven en sus orillas.
“ Serían mejores, porque es acariciador e ins-
“ pira buenos pensamientos (1). Para Hipólito Serguéievitch—*Varenka Olessova*—sólo la natura puede apaciguar sus grandes ansias de rebelión. Y en general, no hay un solo vagabundo que no se

(1) *Cain y Artemio*.

(2) *Los Vagabundos*.

abisme en una adoración fervorosa. Han visto en la naturaleza, como Leonardo de Vinci, la fuente de toda sabiduría.

Ha dicho Jules Lemâitre (1), que el sentimiento de la naturaleza, es el sentimiento y el amor de los aspectos de la tierra. Gorki lo ha concretado en dos manifestaciones que son las que priman y atraen con mayor cariño su pluma realista: la estepa y el mar.

El poder de atracción de la estepa para las almas sedientas de libertad es enorme. Gorki y sus vagabundos experimentan una extraña voluptuosidad dejando morir la mirada en los remotos confines de la llanura, como si de allí de improviso hubiera de surgir la solución inmediata de sus penas y ensueños. Gustan contemplarla en su imponente soledad y en ella, como ante el mar, hallan los mil motivos y sugerencias que agitan sus espíritus.

La estepa que el gran novelista ha recorrido tantas veces hambriento, revive en sus obras con todo el encanto poético, con toda la infinita melancolía, con toda la delicada pesadumbre de que es capaz su gran corazón de eterno enamorado:

“Extendíase ésta por ambas orillas del río, y lejos, muy lejos, allá en el horizonte que los fatigados ojos del abuelo apenas distinguían, agitábase majestuosamente el dorado mar de trigo, mientras que sobre él se cernía a plomo un cielo es-

(1) JULES LEMAITRE: *“Le sentiment de la Nature dans Lamartine”*.

“plendoroso y deslumbrante. Cerca de aquel sitio se columbraban las graciosas figuras de tres álbos blancos, y hubiérase dicho que aquellos árbolitos cambiaban de aspecto, pues unas veces parecían más grandes, otras más pequeños, en tanto que, a lo lejos el cielo y los campos de trigo parecían animados por ancha ondulación. Después, y repentinamente, todo desaparecía bajo el plateado y brillante velo del espejismo de la estepa, velo ilusorio, ondulante y claro, que se extendía alguna que otra vez desde el lejano horizonte hasta las arenas del río y que a su vez parecía ser otro río caído desde las celestes alturas, tan puro y tan tranquilo como el cielo mismo, con el solo objeto de reanimar la estepa aniquilada por el calor, pero que se desvanecía con tanta rapidez como se formaba” (1).

En tan grandioso escenario desfila la torturada caravana de *va-nu-pieds*, arrastrada por quién sabe que enigmático fatalismo ascencial. Intimamente ligados a la tierra, participan de sus sacudimientos y huracanes, y en ella encuentran el mejor manantial de su exaltado idealismo.

La inmensidad de la estepa predispone al ensueño. Torna a los hombres introspectivos y acrecienta su vida interior. Frente a ella como frente al mar el espíritu se siente cohibido. Nada brinda al hombre una idea más acabada, más plástica de la eternidad, si esto es posible, que esas interminables llanuras que

(1) *En la estepa.*

sumergen al ser humano en la obsesionante reflexión de su pequeñez, de su impotencia material. De su contemplación ha nacido el canto popular ruso. Por eso en sus ritmos palpita como en ningún otro, la desesperación, la tristeza, la trágica tristeza que infunde la visión de la muerte, del más allá, del continuo razonar del porqué de las cosas y pasiones. La riqueza emotiva de la raza, toda su innata capacidad metafísica, se ha fundido con la ilimitada extensión de la estepa para crear esa filosofía, esa evangélica resignación, esa admirable sed de sacrificio y de gloria que duerme en el fondo de todos los vagabundos, de todos los héroes gorkianos y del pueblo ruso en general.

Lenka, el sufrido lazarillo del viejo Arkhips, ama la llanura, porque como todo esclavo, de su religioso silencio ve surgir el mundo inexpresable de sus aspiraciones, de sus ilusiones:

“—Esperemos un poco—repuso Lenka.

“Profesaba este, gran cariño a la estepa; en sus diarias jornadas por ella, gustaba mirar siempre hacia adelante, hacia el sitio en que la bóveda de los cielos, se apoyaba en la inmensa extensión de la llanura... Y allí se forjaba la idea de ver grandes y maravillosas ciudades, pobladas de gentes tan bondadosas y caritativas, que no había nunca necesidad de pedirles pan, porque de voluntad propia lo daban ellos a quien lo quisiera...” (1).

Lenka, Clarko, Promptoff, Konovalov meditan y

(1) *En la estepa.*

sueñan ante la estepa blanca de nieve o dorada por el sol, abriendo sus almas enfermas de peregrinos en un afán sagrado de ahogar el dolor que perturba el goce reposado de una vida natural.

Gorki ha cantado la estepa, no sólo porque le ha impresionado su inconmensurable grandeza, sino también porque ha visto en ella la cuna de una psicología llena de disonancias: tan pronto sumida en la inercia como cabalgando en el desbocado potro de la rebelión.

¡La estepa! Nadie después de Gogol ha sabido recoger su intensa melancolía, su agreste pureza, su enervante y subyugadora poesía. Sólo el autor de *Almas muertas*, con aquella evocación inmortal de la planicie rusa cuando la semeja a “un océano de dorado verdor”; sólo el glorioso maestro del naturalismo eslavo que con tanto arte cantó las florecillas silvestres que “salpican la oscura alfombra” con gracia ingenua, sólo él puede rivalizar con Gorki en el transporte de esa modeladora del espíritu ruso.

“¡Oh la belleza de mis estepas!” (1).

El amanecer, la noche, la indolencia del crepúsculo, reviven con sus alegrías y misterios en los acentos sencillos, en los aciertos de color y movimiento, en las perspectivas, en el hondo subjetivismo con que Gorki vierte en las blancas cuartillas su emoción. Y nada más hermoso en sus narraciones, que esos altos en la trama, para dar lugar a que se deslice

(1) GOGOL.

por entre las incidencias y diálogos de los hombres, un hálito aromatizado por las hierbas de la estepa:

“Jemelian calló y empezó a liar un cigarrillo.

“Habíanse casi extinguido ya los últimos resplandores del día y sólo una pequeña faja rosa, que palidecía por segundos, teñía ligeramente el borde de la nube que permanecía inmóvil en el oscuro cielo. De todas partes se alzaban singulares sombras grises, que flotaban silenciosamente en dirección nuestra sobre la estepa agostada por el calor del día, y dormida casi en absoluto, y por encima del mar y uno después de otro, fuéronse destacando pequeños astros, limpios, frescos, como si fueran de ayer, adornando la celeste bóveda, profunda y aterciopelada.

“Sí, querido hermano...” (1). Y el cuento prosigue. Ha bastado esa leve evocación, para que el relato adquiriese un sentido más profundo y casi estaría por decir, más humano. Porque siempre la naturaleza en las obras de Gorki influye en el ánimo y en los actos de sus héroes. Han bastado breves pinceladas para llevarnos al ambiente, para que todo recobre su color, su inconfundible naturalismo. Además, “sólo la naturaleza libre es la que se acomoda al espíritu libre de sus héroes”, según la acertada observación de Angel Guerra (2).

(1) *En la estepa.*

(2) ANGEL GUERRA: *Máximo Gorki. Revista Quincenal* N.º 41.

Gorki no es objetivo en sus descripciones. Siempre halla entre la naturaleza y los estados psíquicos de sus personajes una estrecha correlación que da a sus pinturas un fondo original de sincera espiritualidad.

Azorín ha señalado la honda diferencia que existe en la forma que un escritor de hace tres siglos, por ejemplo, contemplaba un paisaje y lo que acostumbra hacer la generalidad de los literatos contemporáneos. "Ahora, paisaje y sentimiento—modalidad psicológica—son una misma cosa; el poeta se traslada al objeto descrito y en la manera de describirlo nos da su propio espíritu". Es precisamente lo que ocurre con Gorki, que nunca se nos aparece—ni sus vagabundos—con esa "impersonalidad" fría y retórica de que padecen algunos novelistas occidentales, sino que pone toda su alma y no sólo la suya, ya que funde también en el amplio crisol de los campos, de los bosques o del mar, la modalidad y los ensueños de sus héroes. Comunió sublime que enaltece sus relatos y dignifica al hombre purificándolo en bellísima solidaridad con los elementos naturales. "Aquí y allá se veía el azul profundo del cielo, en donde las estrellas brillaban con áureo esmalte. Y todo aquello, los sonidos, los olores, las nubes y los hombres, eran de una belleza hechicera, punzante, y parecían servir de marco a algún lindo cuento. Era una armonía arrebatadora, pero cuya vida parecía así suspensa y moría con los ruidos vivos y nerviosos del día que

“decaían poco a poco, interrumpiéndose con frecuencia y extinguiéndose gradualmente, alejándose y degenerando en suspiros tristes, llenos de pesar por algo, quizás por el sentimiento de la dicha tan inaccesible y tan caprichosa.

“Yo miraba todo aquello y sentía nacer en mí deseos fantásticos: hubiera querido transformarme en polvo y dejarme esparciar en todas direcciones por el viento: hubiera deseado desparramarme en la estepa como la ola caliente de un río, arrojarme al mar y remontarme al cielo en una niebla de ópalo, hubiera querido llenar de mí mismo, con mi sola esencia, toda aquella noche tan maravillosa y melancólica... Y no sé por qué sentía angustia” (1).

Ni la estepa, ni el mar, ni los ríos, ni los bosques, ni el cielo son simples espectadores o permanecen mudos en las obras del escritor eslavo ante las pasiones y dolores humanos, sino que los “sienten y comprenden” participando de las vicisitudes y dudas de los héroes. “La nature joue un rôle prepon-

(1) *En la estepa.*

Leída la cita, me ha de permitir el lector, que recuerde a Jaurés, que, en un libro tan hermoso como poco leído — “*La réalité du monde sensible*” — y que es todo un vibrante poema filosófico, nos ha dejado varias páginas donde su espíritu amplio y generoso desespera también por “desintegrarse” poseído como Gorki por un sincero e intenso panteísmo.

“derant dans ses récits, à elle il rapporte tous ses “sentiments, toutes ses pensées” (1).

Y ella a su vez depone ante él, todo su misterio, toda su grandeza creadora, todo su encanto.

*
* *

El mar como la estepa atrae a los personajes gorkianos. Gorki mismo, de pequeño, ha navegado con frecuencia por el Volga y buena parte de su vida de vagabundo la ha pasado a orillas del mar, de donde proviene el cariño que le tiene.

¡El Volga! Gorki nos ha dejado una descripción magnífica del gran río (2), que después de haber regado los campos de la Rusia Oriental muere en el Mar Caspio; el gran río cuyos murmullos han rimado mil veces la infortunada canción de los *bourlaki* y el río que de niño lo “saturó de belleza”, revive sorprendido admirablemente por su arte consumado de paisajista.

Nada conozco en la literatura contemporánea que dé una sensación más directa, fiel, luminosa, cálida, más llena de viveza y movimiento que la que nos brindan sus cuadros marítimos o sus estupendas pinceladas para ponernos frente al mar, sin que éste pierda nada de su imponente grandiosidad. Pío Baroja ha sabido también—y cada vez son más los

(1) OSSIP-LOURIÉ: “*La Psychologie des Romanciers Russes*”.

(2) “*En el río*”.

puntos de contacto que hallo entre el creador de *Zalacain el Aventurero* y Gorki — darnos en el comienzo de una de sus novelas (1), varias impresiones vigorosas y originales del mar, de “ese mar que nos aniquila y nos consume” azotando nuestra fantasía y nuestra voluntad.

Todo se explica si tenemos en cuenta que el mar, como la estepa, ha hinoptizado a Máximo Gorki, y con él, a todos sus vagabundos, abriendo a sus fatigados ojos el horizonte inmenso, ondulante y caprichoso que, tan pronto se encrespa rugiendo con ira como destruye en la playa sus castillos de espuma. Del mar ha sacado sus más acertadas imágenes y a su orilla han encontrado digno escenario muchas de sus narraciones de la vida del caminante. Basta recordar el admirable comienzo de *Malva*; basta recordar aquel cuadro magistral del mar agitado, inmenso, tan pronto risueño como amenazador, intranquilo bajo el manto de plata que le ofrenda el sol, siempre murmurando, siempre impo- nente, tiránico y poderoso:

“Reía el mar.

“Al sentir el hálito cálido y ligero del viento, se
“estremecía, cubriase de leves arrugas que refle-
“jaban el sol de un modo deslumbrante y reía con
“sus millares de labios plateados al mirarse en el
“firmamento azul. En el alto espacio comprendido
“entre el cielo y el mar, murmuraba el ruido en-

(1) Pío BAROJA: “*Las inquietudes de Shanti Andía*”.

“sordecedor y alegre de las olas que llegaban unas tras otras a morir en el arenoso cabo. El murmullo y la luz del sol, mil veces reverberado por el mar, se fundían en una incesante agitación de viviente alegría. El cielo sentíase alegre al enviar su claridad y el mar al reflejar su luz gloriosa.

“Acariciaba el viento el poderoso satinado pecho del mar, animábalo el sol con sus rayos, suspiraba como fatigado de la ardiente caricia y embalsamaba el aire cálido con el aroma salino de sus emanaciones. Las olas verdosas asaltaban la amarilla arena, lanzándole la blanca espuma de sus crestas que se deshacían con suave rumor en la húmeda playa...” (1).

Su vagancia le ha permitido largas horas de éxtasis frente al mar. Ha dejado vagar su mirada sobre la espumosa planicie del titán y han robado sus ojos todos los secretos imaginables de color, de movimiento y luz, para revelarlos en soberbias pinturas.

He reproducido una descripción matutina del mar, juguetón, luminoso y rebelde. Objetivo, sólo se ha cuidado de darnos una impresión llena de veracidad y riqueza en los toques que animan y matizan la bellísima evocación. Es un mar latino, caprichoso, festivo y soleado.

Pero para que podamos apreciar toda la elasticidad de su pluma, todos los recursos de su arte

(1) “Malva”.

cuando quiere ponernos frente a un cuadro de la naturaleza, es necesario que integremos la pintura anterior con otra sobre el mismo tema, pero más subjetiva y no exenta de un delicado romanticismo. Cumplida la jornada, llega la hora del reposo. Más avivadas las luces interiores, son ellas ahora las que iluminan su paleta de gran paisajista :

“Adormécese el mar.

“Inmenso, suspirando perezosamente a lo largo de la playa, se ha entregado al reposo, tranquilo en su vasta extensión, bañado por los azulados rayos de la luna. Suave como el terciopelo y obscuro como la noche, confúndese con el cielo azul del hemisferio meridional y duerme profundamente, reflejando el transparente tisú de las nubes aborregadas, inmóviles, en donde brilla la dorada figura de los astros. Parece que el cielo se inclina cada vez más sobre el mar, como si desease sorprender lo que cuchichean las olas entre sí cuando infatigables e indiferentes trepan por la orilla una tras otra.

“Las montañas, cubiertas de árboles encorvados fantásticamente por los vientos elevan con majestad sus cimas en el desierto azul que las rodea ; y sus contornos angulosos y severos se suavizan y redondean envueltos por las tinieblas de la noche austral.

“Las montañas están graves y pensativas. Sobre las olas espléndidas de verdoso reflejo dejan caer las negras sombras que las cubren, como si qui-

“sieran detener aquel movimiento uniforme y ahogar el murmullo incesante del agua y los suspiros de la espuma; todos esos ruidos turban el silencio misterioso esparcido en el paisaje, por donde asciende el disco de la luna oculta aún tras la cima de las montañas” (1).

Ya no es el mar indiferente y fuerte. Al contrario, es una naturaleza humanizada, es un mar que “suspira” perezosamente bajo un cielo que va a su encuentro anheloso de sorprender el eterno diálogo de las olas. Todo encierra un encanto particular, todo aparece animado por un oculto deseo de conciliar, de armonizar, de íntima comprensión, yo no sé, casi diría de hallar una hermandad en medio de la grandeza solemne de los elementos más opuestos.

Ese aspecto del sentimiento de la naturaleza en Gorki, es a mi parecer el más hermoso. Sabe dar a las cosas, aún a las más desprovistas de vida, no sólo un bello simbolismo, sino que también posee el don de hacerlas fraternizar enalteciendo así sus descripciones. Sus paisajes exhalan—como lo ha dicho Brisson—una secreta ternura, lográndolo todo sin que nada pierda su naturalidad, su frescura, sin juegos retóricos y con un fondo purísimo de sublime admiración. Su romanticismo—que es muy grande y sincero—no esteriliza la energía y viveza de los cuadros naturales y sin desfigurar-

(1) *El canto del Halcón.*

los con luces extrañas, vemos en todas sus pinturas un trozo palpitante de la vida, con sus oposiciones y armonías, bien subrayadas por la ruda franqueza de su pluma realista.

Si bien la estepa y el mar ha arrancado a su arte espontáneo y vigoroso varias de sus mejores páginas, no debemos olvidar que no sólo a esos dos aspectos se ha limitado su sentimiento de la naturaleza. Recuérdese en uno de sus más dramáticos cuentos — *El abuelo Arkhip y Lenka* — aquella escena trágica del más acentuado sabor schakespeareano—no sabría decir ahora por qué hallo un gran parecido con el acto tercero de *El rey Lear* — donde nuestro espíritu queda conmovido y suspenso ante la imponente evocación de la tormenta, prodigiosamente hecha, y la desesperación del abuelo pecador que implora en las tinieblas la ayuda celestial: “¡Siempre has sido justo, Salvador! ¡Ten piedad de mi alma.

“La voz del abuelo se transformó en una especie de aullido que heló de espanto a Lenka.

“Los truenos retumbaron en la estepa y en el cielo y rodaron por los espacios apresuradamente, como si cada uno de ellos llevara un mensaje desde las nubes hasta la tierra, y alcanzándose los unos a los otros, estallaron casi sin intermisión. El cielo vibraba rasgado por los relámpagos, la estepa temblaba, y ora se encendía en cárdena luz, ora quedaba sumida en las tinieblas profundísimas. Algunas veces el relám-

“ pago iluminaba los horizontes y parecía entonces
“ que el espacio retrocedía precipitadamente ante
“ el fragor y los rugidos de los elementos desen-
“ cadenados”.

La desventura del abuelo y del nieto, perdidos en medio de la tormenta y el estrépito de los truenos que se suceden “rodando por la estepa” y sacudiéndolo todo, nos retorna a las líneas eternas de la tragedia primitiva, ruda y apocalíptica. La naturaleza, en el cuento citado, no se reduce a ser un elemento puramente decorativo. Participa de la acción dando relieve a los episodios.

En otro sentido, recuérdese también aquella inimitable observación — en *Malva* — de las dos gaviotas riñendo en lo alto, mientras sus compañeras despreocupadas sólo atinan a cazar pececillos,— luego viene la moraleja siempre acertada e incisiva, — o bien, en *El Prisionero*, la sombría inmovilidad de aquel bosque “que parece envuelto en una paz impenetrable”, dibujado en pocas líneas con tanta objetividad como delicado sentimiento poético. En *Cain y Artemio* es la lluvia fina y persistente “triste prelude del austero poema otoñal”, y así podríamos ir rememorando infinidad de cuadros y descripciones que denotan en su autor un talento excepcional de paisajista, un arte prodigioso para lograr hacer revivir y evocar los más opuestos aspectos de la naturaleza.

El carácter de sus obras y su vida misma han exigido un escenario amplio y luminoso. Y viendo

como ha visto en la eterna creadora la fuente de toda renovación y energía, gusta ir a su encuentro para disipar sus dudas y calmar su dolor, que es el de sus héroes, fundiendo en su amado seno el tosco metal que ha de pulir su genio dinámico y selvático.



FINAL

Una guerra atroz y sangrienta acaba de hundir sus garras implacables en la humanidad. Odios y venganzas envenenan los corazones. Sobre las ruinas de una civilización que rueda al abismo, ya no queda otro deber que forjar con amor un mundo nuevo. Para ello debemos temprar nuestro espíritu e nla obra y en la acción de los que fueron y son fuertes e íntegros en medio de los más recios temporales. Debemos abrir nuestras almas sedientas de justicia, al sopro proficuo de las grandes y nobles pasiones. Y en los hombres que supieron cumplir su misión con energía y fe debemos sorprender el ejemplo que nos oriente. Máximo Gorki es uno de ellos.

He intentado seguir el doloroso proceso de su existencia surgida del fango y purificada en las cimas. He querido señalarla como viva enseñanza de voluntad y sacrificio. Ha tenido sus caídas, no lo niego, pero ha sabido levantarse para traernos la

voz apagada de los vencidos y para clamar, lo que la tiranía pretendía ahogar en sangre.

Muerto Tolstoy, sólo el gran vagabundo rugió como un león en la despoblada inmensidad de la estepa. Hasta que llegó un día, en que su voz, ya ronca, se confundió con la de millones de seres oprimidos y el despotismo se derrumbó.

Hoy, después de medio siglo de vida fatigosa y apenada, el descanso lo rechaza de su regazo. Para él no hay sosiego. Convulsionada su patria hasta las entrañas, requiere su esfuerzo y su genio para consolidar los principios de la revolución. Aterrizados los débiles y los satisfechos, maldicen el resplandor de la hoguera, olvidando quizás una ley fatal en la historia de la humanidad.

Ignoro quién triunfará. No me interesan las etiquetas que resguardan determinados movimientos, ni me atraen porque sí, las teorías destructivas. Lo que no implica que desconozca la importancia que tienen en ciertos momentos, para despejar el sendero y hacer más fácil el advenimiento de la justicia y el derecho.

Ignoro quién triunfará, pero de lo que estoy seguro, de lo que tengo una convicción absoluta e indestructible, es que tarde o temprano, en Oriente como en Occidente, se asentarán victoriosos los ideales que animaron y animan la pluma combativa de Máximo Gorki.

Y su pluma, hoy como ayer, como desde el primer instante que fijó ideas y sentimientos, vibra

en un desesperado y glorioso llamado a los buenos:
“¡Seguidnos en la obra por un nuevo ideal de vi-
da, por la libertad de la vida, por la belleza mis-
ma de la vida!”

Mientras acumulamos fuerzas para la cruenta
jornada, repitamos con Romain Rolland:

“Le monde étouffe.—Rouvrons les fenetres. Fai-
sons rentrer l’air libre. Respirons le souffle des
“héros.”

Buenos Aires, Julio de 1919.



He utilizado para hacer este libro, las siguientes traducciones francesas:

- Les Vagabonds.* — Traducción de Ivan Strannik. — (Ed. Mercure de France).
- Les Déchus.* — Traducción S. Kikina et La Chesnais. — (Ed. Mercure de France).
- L'angoise.* — Traducción S. Kikina et La Chesnais. -- (Ed. Mercure de France).
- Varenka Olessova.*—Traducción S. Kikina et La Chesnais. (Ed. Mercure de France).
- Les Petits Bourgeois.* — Traducción E. Séménoff y E. Smirnof. — (Ed. Mercure de France).
- Dans les Bas-Fonds.* — Traducción E. Séménoff y E. Smirnof. — (Ed. Mercure de France).
- L'Annonciateur de la Tempête.* — Traducción E. Séménoff y E. Smirnof. — (Ed. Mercure de France).
- Wania (Récits de la Vie russe).* — Traducción S. M. Perski. — (Ed. Perrin y Cia.).
- Dans le Steppe.* — Traducción S. M. Perski. — (Ed. Perrin y Cia.).
- Cain y Arteime.* — Traducción S. M. Perski. — (Ed. Perrin y Cia.).
- Ma vie d'enfant.* — Traducción S. M. Perski. — (La Revué de Paris. Año 1917 N.os 12, 13, 14, 15, 16, 17).

Traducciones castellanas:

- La Madre.* — Traducción de E. Torralva. — (Ed. Jaime me Ratés Martín).
- En la cárcel.* — Traducción de E. H. (Ed. La Editorial Artística Española). Barcelona.
- Tomás Gordeieff.* — Traducción de A. Riera. — (Ed. Luis Tasso). Barcelona.
- Los bárbaros.* — Traducción de R. Palomeque y J. A. Meliá. — (Ed. Sempere y Cía.).
- En América.* — Traducción de J. A. Meliá. — (Ed. Sempere y Cía.).
- Los Hijos del Sol.* — Traducción de J. A. Meliá. — (Ed. Sempere y Cía.).
- Los tres.* — Traducción de Augusto Riera.—(Ed. Mancci).

Traducciones italianas:

- Tentazioni* — (Ed. A. Salani).

ERRATAS NOTABLES

			<i>Donde dice</i>	<i>Debe decir</i>
Pág.	8	Línea	15	afición
"	30	"	7	afición
"	98	"	16	hipondríaco
"	142	"	11	hipocondríaco
"	153	"	19	auroleada
"	181	"	8	auroleada
				auroleados
				supesticiones
				supersticiones
				hinoptizado
				hipnotizado

INDICE

	Pág.
Proemio	7
Cap. I Gorki y la literatura rusa	13
„ II Vida y andanzas	21
„ III El escritor	63
„ VI El valor social y revolucionario de su obra	77
„ V Gorki y occidente	119
„ VI Los vagabundos en su obra	133
„ VII El sentimiento de la naturaleza	165
Final	189

EDICIONES

DE LA

Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

AVENIDA DE MAYO 791

LIBROS PUBLICADOS

I—	FERNÁNDEZ MORENO. — <i>Ciudad</i>	agotado
II—	H. QUIROGA.— <i>Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte</i> (2ª edición)	\$ 2.—
III—	CARLOS IBARGUREN.— <i>De nuestra tierra</i>	"
IV—	MANUEL GÁLVEZ.— <i>La sombra del convento</i> (novela)	"
V—	ERNESTO M. BARREDA. — <i>Las rosas del mantón</i>	"
VI—	CARLOS MUZZIO SÁENZ-PEÑA.—Versión castellana de <i>La cosecha de la fruta</i> , de Tagore (2ª edición)	\$ 1.50
VII—	ARTURO CAPDEVILA.— <i>El libro de la noche</i>	\$ 2.—
VIII—	RICARDO JAIMES FREYRE.— <i>Los sueños son vida</i>	"
IX—	LUISA ISRAEL DE PORTELA.— <i>Vidas tristes</i> (2ª edición)	"
X—	PEDRO MIGUEL OBLIGADO.— <i>Gris</i>	agotado
XI—	MARIO BRAVO.— <i>Canciones y Poemas</i>	\$ 2.—
XII—	JUAN CARLOS DÁVALOS.— <i>Salta</i>	"
XIII—	ALFONSINA STORNI.— <i>El dulce daño</i>	"
XIV—	ALVARO MELIÁN LAFINUR.— <i>Literatura contemporánea</i>	"
XV—	JOSÉ LEÓN PAGANO.— <i>El santo, el filósofo y el artista</i>	"
XVI—	ARTURO CAPDEVILA.— <i>Melpómene</i>	"
XVII—	BENITO LYNCH.— <i>Raquela</i> (novela)	"
XVIII—	AUGUSTO BUNGE.— <i>Polémicas</i>	"
XIX—	CARLOS CORREA LUNA.— <i>Don Baltasar de Arandia</i> ...	"
XX—	HORACIO QUIROGA.— <i>Cuentos de la selva</i>	\$ 1.20
XXI—	DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.— <i>La nouvelle moisson</i> ...	\$ 2.—
XXII—	JUAN ALVAREZ.— <i>Buenos Aires</i>	"
XXIII—	M. A. BARRENECHEA. — <i>Historia estética de la música</i>	\$ 3.—
XXIV—	MARCO AVELLANEDA.— <i>Del camino andado</i>	\$ 2.—
XXV—	V. A. SALAVERRI.— <i>El corazón de María</i> (novela) ...	"
XXVI—	ARTURO CAPDEVILA.— <i>La Sulamita</i> ,	\$ 1.50
XXVII—	M. DE VEDIA Y MITRE. — <i>El gobierno del Uruguay</i> ..	\$ 2.—
XXVIII—	ALFONSINA STORNI. — <i>Irremediabilmente</i>	"
XXIX—	ROBERTO GACHE. — <i>Glosario de la farsa urbana</i>	"
XXX—	JUANA DE IBARBOUROU. — <i>Las lenguas de diamante</i> ...	"
XXXI—	ATILIO CHIAPPORI.— <i>La belleza invisible</i> ,	"
XXXII—	ARTURO CAPDEVILA. — <i>El Amor de Schahrazada</i>	"
XXXIII—	ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.— <i>Máximo Gorki</i> ,	"

PRÓXIMAMENTE

XXXIV— ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas*..

Se venden en todas las buenas librerías

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE A LA

Agencia General de Librería y Publicaciones

RIVADAVIA 1575
BUENOS AIRES

La COOPERATIVA EDITORIAL BUENOS AIRES está constituida por cerca de setenta escritores argentinos. Es una sociedad anónima, y tiene personería jurídica.

Fundada en Marzo de 1917, ha publicado ya 33 volúmenes, de los cuales ocho se han agotado, habiendo sido tres de ellos vueltos a imprimir.

La COOPERATIVA BUENOS AIRES no edita sino los libros de sus asociados. No acepta correspondencia con personas ajenas a la Sociedad.

No recibe subvención ni ayuda oficial de ninguna especie.

Publica novelas, libros de cuentos, de versos, de crítica, de viajes, de filosofía y de historia.

Proximamente editará obras de Alberto Nin Frías, Armando Donoso, Alberto Gerchunoff, Carlos Ibarguren, Ricardo Sáenz Hayes y Rafael Alberto Arrieta.

La Agencia General de Librería y Publicaciones se encarga de la venta y distribución de los libros de la Sociedad, los que el lector encontrará en todas las librerías importantes de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Uruguay.



Opiniones sobre algunos libros publicados por la Cooperativa editorial Buenos Aires

Historia estética de la música

por Mariano Antonio Barrenechea

... Trátase de un libro orientador, fuerte, lleno de erudición, desenvuelta en páginas inspiradas, donde Barrenechea ha puesto sus excepcionales calidades de crítico agudo y cultísimo. Libro excelente, no se encontraría en habla castellana, de los escritos sobre el tema, ninguno ni tan sencillo ni tan educador. Se hará indispensable de inmediato para los que estudian arte y para los autodidactas que, capaces de sentir hondamente la emoción estética, no tienen ese precioso acervo primario que los oriente para llegar al complejo tecnicismo del arte.

LA EPOCA

La belleza invisible

por Atilio Chiappori

La pasión por la belleza plástica ha hecho de Atilio Chiappori, a la vez que un benedictino de la frase, un eximio crítico de arte. Después de "La eterna angustia" y de "Borderland", que lo consagraron como escritor, sus actividades estéticas se habían concretado a la observación de la pintura y la escultura, en su movimiento nacional, en crónicas de salones, conferencias, artículos y correspondencias. En "La belleza invisible" están reunidas una parte de estas producciones, cuyo espíritu y originalidad bastarían para definir la personalidad de un hombre de letras.

LA NACION.

La Nouvelle Moisson

por Delfina Bunge de Gálvez.

La señora Bunge de Gálvez da pruebas de haber robustecido su pensamiento sin merma de la exquisita delicadeza de que en aquel volumen hizo gala. Hoy se presenta como un gran espíritu religioso, sereno, profundo; hay en sus poemas un latido de oración y no queremos que se confunda esto con lo mágico, ni siquiera con lo devoto.

Hay en sus versos, además de este noble espíritu religioso, ternura, sencillez, amor por las cosas familiares. La expresión es perfecta; con sentido del ritmo, elección acertada en los temas e imaginación viva.

Estamos pues en presencia de un noble y bello libro de poesías, completamente alejado de las morbosidades al uso. Libro con altas ideas, dignas emociones y palabra limpia y armoniosa, es un verdadero regalo.

Está escrito en francés impecable... Recomendar la lectura de este libro, es, sencillamente, hacer un favor al público, ya que esos versos reconfortan, serenán y limpian.

EL DIARIO.

El corazón de María

por Vicente A. Salaverri

He leído la novela de Vicente A. Salaverri titulada "El Corazón de María", de un tirón sin la menor fatiga, sin el menor cansancio intelectual, y con interés creciente, y sacudido, con frecuencia, por emociones dulces o fuertes, y viendo desfilar ante mis ojos seres de carne y hueso, y paisajes de nuestra campaña, y todo ello descrito con precisión y vigor y colorido.

Lo primero que sorprende agradablemente en esta novela, es la sobriedad con que están descritos los varios incidentes que constituyen su trama, y la verdad o realidad de los personajes que en ella se agitan. En las primeras palabras con que el autor los presenta, surge ya, claramente, como en relieve, el carácter de ellos. Hay movimientos, hay acción, hay verdad y hay colorido en esta novela. El talento de su autor es indiscutible.

HORACIO MALDONADO,
En *La Razón*, de Montevideo.

Irremediamente

por **Alfonsina Storni.**

No conozco mujer alguna en América que escriba ahora con tanta sinceridad, con personalidad tanta, ni que sea tan poeta como usted. Espero dará usted mucha gloria a su tierra y a nuestra literatura castellana. En todo cuanto usted escribe hay un recio acento personal, inconfundible.

JULIO CEJADOR.

Alfonsina Storni es en las letras de nuestra América, un símbolo y una anunciación. Mujer de un extraordinario talento ha logrado imponerse en corto tiempo a la atención de propios y extraños. "Irremediamente" da la medida de su total talento y de su virtuosidad lírica.

EL MERCURIO (de Chile).

Glosario de la farsa urbana

por **Roberto Gache.**

Cuando el autor de este libro hizo sus primeras armas en el teatro, la crítica convino en reconocer ante todo para el señor Gache aptitudes singulares de escritor, sin perjuicio de aplaudir la bondad de su técnica y la excelencia de sus asuntos. Bien que sea harto difícil establecer comparaciones entre el comediógrafo y el estilista, es evidente que el "Glosario de la farsa urbana", implica un triunfo mayor, no sólo porque revela con mayor nitidez y con mayor amplitud todo lo que hay al propio tiempo de agudo y hondo en el espíritu que lo ha concebido.

LA NACION.

Acusa este volúmen la presencia de un escritor completo, provisto de todos los atributos que denuncian al talento llegado a su plenitud, situado ya en una posición espirituales sólida y definitiva y favorecido por un espíritu crítico que ha logrado su total y armonioso desarrollo.

LA EPOCA.

Raquela

por **Benito Lynch**

Es, a juicio nuestro, la verdadera novela del campo. La verdadera novela del campo en cuanto da una impresión, neta y precisa, del ambiente y de los tipos. Los personajes quedan trazados con cuatro rasgos. Tan certeramente, que se hacen inconfundibles a través del relato. La fábula es sencilla. Pocos episodios, bastan para interesar y conmover.

... de "Raquela" cabe decir que encierra una de las más notables descripciones que se han hecho del incendio en los campos. Es maravilloso de precisión aquello, pleno de incidentes fuertes. La muerte de la yegua, con cuyo cuerpo abierto y sangrante se pretenden atajar las llamas es de una rotundez que toca en realidad. Nadie dice que Lynch no presenció lo que escribe. La frase es corta; los modismos apresados con picardía. Cuando el pasaje lo exige, el estilo es cálido o galano, áspero y firme.

LA RAZON, de Montevideo.

Del camino andado

por **Marco M. Avellaneda**

Por lo que al volumen que acabamos de leer se refiere, nos resulta una antología con verdaderos modelos de los distintos géneros literarios que contiene.

Desde la primera página del libro el lector se siente atraído por el talento y la cultura excepcionales del autor al que distinguen, la atención absorbente que le inspiran las peculiaridades de nuestra economía social y su opinión concienzuda manifestada en un estilo literario fácil, armonioso y ejemplar.

LA EPOCA.

IMPRESA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285-95
:: :: BUENOS AIRES :: ::

